
HARLEQUIN
Jazmín
MARION
LENNOX
LA MUJER DEL CONDE

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

La mujer del conde, n.º 2599 - agosto 2016
Título original: The Earl's Convenient Wife
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-8656-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

CASARSE…

Reinaba un profundo silencio en la magnífica biblioteca del castillo de Duncairn. Había botellas de whisky en los nichos de las paredes, botellas que Jeanie había comprado con gran esfuerzo. Era ahí donde tenía fijos los ojos.

Qué desperdicio. ¿Cuánto whisky le cabría en una maleta? ¿Para cuántas tartas de fruta le llegaría? Porque no estaba dispuesta a irse sin ellas. A dejárselas a él. ¿A la futura esposa de él?

Ironías del destino.

Había albergado la esperanza de poder conservar su trabajo. Sabía que el gran señor de Duncairn no le tenía aprecio; pero, en parte, la fama de la que el castillo gozaba por su hospitalidad se debía a sus esfuerzos.

Pero ya daba igual. El trabajo que había realizado no parecía significar nada. Ese absurdo testamento la echaba prácticamente de allí.

–Debe de ser una broma –dijo Alasdair McBride, decimosexto conde de Duncairn, horrorizado.

No era de extrañar. Ella perdía su trabajo, Alasdair perdía su… ¿feudo?

–Las últimas voluntades y un testamento no son cuestión de broma –declaró Edward McCraig, del prestigioso despacho de abogados McCraig, McGrath y McFerry, que había recorrido el largo trayecto desde Edimburgo para asistir ese día al funeral de Eileen McBride, la abuela de Alasdair y antigua jefa de ella.

El abogado se había sentado detrás de ella durante el funeral con apenas contenida impaciencia. McCraig no quería perder el último ferry que salía de la isla. En ese momento, sentado en uno de los opulentos sillones de la biblioteca, leía las últimas voluntades de la difunta al único nieto que aún vivía y a una empleada.

Edward McCraig revolvió unos papeles, se bajó las gafas y miró a Alasdair y a ella. Era evidente que el testamento de Eileen le

inquietaba.

Jeanie miró a Alasdair, pero rápidamente apartó los ojos. La situación podía ser un despropósito, pero no era culpa suya.

¿Necesitaría tres maletas? Solo tenía una, pero había cajas en el sótano. ¿Se podía vender whisky por Internet?

En ese momento, tras lanzar un juramento con una mezcla de ira e incredulidad, Alasdair agarró tres vasos y sirvió whisky en ellos.

El abogado sacudió la cabeza, pero Jeanie aceptó el vaso con agradecimiento. El testamento les había trastornado. Era un whisky excelente y, además, no se podría llevar todas las botellas.

Cuando el whisky empezó a hacerle efecto, se sentó en uno de los magníficos sofás, levantando una polvoreda de pelos de perro. Tendría que hacer algo con respecto a los perros de Eileen.

O no. Según el testamento, ya no eran problema suyo. Tendría que marcharse de la isla. No se podía llevar a los perros, aunque les adoraba, igual que adoraba aquel castillo, a pesar de ser excesivamente opulento. Se sentía… aturdida.

–Bueno, ¿qué podemos hacer para evitar esto? –preguntó Alasdair, a quien el whisky no parecía haberle afectado.

Jeanie le miró con admiración. De hecho, llevaba mirándole mucho tiempo. ¿Y por qué no? Aunque fuera arrogante y llevara despreciándola desde que la conocía, se merecía más de una mirada.

Alasdair McBride tenía treinta y siete años y era todo un hombre. Aunque no utilizara su título nobiliario, le encajaba a la perfección, sobre todo ese día. Debido al funeral de su abuela, llevaba la indumentaria típica de las Tierras Altas de Escocia, y estaba guapísimo.

El conde de Duncairn era guapísimo. Un metro ochenta y ocho de estatura, pelo negro azabache y el cuerpo de un guerrero. El hecho de que controlara el imperio financiero de Duncairn era un factor más que contribuía a su aura de poder, a pesar de que no lo necesitara para parecer un hombre que controlaba su entorno.

Aunque… en ese momento no lo controlase. El testamento de su abuela se lo impedía.

Igual que a ella. ¿Casarse? ¿Ella, el ama de llaves de Duncairn?

–No se puede hacer nada –respondió el abogado–. El testamento es inviolable.

–¿Cree usted que…? –era la primera vez que Jeanie abría la boca desde que la bomba había estallado–. ¿Cree que Eileen podría haber estado…?

–Lady McBride gozaba de plena salud mental –la interrumpió el abogado–. Mi clienta sabía que su testamento era algo… inusual, por eso tomó las medidas necesarias para que no se pudiera infringir.

Alasdair apuró el whisky y se sirvió otro; después, se volvió hacia la ventana en voladizo con vistas al mar.

Era una ventana magnífica. Unas vacas oriundas de la zona pastaban bajo el sol de finales de verano un poco más allá del *ha-ha.* Algo más lejos, pasados unos montículos rocosos, a orillas del mar, se encontraban las ruinas de una fortaleza medieval. Con unos prismáticos se veían, a veces, nutrias. O ciervos. O…

Estaba divagando. Dejó el vaso encima de una mesa de centro, clavó los ojos en las anchas espaldas de Alasdair y le dio pena. Eileen se había portado muy bien con ella en vida y, una vez muerta, no le debía nada. Sin embargo, lo que Alasdair iba a perder era terrible. Aunque no le cayera bien, sabía que no se merecía eso.

«Eileen, ¿cómo se te ocurrió semejante cosa?», preguntó en silencio.

–En fin, supongo que ya hemos acabado –logró decirle al abogado–. ¿De cuánto tiempo dispongo para marcharme de aquí?

–No hay prisa –le respondió el abogado–. Llevará un tiempo disponerlo todo antes de poner en venta el castillo.

–¿Quiere que siga con el negocio mientras tanto? Tengo reservas hasta finales del mes que viene.

–Sí, excelente. Podríamos prolongar su estancia incluso un poco más.

–¡No! –exclamó Alasdair. Entonces, se apartó de la ventana y, al dejar el vaso de un golpe encima de la mesa de centro, lo rompió, aunque no pareció darse cuenta–. No voy a permitir que pase eso. La historia de mi familia… ¿vendida para construir albergues para perros?

–Es una buena causa –comentó el abogado.

–Y el castillo es lo de menos –continuó Alasdair–. Duncairn es uno de los imperios financieros más importantes de Europa. ¿Tiene idea de lo que la organización dona a diferentes causas benéficas al

año? De venderse, cada perro callejero de Europa dispondría de un sirviente y un plato de oro, pero luego se perdería todo. Pero, si continuáramos, podríamos hacer mucho bien. Esto es una locura. Si no me queda más remedio, entregaré todos los beneficios a las perreras durante diez años, pero perderlo todo…

–Soy consciente de que sería el final de su carrera profesional… –comenzó a decir el abogado, pero fue interrumpido.

–No sería el final de mi carrera profesional. ¿Tiene idea de la cantidad de empresas que darían lo que fuera por contratarme? Además, estoy cualificado y tengo la habilidad necesaria para empezar de nuevo, pero… ¿perder la herencia familiar por un capricho estúpido?

–La cuestión es que no creo que fuera un capricho –dijo el abogado en tono de disculpa–. Su abuela creía que el primo de usted trató muy mal a su esposa y quería compensar…

–Otra vez la misma historia, otra vez de vuelta al holgazán de mi primo –Alasdair se volvió y clavó los ojos en Jeanie con expresión de desdén–. Tú te casaste con él.

–No hay necesidad de involucrar a Alan en esto.

–¿No? Eileen se pasó la vida obviando sus defectos. Se negaba a reconocer que era un mentiroso y un ladrón, y lo mismo le pasó contigo. ¿Casarme con la viuda de Alan? ¿Contigo? Cualquier cosa menos eso. Tú eres el ama de llaves aquí, nada más. Cásate con quien te plazca, pero a mí déjame en paz.

–¿Con quien me plazca? –le espetó ella–. Vaya, muchas gracias, señor.

Alasdair lanzó un juramento y se acercó de nuevo a la ventana.

«¿Casarme con Alasdair? ¿Cómo se te ocurrió semejante cosa, Eileen?», le preguntó Jeanie a la difunta lady McBride.

¿Se le había ocurrido por el mismo motivo por el que convenció a Alan de que se casara con ella? Al menos, esa vez estaba claramente estipulado en el testamento, una orden a Alasdair: «Cásate con Jeanie y lo heredarás todo, un año de matrimonio. Si no, no heredarás nada».

–Será mejor que mantengamos la calma –el abogado estaba recogiendo los papeles, dispuesto para marcharse, pero había pronunciado esas palabras en tono de advertencia–. Será mejor que recapaciten antes de tomar una decisión. Piénsenlo bien. Los dos

están solteros. Señor Alasdair, si se casa con la señora McBride, heredará casi todo. Señora McBride, si se casa con el señor, dentro de doce meses será la dueña del castillo. Sería una pena que lo perdieran todo solo porque no se llevan bien.

–El castillo es de mi familia –contestó Alasdair–. No tiene nada que ver con esta mujer.

–Su abuela consideraba a Jeanie parte de la familia.

–Pues no lo es. Es igual que…

–Señor, le ruego que no diga nada de lo que pueda arrepentirse –le interrumpió el abogado–, incluidos comentarios que puedan empeorar la situación. Les sugiero que se tomen un par de días para recapacitar.

¿Un par de días? Debía de estar de broma, pensó Jeanie. Solo había una decisión y ella ya la había tomado.

–Alasdair no quiere casarse conmigo y es perfectamente comprensible –le dijo al abogado–. Y, por supuesto, yo tampoco quiero casarme con él. Eileen era un encanto, pero también era una matriarca en toda regla. A veces manipulaba las situaciones sin darse cuenta de las consecuencias. He estado casada con uno de sus nietos y no estoy dispuesta a casarme con otro. Gracias por venir, señor McCraig. ¿Quiere que pida un taxi por teléfono para que venga a recogerle… digamos que en quince minutos?

–Sí, excelente idea. Gracias. Señora McBride, ha sido usted una excelente ama de llaves aquí. Eileen le tenía mucho cariño.

–Lo sé, yo también la quería mucho –respondió Jeanie–. En fin, caballeros, buenas tardes.

Jeanie salió de la estancia y cerró la puerta tras de sí.

* * *

Por fin se había marchado, pensó Alasdair al quedarse a solas con el abogado.

Silencio, silencio y más silencio. El abogado le estaba dando un respiro y debería estarle agradecido.

Pero no era así.

Pensó en su abuelo, un hombre astuto que había llevado las riendas del imperio financiero Duncairn con mano de hierro. Terriblemente desilusionado con sus dos hijos, los padres de su

primo Alan y el suyo, el anciano había dejado al mando de todo a Eileen.

–Cuando te llegue tu hora espero que nuestros hijos ya hayan madurado –le había dicho a su mujer–. Será entonces cuando tendrás que decidir quién está mejor equipado para ponerse al frente de la empresa familiar.

Pero ninguno de sus hijos había mostrado el menor interés en el imperio Duncairn, limitándose a pedir de Eileen más y más dinero. Habían fallecido antes que su madre, uno de ellos debido a un accidente de esquí y el otro de un infarto.

Pero eso ya era historia. Eileen procedía de una antigua y ahorrativa familia escocesa y en Alasdair había encontrado al miembro de la familia que compartía su agudeza para los negocios y mucho más.

Entre los dos habían conseguido que la empresa familiar se transformara en el imperio que era en la actualidad.

Y en ese momento ocurría aquello…

–No es posible, lo que ha hecho mi abuela tiene que ser ilegal –dijo Alasdair.

–¿Qué es lo que puede ser ilegal?

–Obligarnos a que nos casemos.

–No existe tal obligación. Por el modo en que su abuela ha expuesto…

–Usted la ayudó.

–No fui yo, sino el señor Duncan McGrath, el abogado más importante del despacho –le corrigió el abogado con severidad–. Su abuela sabía lo que quería. El testamento establece que todas sus posesiones deben ser vendidas y repartidas por igual entre un cierto número de organizaciones dedicadas a la protección de los perros. Para que esto no ocurra, usted y la señora McBride deben casarse.

–Esa mujer no es una McBride.

–Sí lo es y usted lo sabe –declaró el abogado–. Su abuela la quería mucho y la consideraba parte de la familia, y su abuela quería cimentar esa relación. La única forma de que usted herede es casándose con la señora Jeanie McBride en el plazo de un mes posterior al fallecimiento de su abuela.

–Usted sabe tan bien como yo que eso es una locura. Incluso la señora… McBride lo piensa –Alasdair, agotado, se pasó la mano por

el cabello–. Es un chantaje en toda regla.

–No, no es un chantaje. Aunque admito que a mí también me sorprendieron los términos del testamento. Sin embargo, tras consultar con mis colegas, ha quedado claro que el testamento está en toda regla.

Volvieron a guardar silencio. Alasdair fue a agarrar su vaso de whisky y se dio cuenta de lo que había hecho: la mesa estaba llena de trozos de cristal. Tenía que llamar a alguien para que fuera a recogerlo.

¿A la señora McBride?

La esposa de su primo llevaba dirigiendo un *Bed and Breakfast* en el castillo desde hacía tres años. Había asumido el papel de cocinera, ama de llaves y directora del negocio, y había hecho un buen trabajo.

–Deberías ver cómo está esto –le había dicho su abuela con entusiasmo–. Jeanie es lo mejor que le ha pasado a esta familia.

Pero eso no era verdad. Aunque había cuidado del castillo con eficiencia, él no podía dejar de juzgarla por su comportamiento en el pasado, como esposa de Alan. Había hecho locuras con Alan y le había acompañado en su lecho de muerte. Alan y ella le habían destrozado el corazón a Eileen, pero Eileen se había negado a deshacerse de ella.

Casarse con Alan la había marcado, justificadamente, en su opinión. Alan y ella habían derrochado el dinero. Jeanie había cuidado el castillo con la esperanza de heredar algo, de eso no le cabía duda. Para una chica pobre de una isla, la fortuna McBride debía de haberle resultado irresistible.

¿Seducida… por el dinero?

Y si se había casado por el dinero una vez…

¿Casarse con ella? Pero… ¿qué otra alternativa le quedaba?

–Entonces, ¿qué pasaría si nos casáramos? –se atrevió a preguntar.

–Todo volvería a su cauce normal –le informó el abogado–. Si la señora McBride y usted se casan y permanecen casados durante al menos un año, usted heredará el imperio Duncairn, a excepción del castillo, que lo heredaría la señora McBride.

–¿Solo heredaría el castillo?

–Y el pequeño terreno anexo. Eso es lo que estipula el

testamento.

–¿Tiene idea ella de lo que cuesta mantener este castillo? Lo que gana con el *Bed and Breakfast* no le llegaría para casi nada. Y sin el terreno que lo rodea…

–Supongo que la señora McBride podría venderlo –dijo el abogado al tiempo que metía los papeles en la cartera–. Quizá usted pudiera comprarlo, si desea que siga perteneciendo a la familia. Pero eso, de momento, no tiene importancia. Si no se casa con ella, el castillo se venderá también.

Eso era lo único bueno de esa imposible situación: si él no heredaba, ella tampoco.

Alasdair no necesitaba la herencia. No le faltarían ofertas de trabajo. Pero… ¿perder Duncairn?

Y la empresa. Tanta gente trabajando allí que perdería su trabajo. Y él no podría hacer nada para remediarlo.

A menos que…

–Jeanie ha estado casada –dijo Alasdair despacio, pensando en voz alta. No le gustaba esa mujer, no se fiaba de ella, pero si tenía cuidado… El sentido común se impuso al rechazo inicial–. Se casó con mi primo, lo que me lleva a pensar que el dinero es importante para ella. Así que, si eso me sacara de este atolladero, supongo que podría casarme con ella. Solo oficialmente, claro –se apresuró a añadir–. A modo de negocio.

Casarse… la idea le ponía enfermo. Pero no sería el primer matrimonio de conveniencia de la dinastía Duncairn. Más de uno se había casado con una rica heredera para acumular la inmensa fortuna familiar de la que en ese momento gozaban.

El abogado sonrió irónicamente, como si su cliente estuviera, por fin, hablando como una persona con sentido común.

–Siempre que vivan juntos, bajo el mismo techo, no sería ningún problema.

–¿Qué?

–Lady Eileen sabía muy bien lo que quería. Lo ha dejado todo atado y bien atado.

–Explíquese.

–Usted y la señora McBride tendrían que vivir bajo el mismo techo por un periodo mínimo de un año antes de que puedan heredar. No obstante, lady Eileen, comprensivamente, reconocía

que, por asuntos de negocios, usted tendría que viajar, por lo que se mostró dispuesta a hacer ciertas concesiones. Así pues, en el plazo de ese año, tal y como ella lo estipuló, les estaría permitido estar separados treinta días, ni un día más.

Alasdair no dijo nada. No sabía qué decir.

Siempre había querido mucho a su abuela, pero lo que estaba pensando en ese momento contradecía ese sentimiento. De tenerla delante…

–Aunque supongo que si deciden tener habitaciones separadas es asunto suyo –añadió el abogado con otra sonrisa–. Aunque, si me lo permite, la señora McBride es muy atractiva.

Alasdair no respondió, aunque tuvo que reconocer que el abogado no se equivocaba en eso. Jeanie McBride era bajita, redondeada y con pecas. Tenía el cabello castaño y rizado, y solía llevarlo recogido en una cola de caballo. Y se vestía de forma sencilla. En realidad, le había sorprendido mucho que al mujeriego de su primo le hubiera atraído una mujer así. Pero cuando sonreía… era como si saliera el sol después de una lluvia torrencial. Se le iluminaba el rostro y sus pecas parecían brillar. Tenía un hoyuelo a un lado de la boca y, cuando se reía…

Hacía mucho que no la veía reírse, pensó Alasdair de repente. Ni sonreír.

Lo cierto era que la había evitado todo lo que le había resultado posible.

A Jeanie el testamento debía de haberle sorprendido tanto como a él. Si no se casaban, ella no tendría nada.

Lo que podía resultar ventajoso para él. Solo perdería el castillo.

Y un año de su vida.

El abogado se había puesto en pie, con ganas de marcharse.

–Lo siento, señor McBride, pero tengo que marcharme ya, he visto acercarse el taxi. ¿Podría despedirme de la señora McBride? Entretanto, si necesitan algo más, ya saben dónde nos tienen.

–¿Podrían romper en trocitos el testamento?

–Sabe tan bien como yo que eso es imposible. Ahora, la decisión les toca a ustedes. Buena suerte, señor. Adiós.

Capítulo 2

TENÍA que pensar.

Alasdair se paseó por la biblioteca y, cuando se le quedó pequeña, salió de allí, se dirigió a la imponente entrada principal del casillo, cruzó la explanada de césped, bajó hasta el *ha-ha* y salió a la zona de pastos, donde pastaban tranquilas las lanudas vacas de aquellas Tierras Altas de Escocia.

Le encantaba ese castillo. Le encantaba toda la propiedad. Cuando su abuelo heredó el castillo, él y su mujer hicieron habitable una parte y le llevaron allí de niño. Había pescado, había escalado y había paseado por todas partes de la propiedad. Y se había llevado una gran alegría cuando su abuela le comunicó que iba a restaurar el castillo entero.

El único problema a causa de la restauración había sido la llegada de Jeanie.

Los dos perros de su abuela, Abbot y Costello, elegantes spaniels, preciosos, veloces, se habían unido a él. Debían de estar oliendo los conejos y estaban locos por encontrarlos.

La esposa de Alan… Jeanie…

Su abuela le había dicho que la quería mucho.

Creía que su abuela le había querido a él.

–¿Por qué nos has tratado así? –preguntó a su difunta abuela–. Si no nos casamos, lo perderemos todo.

Era un chantaje. Una locura.

Su abuela había sido una gran aficionada a las novelas de amor. Debería habérselas quemado todas.

Llegó a la bahía y se sentó en una piedra grande y suave, parte de los cimientos de una antigua fortaleza. Miró al mar, reflexionando. Opción uno: no heredar. La idea le ponía enfermo.

Volvió la cabeza y miró el castillo. Durante los últimos años apenas lo había visitado, pero siempre lo tenía presente. ¿En el corazón?

El castillo de Duncairn había pertenecido a los McBride casi

desde la época de los dinosaurios. ¿Iba a ser él quien lo perdiera?

La industria maderera se establecería allí, pensó Alasdair. Los pastos que rodeaban el castillo estaban casi salvajes. El castillo era de interés nacional y no podría tocarse, pero no así el terreno que lo rodeaba.

Podía ver ciervos en el horizonte, pero el dinero estaba en la industria maderera, no en los ciervos. El uso del terreno cambiaría.

Lo que le condujo a pensar en la opción dos: el matrimonio. Casarse con una mujer a la que no soportaba, pero que también heredaría.

Su propiedad. La propiedad Duncairn.

¿Casarse? ¿Era eso imposible?

Su casa de Edimburgo era grande, con habitaciones independientes para el ama de llaves. La había comprado cuando Celia y él pensaban casarse; después, no había encontrado un motivo suficiente para irse a vivir allí. Trabajaba catorce o quince horas al día; sobre todo, últimamente. Estaban ocurriendo cosas en la empresa que no entendía. Cosas que le preocupaban y de las que se debía ocupar.

Podría vivir en la casa de Edimburgo, utilizarla para dormir. Y podría cumplir los términos del testamento.

–Sí, podría funcionar –dijo en voz alta–. La casa de Edimburgo es lo suficientemente grande para que los dos podamos vivir allí sin molestarnos.

«Pero… ¿qué hará ella mientras tú estás fuera todo el día trabajando?», se preguntó a sí mismo en silencio.

–Ir de compras, salir con amigas, hacer lo que otras esposas hacen –se respondió a sí mismo en voz alta.

Esposas…

Tendría una esposa. Después de la traición de Celia se había jurado no…

Y se lo había dicho a Eileen. Por eso su abuela había hecho aquello.

–Solo será por un año –se dijo a sí mismo–. No tienes otra alternativa. Perderlo todo es impensable.

Aunque, por supuesto, era una opción. Tenía dinero, independientemente de Duncairn. Al empezar a trabajar en la empresa familiar, su abuela había insistido en pagarle un salario

igual al de los demás ejecutivos de su rango. Estaba cualificado e, incluso sin la herencia, tenía dinero. Podía dejarlo todo.

Pero Duncairn…

–Cuando se cumpla el año, le compraré el castillo. Ella agarrará el dinero y desaparecerá.

Una vez tomada esa decisión, se puso en pie y llamó a los perros.

* * *

Jeanie estaba en la cocina. La cocina era su refugio, el lugar en el que se sentía feliz. Innumerables cocineros habían pasado por esa cocina durante cientos de años. La enorme cocina de guisar ocupaba media pared. La inmensa mesa de madera, de siete metros de largo, mostraba en su superficie las huellas de los utensilios culinarios. El suelo empedrado estaba gastado.

Eileen había restaurado el castillo, pero había tenido el sentido común de dejar la cocina libre de artilugios de última moda. Aunque disponía de un horno eléctrico instalado en un discreto rincón junto a la puerta y también tenía un microondas y un lavavajillas en una despensa del tamaño de una habitación, el fogón estaba encendido, como siempre. A ambos lados del fogón había una cesta, para cada uno de los perros. La estancia, en su totalidad, era antigua, acogedora y preciosa.

Era su refugio, pensó Jeanie. Siempre le había gustado y allí se sentía a gusto y tranquila.

Cosa que, a partir de ese momento, le iba a resultar muy difícil.

Cuando estaba decaída, se curaba haciendo bollos. Después de tantos años, los hacía con los ojos cerrados. No preparaba comidas para los huéspedes del castillo, pero siempre tenía bollos o pasteles para cuando alguien entraba en la cocina después de la cena. Normalmente preparaba tartas, pero aquella tarde solo podía preparar algo que no le exigiera pensar mucho.

No quería pensar.

Casarse…

No debería importarle. No había esperado heredar nada, pero el testamento de Eileen… Al margen de lo poco que le agradaba Alasdair, lo que Eileen había hecho era cruel. ¿Cómo se le había

podido ocurrir semejante idea?

Le dolía, le dolía mucho que Eileen hubiera tratado de obligarla a repetir la experiencia. Ya que no le había salido bien con un nieto, ¿a ver si salía bien con el otro?

–¿Cómo se te pudo ocurrir? –le preguntó a la difunta en voz alta.

Reflexionó sobre la posible respuesta. Los últimos meses de su vida, Eileen los había pasado en el castillo en su mayor parte. Normalmente alegre y extrovertida, se había tornado introvertida y melancólica. Había sufrido por Alan y también por Alasdair.

–Sus padres y esa horrible mujer con la que estuvo a punto de casarse le han marcado –le había dicho Eileen–. Ojalá encontrara a una mujer como tú.

Era un sueño caprichoso, pensó Jeanie mientras amasaba. La anciana podía haber tenido pleno uso de razón, pero el testamento no era más que un sueño.

–No debió de pensarlo bien –dijo para sí misma–. Debió de creer que no renunciaríamos a la herencia de ninguna manera.

Pero Eileen no había estado enterada de todos los detalles de su horrible matrimonio con Alan. Solo de pensarlo se ponía enferma.

Pero… ¿qué podía hacer en ese momento? Nada. Nada, nada y nada.

Dos matrimonios desastrosos. ¿Podía arriesgarse a un tercero?

–¿Por qué no? –se preguntó a sí misma, con su optimismo natural sin haberse disipado por completo–. Con el tiempo. Podría ir a París a hacer un curso de pastelería y quizá acabaría conociendo a un atractivo parisino a quien le gustara el whisky.

Casi sonrió. Todo ese whisky debería servirle de algo. Y eso que a ella el whisky no le gustaba demasiado.

Pero… ¿qué otra cosa había podido hacer? Todavía estaba el asunto de su enorme deuda… y su sonrisa desapareció. La deuda de Alan. La quiebra pesaba sobre su cabeza como la espada de Damocles.

Miró por la ventana y vio unas águilas sobrevolando el castillo como si les perteneciera.

–Eso es lo que me gustaría hacer, salir volando. Pero eso es un sueño. Lo que estoy es atascada.

–Eso mismo estaba pensando yo –dijo una profunda voz varonil desde la puerta.

Volvió la cabeza y le vio. El lord de Duncairn.

¿Cuánto tiempo llevaba ahí observándola, escuchándola?

–Jeanie, mi abuela se ha portado mal con los dos –dijo él en tono de conciliación–. No sé qué era lo que esperabas, pero seguro que no era esto.

–No se ha portado mal conmigo –respondió Jeanie con un esfuerzo, pero sabía que era verdad. Eileen no tenía por qué haberle ofrecido un trabajo y un medio de vida allí en el castillo, lo había hecho por pura generosidad–. Tu abuela ha sido muy buena conmigo. En fin, he disfrutado mucho viviendo y trabajando aquí, pero los trabajos no duran eternamente. No tengo derecho a estar aquí.

–Estabas casada con Alan. Eras… eres parte de la familia.

–Nuestro matrimonio fue breve y desastroso –respondió ella secamente–. Ya no formo parte de tu familia, solo soy la antigua empleada de tu abuela. Estoy dispuesta a seguir trabajando aquí hasta que se venda el castillo y luego me marcharé.

Lo que no dijo fue que se le iba a romper el corazón al marcharse. No disponía de dinero para irse a ninguna parte, pero no le iba a explicar su situación a ese hombre.

En ese momento, él casi le daba miedo. Estaba apoyado en el marco de la puerta, observándola. Parecía un guerrero, como sus predecesores del linaje Duncairn.

Pero Alasdair no era eso, se dijo a sí misma en silencio. Era un McBride, uno de tantos, y ella debía marcharse de allí cuanto antes.

–Si nos casáramos podrías quedarte con el castillo.

Jeanie dejó de amasar. Se quedó inmóvil, casi sin respiración.

Alasdair había dicho eso como si fuera lo más razonable del mundo.

–Quizá fuera lo más razonable –continuó Alasdair mientras ella trataba de recuperar la respiración–. Quizá sea lo único con sentido común.

Alasdair ya no llevaba chaqueta y se había remangado la camisa. Tenía los brazos cruzados. Unos brazos preciosos, morenos, brazos que traicionaban el hecho de ser un hombre de negocios. La falda escocesa se añadía a su aspecto belicoso.

Seguía observándola como una pantera a su presa.

–Los dos conseguiríamos lo que queremos –añadió él–. Si no nos

casamos, lo perderemos todo. El testamento de Eileen es una pesadilla, pero no tiene por qué ser un desastre total. Tenemos que encontrar una solución.

–Pero… ¿casarnos? –dijo ella con voz estridente.

–Es la única forma de que tú conserves el castillo.

–No quiero el castillo.

Eso le hizo callar. Se quedó muy quieto, desconcertado.

–Al margen de lo que el testamento de Eileen diga, no es justo que yo herede el castillo –prosiguió ella–. Yo solo trabajo aquí, nada más. Tú eres el conde de Duncairn, este castillo pertenece a tu familia desde tiempos inmemoriales.

–Tenemos que hablar de ello.

–No, no es necesario. Siento que tu abuela te haya puesto en esta situación, pero es tu problema. Gracias por proponerme esto, pero tengo que acabar de preparar los bollos. Seguiré trabajando aquí hasta que el abogado me diga que me vaya y a partir de entonces no tendrás que volver a verme.

No había esperado esa reacción por parte de Jeanie, que se había negado incluso a hablar de ello.

Parecía dispuesta a renunciar al castillo. A ese castillo.

¿Qué otra cosa quería?

La observó mientras ella continuaba amasando e ignorándole. Pero, si creía que él se iba a dar la vuelta y a marcharse, estaba muy equivocada. El asunto era muy serio.

«Enfócalo como un negocio», se dijo a sí mismo. Los negocios era lo que se le daba bien, los negocios eran su vida. «Trátalo como una cuestión de dinero».

–Soy consciente de que mantener el castillo resultaría excesivamente caro a largo plazo –dijo él con calma–. La empresa familiar ha costeado su mantenimiento y restauración. Podría continuar haciéndolo y, si al final del año heredamos y tú no quieres quedarte, la empresa te comprará el castillo.

–¿Dispones del dinero suficiente para hacerlo? –preguntó ella con incredulidad.

–La empresa es enorme. Me parece la alternativa más sensata. Seré más que generoso, te lo aseguro. Al fin y al cabo, Eileen quería

hacerse cargo de ti y Alan era mi primo; aunque solo sea por eso, lo haré por él.

–No necesito que nadie se haga cargo de mí –le espetó ella–. Y menos un varón McBride.

Por fin lo comprendió. Jeanie no solo estaba disgustada por el testamento de Eileen, su ira iba dirigida contra la familia McBride en su totalidad.

¿Tenía algo en contra de Alan?

Y, si era así, ¿por qué?

Alan y él nunca se habían llevado bien. Había visto a Jeanie una o dos veces antes de que se casara con Alan, cuando ella trabajaba a tiempo parcial como secretaria de su abuela cuando esta estaba en la isla. Apenas había cruzado alguna palabra con ella.

Y, de repente, Alan se casó con Jeanie.

Hasta ese día, la había considerado una cazafortunas.

–Jeanie, no se trata de hacerse cargo de ti, sino de no perderlo todo.

–Ya te lo he dicho, yo no he perdido nada. Este castillo es el lugar donde trabajo, nada más.

–En ese caso, ¿no te importaría ir a vivir a Edimburgo?

–Eso es una tontería –respondió Jeanie sin dejar de amasar–. No voy a ir a ninguna parte.

–Pero vas a tener que irte del castillo.

–Eso no es asunto tuyo.

–Te estoy ofreciendo un trabajo.

–No quiero un trabajo.

–Si pierdes el castillo necesitarás un trabajo.

–No me líes, Alasdair McBride. Y otra cosa, a los huéspedes no les está permitida la entrada en la cocina; y eso es lo que eres aquí, un huésped. Tienes una habitación reservada para una noche. Por supuesto, dispones de acceso a la biblioteca, el comedor, el salón y tu habitación. Y ahora, déjame que siga trabajando.

–Jeanie…

–¿Qué? –Jeanie apartó el cuenco con la mezcla bruscamente–. Deja de jugar conmigo, Alasdair. Tu primo me destrozó la vida y debí haberme marchado entonces, pero no lo hice.

–Quiero ayudarte.

–No, no quieres ayudarme, lo que quieres es heredar.

–Sí, claro que quiero heredar –respondió él perdiendo la calma–. El imperio financiero Duncairn es colosal y también es mi vida. Pero que se destruya para cuidar a perros…

–Hay muchos perros que se lo merecen –le espetó ella y luego lanzó una mirada debajo de la mesa, donde los perros de Eileen descansaban pacientemente en espera de unas migajas–. Estos dos necesitan un hogar.

–¡Mira! ¡Mira! –exclamó Alasdair sacándose el móvil del bolsillo. Después, abrió una pantalla y la volvió de cara a ella.

Jeanie suspiró, se limpió las manos y miró la pantalla.

–¿Qué es esto? –preguntó Jeanie.

–Un gráfico con la lista de las donaciones que la empresa Duncairn ha hecho este año a obras de beneficencia –respondió Alasdair–. La cifra de la izquierda representa millones. Se sale de la pantalla, pero puedes ver bien los principales beneficiarios. Mis abuelos se negaron a que la empresa Duncairn cotizara en bolsa; por eso, los beneficios o se invierten en la empresa o se utilizan para subvencionar proyectos de valor social: lucha contra la malaria, el sida, la viruela; asistencia a los refugiados, conservación de la naturaleza… e incluso perreras.

Jeanie parecía impresionada.

–¿Y esas cifras representan millones? –preguntó ella en un susurro.

–Sí.

–En ese caso, ¿cómo pudo ocurrírsele a Eileen dejárselo todo a los perros?

–Sabes perfectamente lo que mi abuela pretendía –contestó Alasdair con voz cansada–. Lo hizo a modo de chantaje, para obligarnos a casarnos. Y, en lo que a mí respecta, ha conseguido su propósito, no tengo alternativa –Alasdair suspiró–. El precio del castillo debería bastarte; pero, si no es así, te pagaré lo que me pidas. Hipotecaré lo que haga falta, si no me queda más remedio. Puedes poner las condiciones que quieras; pero, por favor, piensa bien lo que nos jugamos. No espero nada de ti y, desde luego, no exigiré privilegios matrimoniales. El testamento de Eileen exige que vivamos en la misma casa durante un año antes de heredar, pero yo tengo una casa muy grande en Edimburgo. Te daré dinero más que suficiente para que lleves tu vida de forma independiente.

Alasdair volvió a suspirar antes de añadir:

–Jeanie, por favor, acepta el trato. De ser así, conseguirás algo más que el castillo. Por favor, cásate conmigo.

Casarse…

Lo que Alasdair acababa de proponerle era un negocio. Se trataba de un matrimonio basado en razones prácticas, lógicas. Incluso podía escudarse en una causa noble: millones que iban a parar a obras benéficas.

¿Una causa noble? ¡Ja!

Alasdair creía que ella iba a conseguir una fortuna. Si él supiera… Pero no tenía sentido hablarle de la quiebra y de las deudas que había heredado.

–¿Quieres que te enseñe mi casa de Edimburgo? –preguntó él tras un silencio–. Es bonita y lo suficientemente grande para que no tengamos que vernos. Firmaremos un contrato por el que yo me obligue a pasarte una generosa cantidad de dinero durante nuestro año de matrimonio y, por supuesto, un contrato prematrimonial.

–¿Para que no te saque más dinero?

–No era a eso a lo que me refería –aunque, por supuesto, lo era–. Pero el castillo valdrá…

–Cállate y déjame pensar.

¡Vaya!

Jeanie se dio cuenta de lo que Alasdair debía de estar pensando: «Esta mujer es una empleada y la oferta que le he hecho es extraordinaria». Que ella le mandara callar…

Alasdair abrió la boca para contestar, ella le lanzó una mirada furiosa y él cerró la boca.

Más silencio.

¿Iba a hacerlo? ¿Se iba a atrever a casarse con él?

De repente, Maggie le acudió a la mente. Maggie era su mejor amiga en la isla, estaba casada con un pescador y tenía dos hijos muy listos. Maggie tenía los pies en el suelo y sentido común. Se imaginó la reacción de Maggie si le contaba la situación:

«¿Qué vas a casarte con otro McBride? ¿Te has vuelto loca?».

Casi sonrió. Pero…

«Piénsalo bien», se ordenó a sí misma. «Te has casado a lo tonto

dos veces. Esta vez no te puedes equivocar».

Casarse otra vez.

Por un año. Solo por un año.

Tendría que vivir en Edimburgo, llevar la vida que Alasdair le impusiera.

No. Eso la haría vulnerable, la haría perder el control, algo que se había jurado a sí misma no volver a repetir. No, no y no.

Necesitaba tiempo para pensar, pero no le iba a ser posible. Alasdair, inmóvil, la observaba. Físicamente, Alasdair era como Alan, pero más fuerte e impresionaba más.

Alan la había traicionado, la había utilizado y la había engañado, pero hasta aquella horrible noche en el pasado nunca la había asustado. Pero Alasdair…

«Márchate de aquí», se dijo a sí misma. Le resultaría más fácil hacer lo que había pensado al enterarse del contenido del testamento: ir a vivir a casa de Maggie hasta encontrar trabajo.

¿Trabajo en Duncairn? No había puestos de trabajo allí.

–Tómate esta noche para pensártelo –dijo Alasdair apartándose del marco de la puerta–. Me marcharé por la mañana, para entonces necesito que hayas tomado una decisión.

–Ya la he tomado.

Alasdair se quedó muy quieto, a la espera.

–Está bien, acepto, pero solo si puedo quedarme en la isla –logró contestar ella.

Alasdair no lo entendía, pero, instintivamente, decidió esperar a que ella se explicara.

Jeanie se llevó las manos a la cintura y ladeó la cabeza con expresión reflexiva. Tenía una cintura diminuta para ser una mujer con tantas curvas, pensó él frívolamente. Llevaba un delantal encima del traje de chaqueta con el que había ido al entierro. El traje de chaqueta mostraba sus curvas, el delantal las acentuaba. Tenía unas nalgas redondeadas y los pechos… sí, también eran generosos.

¿Se había vuelto loco? Se trataba de un asunto de negocios, nada más.

Hizo un esfuerzo por relajarse y se adentró en la cocina hasta

colocarse a espaldas del fogón. Más cerca de ella.

–Tendríamos que vivir en Edimburgo –declaró Alasdair por fin.

–En ese caso, no hay trato.

–¿Qué demonios…?

De repente, Jeanie se volvió y los ojos verdes de ella se clavaron en los suyos con expresión desafiante. Estaba muy cerca de él y estaba enfadada.

–Hace ya mucho tiempo, estaba deseando marcharme de esta isla –declaró ella–. Hace mucho tiempo, hice el tonto. Los habitantes de aquí, con excepción de mi padre, me ayudaron y me apoyaron. En Edimburgo no tengo a nadie, estaría casada con un hombre al que no conozco y del que no me fío. Ya me equivoqué al casarme anteriormente y no voy a hacerlo de nuevo. Tú te juegas mucho más que yo en esto, así que voy a exponer mis condiciones: seré tu esposa durante un año siempre y cuando accedas a vivir en el castillo. Después, cuando se acabe el año, lo heredaré, tal y como está estipulado en el testamento. Nada más. Entretanto, tú vivirás en el castillo, en mi casa, y aquí quien mandará seré yo. O aceptas o no hay trato.

–Eso es ridículo –respondió Alasdair con ira.

–O lo tomas o lo dejas –insistió ella volviéndose de espaldas a él.

–No puedo vivir aquí –dijo Alasdair.

–Ese es tu problema. Y otra cosa, si nos casamos, además de vivir aquí, mis clientes serán tus clientes. Y me gustaría que continuaras llevando falda escocesa, así pondría tu foto en Internet y atraería a muchos más clientes.

–¡Te has vuelto loca!

–Lo mismo que Eileen cuando redactó el testamento –le informó ella–. Como ya he dicho, o lo tomas o lo dejas. Seremos el lord y la lady del castillo o nada. Ahora, quien tiene que decidir eres tú, Alasdair. Tómate tu tiempo y déjame ahora, tengo que terminar los bollos.

Capítulo 3

CUATRO semanas más tarde, lord Alasdair Duncan Edward McBride, decimosexto conde de Duncairn, en el mismo sitio en el que había tenido lugar el funeral de su abuela y vestido con falda escocesa, la esperaba.

Tanto Alasdair como ella habrían preferido casarse por lo civil y hacerlo discretamente, pero el testamento de Eileen había sido muy concreto al respecto: boda en la iglesia y Alasdair con falda escocesa.

–No es que no me importe el bienestar de los perros –le dijo a Maggie Campbell, su apoyo moral ese día–, pero me preocupan más el sida y la malaria. Aunque la gente cree que me caso por heredar el castillo.

Lo que no le había contado a Maggie era la deuda que tenía. No se lo había dicho a nadie. La isla entera debía de considerarla una mercenaria.

–Nadie te está juzgando –le respondió Maggie al tiempo que le daba un abrazo antes de alisarle el sencillo vestido azul–, excepto yo.

–Debería haberme puesto un traje de chaqueta. Esto no es una boda, sino un negocio –dijo Jeanie mirándose el reloj.

–Estás muy guapa –comentó Maggie ignorando las palabras de ella–. Mañana serás lady Duncairn.

–A él no le gusta hacer gala del título nobiliario.

–Eso no significa que no exista, milady –bromeó Maggie–. Bueno, ya es hora de que vayamos a la iglesia, milady. Si milady está lista.

Jeanie lanzó una carcajada y volvió a mirarse el reloj. Dos minutos. Uno.

–Preparadas, listas, ya –dijo Maggie empujándola hacia la puerta.

Se iba a casar.

Por tercera vez.

Alasdair estaba delante del altar, esperando a la novia. Jamás se había imaginado que estaría allí. El matrimonio no era para él.

Aunque no siempre había sido así. Tiempo atrás, a los veintidós años, a punto de acabar la carrera de Derecho y Comercio, había estado locamente enamorado. Celia había sido una mujer de la alta sociedad cinco años mayor que él, hermosa, inteligente y consciente de lo que quería de un matrimonio.

Él, por aquel tiempo, era un joven estudioso, inseguro, siempre rodeado de libros y producto de unos padres muy fríos. Y sin experiencia del mundo.

Y Celia había explotado su inocencia. Él se había considerado el hombre más afortunado del mundo cuando Celia accedió a casarse con él. De lo que no se había dado cuenta era de que ella, más que verle a él, había visto su título y su herencia.

Una semana antes de su boda con Celia, Alan, que aún no conocía a Jeanie, había aparecido en Edimburgo. Por supuesto, la lealtad no formaba parte del vocabulario de Alan. Ni del de Celia.

Dos días antes de la ceremonia, Alasdair se había dado cuenta de que se había dejado la cartera con unos papeles en casa de Celia. Como tenía llave del piso, se había pasado para recogerla antes de ir al despacho. Había llamado a la puerta, pero, como Celia no le abrió, utilizó la llave que tenía. Y encontró a su primo y a Celia en la cama.

Y en ese momento iba a casarse… con la mujer de Alan.

«No pienses en Alan. No pienses en Celia», se ordenó a sí mismo. Pero iba a hacer lo mismo que había querido hacer Celia, casarse por dinero.

No obstante, la mujer con la que iba a casarse en ese momento era diferente. Muy diferente. Jeanie era bajita, con muchas curvas y nada elegante.

Era la viuda de Alan.

Y mientras la contemplaba, pensó que no era la clase de mujer que hubiera podido atraer a Alan. Llevaba un vestido azul y zapatos plateados con apenas tacón. Los suaves rizos castaños le acariciaban los hombros.

Pero… ¿una novia de ensueño? No, en absoluto.

Aunque era… bonita, pensó mientras la veía acercarse. Fue entonces cuando notó el sonrojo de las mejillas de Jeanie y, de repente, se dio cuenta de que parecía… ¿afligida?

¿Afligida? ¿Nadie la había obligado a nada?

Su abuela tenía la culpa, no él. Ese matrimonio era únicamente la solución al problema que ambos tenían.

Y afligida o no, Jeanie iba a conseguir lo que quería. Heredaría el castillo.

Él, por su parte, había tenido que mover montañas para poder vivir y trabajar en la isla. Incluso había tenido que construir una plataforma para helicópteros con el fin de poder salir y volver a la isla con la mayor rapidez. Por supuesto, durante el año estipulado en el testamento, no podría pasar más de treinta noches en total fuera del castillo. Estaba allí, atrapado, con esa mujer.

Jeanie había llegado a su lado y miraba al suelo. Parecía… ¿asustada? No, no podía ser.

Pero no pudo evitar reaccionar. Le puso un dedo en la barbilla y la obligó a alzar el rostro y mirarle.

–No soy un ogro.

–No, pero…

–No soy Alan. Esto es solo un asunto de negocios.

Jeanie se mordió los labios, parecía un animal acorralado. Y, cuando tomó las manos de ella en las suyas, comprobó que le temblaban.

–Jeanie…

–Vamos, vamos…

–Si no estás segura, no –dijo él con voz suave–. Si tienes miedo, si no quieres que nos casemos, yo tampoco. Si no te fías de mí será mejor que lo dejemos.

¿Qué estaba diciendo? Se había vuelto loco. Pero tenía que decirlo, Jeanie estaba temblando.

Jeanie apartó las manos y asintió con decisión.

–Eileen se fiaba de ti –dijo ella–. Y esto es un asunto de negocios. Vamos, casémonos de una vez.

* * *

–Os declaro marido y mujer –dijo el sacerdote–. Puede besar a la

novia.

Alasdair le tomó las manos, unas manos endurecidas por el trabajo que en ese momento lucían un anillo de casada. Él también lucía un anillo.

Alasdair le sonrió, ¿para complacer al viejo sacerdote que les había casado? Sí, por supuesto; no obstante, le dio un vuelco el corazón. ¿Y si fuera un matrimonio de verdad?, le preguntó su traicionero corazón. ¿Y si ese hombre estuviera realmente enamorado…?

«Vamos, no pienses tonterías. Esto es un negocio».

La gente les observaba. Esperaba. Alasdair sonreía, listo para cumplir con su obligación.

Besar a la novia.

Jeanie respiró hondo y alzó el rostro.

–Imagínate que estás en el sillón del dentista –le susurró él y, al mirarle, vio que se ampliaba su sonrisa.

No pudo evitarlo, la situación le pareció ridícula. Jeanie Lochlan casándose con el conde de Duncairn por un castillo.

No pudo evitar unas quedas carcajadas. Era tan ridículo que no pudo contenerse. Incluso se puso de puntillas para facilitarle el beso a Alasdair.

La boca de él se acercó a la suya… y la besó.

¿Qué había esperado? ¿Un roce de labios? O menos.

Pero Alasdair, poniéndole las manos en la cintura, la besó de verdad.

Era un beso de boda, un beso duro y apasionado. Un beso que la dejó sin defensas.

No debería haber respondido. ¡No debería haberlo hecho! Pero entonces… la razón la abandonó.

Nunca la habían besado así. Nunca había sentido lo que sentía en esos momentos…

Fuego.

Alasdair la estaba devorando. Y ella había perdido el control por completo y no podía hacer nada por recuperarlo.

Pero no tenía sentido, era una locura. No obstante, la pequeña congregación se reía y aplaudía mientras ella luchaba por recuperar la compostura, el decoro. Por fin, Alasdair debió de darse cuenta y la soltó. No obstante, los oscuros ojos le brillaban y detrás de su

sonrisa había una promesa.

Ese hombre era su marido, lo que la aterrorizaba y la entusiasmaba simultáneamente. «Vamos, tranquilízate de una vez», se ordenó a sí misma.

Pero el reverendo Angus McConachie no había acabado, le sonreía como un padre a su hija preferida. El reverendo Angus la había bautizado, había enterrado a su madre, había pillado a sus amigas y a ella robando fresas de su huerto y siempre, siempre, la había ayudado. Ella había tratado de explicarle el motivo real por el que iba a casarse, pero el sacerdote no le había prestado atención. El reverendo Angus había visto lo que quería ver y lo que dijo a continuación lo confirmó:

–Antes de que os vayáis, me gustaría pronunciar unas palabras. Conozco a nuestra Jeanie desde que nació y la he visto crecer hasta convertirse en la mujer que hoy es. Sé que lady Eileen la apreciaba tanto como yo y estoy seguro de que lady Eileen está ahí arriba dando su bendición a esta unión.

«Basta ya, por favor», pensó Jeanie. Pero se trataba del reverendo Angus y sabía que no había acabado aún.

–Me ha causado mucha tristeza presenciar las tragedias que han acontecido a nuestra Jeanie –continuó el sacerdote–. Se dedicó en cuerpo y alma a nuestro Rory desde muy joven, fue una buena esposa para él y, cuando el matrimonio acabó en tragedia, todos nos apenamos por ella. Que volviera a arriesgarse a casarse, con Alan, fue testimonio de su valor y, si me apuran… ¿de la tenacidad e insistencia de lady Eileen? Me atrevería a decir que no hay ninguna persona en esta isla de Duncairn que no se compadeciera de ella cuando volvió a casa después de tanto sufrimiento.

–Angus… –susurró Jeanie.

Pero a Angus no había quien le parara.

–Y ahora es el tercero –declaró el reverendo radiante–. El tercero es el de la suerte. Tengo entendido que en esta ocasión también lady Eileen intervino, pero ella me aseguró antes de morir que esta vez habría un final feliz.

–¿Le dijo eso? –preguntó Alasdair al reverendo Angus con incredulidad.

–Tu abuela era una casamentera –Angus sonrió ampliamente–. Y aquí está el resultado y nosotros, vuestros vecinos, no podríamos

estar más contentos. Jeanie, hija, que la tercera sea la definitiva.

Salieron de la iglesia presbiteriana. La iglesia se hallaba situada en un promontorio con vistas a la bahía de Duncairn. El sol brillaba. La flota pesquera estaba en alta mar, pero había unos cuantos barcos en el embarcadero. Las gaviotas sobrevolaban la zona y el terreno de la iglesia estaba salpicado de madreselva y rosales mientras posaban para la fotógrafa de la isla.

–Sonrían… Están ustedes muy bien.

Iban a salir en la portada del diario *Duncairn Chronicle*, Jeanie estaba segura de ello.

Su padre debía de estar en el pub, pensó, celebrando por anticipado el dinero que pensaba sacarle.

–¿La tercera vez que te casas? –le preguntó Alasdair con incredulidad.

–¿Y? –respondió ella con una sonrisa tensa. Alasdair le había rodeado la cintura con un brazo, pero forzadamente. No había rastro de cariño en el gesto.

–Creía que Alan había sido el único…

–¿Qué importancia tiene eso? –le espetó ella.

–Claro que la tiene. ¿También le sacaste dinero al primero?

Harta, le retiró el brazo, aunque sin perder la sonrisa.

–Gracias, Susan –le dijo a la fotógrafa–. Ya hemos acabado. Gracias a todos por venir, pero ahora tenemos que volver al castillo, va a venir un nuevo grupo de clientes.

–¿No se van a ir de viaje de luna de miel? –preguntó la fotógrafa–. ¿Por qué no van a algún lugar de esos tan bonitos?

–Duncairn es una isla muy bonita.

–Se ha negado a cerrar el negocio aunque solo sea por unos días –dijo Maggie.

Y Jeanie apretó los dientes.

–El negocio es el negocio –declaró Jeanie–. Al fin y al cabo, es mi tercer matrimonio. La época romántica ya ha pasado. En fin, es hora de volver al trabajo.

Alasdair conducía de vuelta al castillo. Había comprado un

nuevo coche con tracción a las cuatro ruedas que le habían llevado la semana anterior a su llegada a la isla. Él había ido en helicóptero esa misma mañana.

A Jeanie no le impresionaban los coches de lujo y tampoco era la clase de mujer que se casara voluntariamente con un hombre que viajaba en helicóptero. Pero tendría que acostumbrarse a ello, se dijo a sí misma pensando en que ella misma había tenido que conducir ese automóvil para ir a la iglesia.

–Es una maravilla de coche –había comentado Maggie–. ¿Y te ha dicho que puedes llevarlo tú? ¡Qué suerte compartirlo!

–En este matrimonio no hay «compartir» que valga. Mi pequeño coche tiene veinte años, me ha hecho un gran servicio y seguirá haciéndomelo.

–Lo que quieras, pero yo ya te imagino al lado de tu marido con aspecto de gran dama –había bromeado Maggie entre carcajadas.

Y en ese momento, allí sentada al lado de Alasdair, era justo lo que estaba haciendo.

–La tercera vez…

Eran las primeras palabras que Alasdair pronunciaba después de las despedidas. Como inicio de su matrimonio, no era alentador.

–Umm –murmuró ella.

–Te has casado tres veces –insistió él como si aún no pudiera creérselo y pisando con firmeza el acelerador. Iba a demasiada velocidad para esa carretera.

–Las vacas y los corderos tienen prioridad aquí –le recordó ella–. Y las vacas aquí no son mansas. Como dobles una curva demasiado rápido puedes encontrarte con un cuerno atravesando el parabrisas.

–No estaba hablando de vacas, sino de tus dos matrimonios previos. ¿Lo sabía mi abuela?

–Claro que lo sabía. Eileen me conocía muy bien. Yo… la quería mucho.

Jeanie apretó los puños al ver la mirada burlona que él le lanzó.

Se hizo un profundo silencio. ¿Un silencio lleno de odio? Era lo que le pareció. Sí, tenía la impresión de que ese hombre la odiaba.

–¿El primero también era rico? –preguntó Alasdair.

Estaba completamente harta.

–Para.

–¿Qué…?

–Para el coche ahora mismo.
–¿Por qué?
Estaban doblando una curva muy cerrada e incluso Alasdair tuvo que aminorar la velocidad. Ella se desabrochó el cinturón de seguridad y abrió la portezuela del coche.
–Me voy a bajar tanto si paras como si no, así que tú verás. Una, dos…
Alasdair pisó el freno y ella salió del vehículo antes de que se detuviera por completo.
Alasdair salió tras ella.
–¿Qué demonios…?
–Me voy andando –le informó Jeanie–. No hago comidas para los huéspedes, pero como tú ya no eres un huésped, sino que vives en el castillo, tienes pleno derecho a usar la cocina. Prepárate lo que quieras y feliz matrimonio, Alasdair McBride. Es evidente lo mucho que te desagrado y, debido a ello, lo mejor será que nos mantengamos tan lejos el uno del otro como nos sea posible. Desde ya.
Jeanie se dio media vuelta y echó a caminar por la carretera.

Solo eran tres millas y Jeanie estaba acostumbrada a caminar. Le encantaba aquella región, agreste y de gran belleza natural. Conocía todos y cada uno de los rincones de la isla.
Pero iba con vestido y tacones. No tacones altos, menos mal, pero zapatos de salón con tacón fino de tres centímetros y medio, algo a lo que no estaba acostumbrada.
Cuando perdiera de vista a Alasdair quizá se quitara los zapatos y recorriera el resto del camino descalza.
Continuó andando. No oyó el ruido de un motor a sus espaldas, pero se negó a volver la cabeza.
De repente, sintió una mano en el hombro y estuvo a punto de lanzar un grito. Pero no lo hizo, tenía su orgullo.
–Suéltame –dijo ella, apartándose. Sin embargo, no pudo evitar preguntar–: ¿Dónde has aprendido a caminar como una pantera?
–Lo aprendí de pequeño, cuando me dedicaba a observar a los ciervos y a sacarles fotos con la cámara que me regaló mi abuelo al cumplir los ocho años.

–¿Solo los observabas, no los cazabas? ¿No tienes colgadas cincuenta cornamentas de ciervo de las paredes de tu casa de Edimburgo?

–No, ni una, lady Jean –respondió Alasdair.

Ella, al oír esas palabras, se detuvo y cerró los ojos. «Lady Jean…».

Su padre debía de estar proclamándolo a gritos, borracho y presumiendo de que su niña fuera en esos momentos la dama de la isla.

«Su niña».

Rory… Nunca había sido «la niña» de su padre, pero sí de Rory: «Mi niña. Mi dulce isleña, mi tesoro, el amor de mi vida…».

Que ese hombre creyera que se había casado por dinero…

–Márchate –dijo Jeanie–. Déjame en paz y vete al infierno con tu estúpido título y tus crueles prejuicios.

Y se puso en camino otra vez.

Él, enfureciéndola, la siguió.

–He dicho que te vayas.

–Tenemos que hablar.

–Has dejado el coche en medio de una curva.

–En mi propiedad.

–¿Tu propiedad?

Se hizo un momentáneo silencio, pero ella no dejó de caminar.

–Está bien, tu propiedad –se corrigió él–. Las carreteras de acceso al castillo forman parte de la propiedad del castillo. Como nos hemos casado hoy, te pertenecen a ti.

–Y tú te quedas con la empresa Duncairn. ¿Significa eso que a ti te importa más el dinero que a mí?

–Supongo –respondió Alasdair–. Pero, al menos, mis motivos son puros. ¿Cuánto dinero te queda del que heredaste de Alan?

¿Era el momento de aclarar las cosas? No buscaba comprensión, pero estaba harta.

–Pero… ¿qué me dices? ¿Es que no te has informado sobre mí antes de la boda? Al fin y al cabo, es un asunto de negocios.

–Al parecer, debería haberlo hecho –respondió Alasdair caminando a su lado.

–Espero la llegada del nuevo grupo de huéspedes a las cuatro –le espetó ella–. Vienen por carretera, tu coche la está bloqueando.

–Querrás decir que está bloqueando tus beneficios, ¿no?

Beneficios. Se detuvo bruscamente y cerró los ojos. Contó hasta diez y volvió a contar hasta diez. Respiró hondo. Tenía las manos cerradas en puños.

No lograba calmarse y abrió los párpados. Alasdair la miraba con desdén. Se había casado con un hombre que la detestaba, que la creía solo interesada en el dinero.

Jeanie le dio una bofetada.

Nunca había dado una bofetada, ni a un hombre ni a nadie. No mataba a las arañas, las agarraba y las echaba fuera. Dejaba que los perros durmieran debajo de su cama porque cuando los llevaba a dormir a la lavandería se ponían tan tristes…

Pero le había dado una bofetada.

Y le había dejado marca. ¡No!

Se llevó las manos al rostro, quería que se la tragara la tierra, salir corriendo de allí. ¡Cómo se le había ocurrido semejante estupidez! Se había casado con un hombre que la irritaba de tal manera que la había hecho darle una bofetada.

Durante años había limpiado los desperdicios de los pescados de Rory. Había visto la televisión con él. Se había conformado con la miseria que le daba por cuidar la casa y nunca, nunca, se había quejado.

Y con Alan… Recordó cómo la había tratado y jamás se le había ocurrido pegarle.

Y en ese momento… ¿Qué demonios le pasaba? ¿Cómo había cometido la estupidez de ponerse violenta físicamente?

¿Qué podía hacer? Por supuesto, no iba a echarse a llorar. No iba a derramar ni una sola lágrima delante de ese hombre, por desesperada que estuviera.

«Olvídalo», se ordenó a sí misma. «Contrólate y sal de esta situación lo antes posible». Pero primero…

Le había dado una bofetada y eso era imperdonable. Tenía que disculparse.

–Lo siento –logró decir Jeanie.

Alasdair la miraba como si tuviera delante un monstruo con dos cabezas. Normal. ¿Cuántas veces habían abofeteado al lord del

castillo de Duncairn?

«No las suficientes», contestó una maliciosa voz interior. Pero no, la violencia nunca estaba justificada. ¿Acaso no había aprendido la lección?

–Lo siento mucho –se obligó a repetir–. Lo que he hecho es imperdonable. Al margen de lo que hayas dicho, nunca debería haberte pegado. Espero… espero que no te duela.

–¿Dolerme? –la miró con incredulidad–. ¿Me has pegado y me preguntas si me ha dolido? Si digo que no, ¿vas a pegarme otra vez?

–No, no voy a pegarte otra vez.

–¿Qué he dicho para provocar esa reacción?

–Me has juzgado.

–Sí, así es. ¿En qué me he equivocado de lo que he dicho?

–¿Quieres la verdad?

–Dime algo que no sepa –contestó él con cansancio.

¿Quería la verdad, algo que no supiera?

–Está bien –se sentía mal, vacía, y tenía frío. Le enfermaba lo que iba a decir y todo lo que eso conllevaba–. No saco beneficios con mi trabajo. Y por muy casada que esté, no heredaré el castillo. Tanto si me crees como si no, me he casado contigo por hacerte un favor, para que puedas heredar. Pero, si no consigo mirarte sin que me den ganas de pegarte, esto se acaba.

–¿Qué quieres decir? –preguntó él tras un silencio.

–Quiero decir que, aunque consigamos estar casados durante un año, no voy a heredar –le informó ella con frialdad–. He hablado con dos abogados y los dos me han dicho lo mismo… Alan me dejó con una deuda descomunal. Durante el primer año después de su muerte intenté por todos los medios encontrar la forma de pagar la deuda, pero, al final, no me quedó más remedio que declararme en quiebra.

–¿En quiebra? –repitió él con incredulidad.

¿Acaso pensaba que mentía? Daba igual. Estaba tan cansada que ya todo le daba lo mismo.

–Eso fue hace casi tres años –se obligó a continuar–. Pero la bancarrota tiene un periodo de duración de tres años y, según los abogados, debido a que Eileen ha fallecido dentro de esos tres años, cualquier cosa que herede, al margen de cuándo, entra a formar parte de mi patrimonio. Así pues, lo que saque de la herencia, se

utilizará para pagar a los acreedores de Alan. Y, por supuesto, es irrelevante el hecho de que los acreedores de Alan son unos sinvergüenzas.

Jeanie se interrumpió un momento y respiró hondo antes de concluir:

–En fin, ahora ya sabes lo que voy a sacar de nuestro matrimonio. Pero me doy cuenta de que ha sido un error. Estoy harta de que me juzguen, estoy harta de ser una McBride. Y si eso hace que me vuelva violenta… En fin, no creo que merezca la pena.

Jeanie se quitó los zapatos y reanudó la marcha.

–Jeanie…

Pero ella continuó andando.

–Lleva el coche a casa –dijo Jeanie volviendo la cabeza un instante–. Se acabó el trato. Se acabó todo. Iré a ver a un abogado para que anule el matrimonio, haré lo que sea necesario. He accedido a cuidar del castillo, pero también eso se acabó. Denúnciame si quieres. Únete a la lista de acreedores. Esta noche me iré a dormir al ático de Maggie y mañana me marcharé en el primer ferry que salga de la isla.

–No puedes hacer eso –respondió Alasdair.

Pero ella no se volvió.

–Ya verás como sí puedo. Estoy completamente harta. Ya he hecho el tonto demasiadas veces en mi vida. Se acabó, nunca más.

Capítulo 4

LA VENTAJA de vivir en aquella isla era que solo había dos ferrys al día. En realidad, era una desventaja, pero conveniente para Alasdair en la situación en la que se encontraba. Aunque Jeanie fuera a dormir a casa de Maggie, seguiría allí por la mañana. Disponía de tiempo.

Necesitaba tiempo, lo necesitaba para investigar. Cosa que, como Jeanie bien había señalado, debería haber hecho antes de casarse.

¿Quiebra? ¿Bancarrota? ¿Cómo era que se enteraba en ese momento? Le dio vueltas la cabeza al pensar en las consecuencias que de ello podían derivar.

Le daba vueltas la cabeza de la situación en general.

Intentó convencerla de que fuera al castillo con él en el coche, pero Jeanie se negó rotundamente. Dejó de insistir, ya que eso iba a ponerla más furiosa aún. Por lo tanto, fue al castillo, encontró las llaves del coche de Jeanie colgando de un clavo en la cocina y, en el coche de ella, fue a buscarla. Al encontrarse con ella, le dio las llaves sin pronunciar palabra y regresó al castillo… andando.

Al llegar, decidió que había llegado el momento de indagar. Por suerte, solo necesitaba hacer una llamada telefónica para recibir ayuda.

–Averigua todo lo que puedas sobre Jeanie Lochlan, nacida en Duncairn hace veintinueve años –le dijo a su secretaria. Elspeth era su mano derecha en Edimburgo. Si alguien podía indagar, ese alguien era ella.

–¿No te acabas de casar con Jeanie? –le preguntó Elspeth.

–Haz lo que te he dicho y no preguntes –respondió él bruscamente, sin importarle lo que Elspeth pudiera pensar.

Jeanie estaba en sus habitaciones, en el piso de abajo. Él estaba en su cuarto de estar, justo encima. Podía oír sus pasos. ¿Estaría haciendo las maletas?

Por fin, oyó sus pisadas en dirección a la puerta principal.

Se encontró con ella al pie de las escaleras y trató de ayudarla con la enorme maleta.

–Puedo arreglármelas yo sola –declaró ella con voz gélida.

Mientras la veía meter la maleta en el coche, se sintió… se sintió… como si hubiera cometido un error. Un gravísimo error.

Y así había sido. Había puesto en peligro el imperio Duncairn, pero también era algo mucho más personal.

Jeanie cerró el maletero del coche y volvió al castillo. La vio dirigirse a la cocina, agarrar cajas y periódicos, y con ellos fue a la biblioteca.

La siguió hasta allí y se quedó en la puerta mientras ella embalaba las botellas de whisky que, al menos, contenían dos tercios de alcohol.

Los clientes que iban a llegar aquella tarde se iban a llevar un disgusto, pensó Alasdair. En parte, lo que atraía clientela al castillo era algo que ponía en la página web: *Auténtico castillo escocés ofrece cata gratuita del mejor whisky que esta tierra produce.*

Había visto la página web y había felicitado a su abuela por tan buena idea.

–Lo del whisky ha sido idea de Jeanie –le había contestado su abuela–. Yo le dije que me daba miedo que los clientes se emborracharan, pero ella no me hizo caso y compró el whisky con su propio dinero. Ahora me deja que yo reemplace las botella que se consumen, pero la idea original fue suya. Hasta el momento, no hemos tenido incidentes por borracheras. A los clientes les encanta. Tienes razón, es una idea estupenda.

Y los clientes seguían yendo y exigirían la cata de whisky.

–Y ni se te ocurra protestar –le advirtió Jeanie mientras continuaba embalando las botellas–. El primer lote lo compré con mi dinero, así que es mío. Y da las gracias de que solo me lleve lo que me queda de ese primer lote. En cuanto a contactar conmigo en caso de que sea necesario para asuntos legales, lo mejor será que te pongas en contacto con Maggie, ella te dará mi dirección. Me refiero a la anulación del matrimonio. En fin, ya he acabado, así que me voy. En adelante, soy Jeanie Lochlan y espero no volver a ver a un McBride en la vida.

Jeanie agarró una caja de whisky y se dirigió al coche. Él agarró otra y la siguió.

Jeanie dejó ambas cajas en el asiento trasero y cerró la portezuela de un golpe.

La esposa de Alan, pensó él. Bancarrota. Pensó en su primo y le dieron ganas de vomitar.

–Jeanie, ¿podríamos hablar un momento?

–Ya hemos hablado. Adiós.

Jeanie le ofreció la mano y esperó a que él se la estrechara. Después, ella le miró, asintió y, antes de subirse al coche, dijo:

–Siento lo del castillo y siento lo de tu empresa. No obstante, algunos perros de Europa van a vivir a lo grande.

Alasdair la vio alejarse por la carretera en dirección al pueblo.

Su imperio financiero se estaba derrumbando. Debería estar destrozado y lo estaba; pero, sobre todo, porque había hecho daño a Jeanie.

La había juzgado basándose en suposiciones, pero suposiciones con fundamento, basadas en las cantidades de dinero que Eileen había sacado de la empresa cuando Alan y Jeanie estaban casados.

–Sé que a Alan no le interesa la empresa, pero es mi nieto. Quiere su herencia ya y, si eso le ayuda a sentar la cabeza, no veo por qué no dársela –le había dicho su abuela.

La cantidad de dinero que había dado a Alan era una fortuna. Y, aunque Alan había derrochado el dinero, su temprana muerte le había hecho pensar que la mayor parte del capital que había recibido estaba intacta. ¿Era posible que lo hubiera perdido todo en el juego?

También había pensado que la decisión de Jeanie de ir a vivir al castillo se debía a un intento de congraciarse con Eileen. Y el testamento había confirmado su suposición.

Sin embargo… ¿Quiebra?

De ser verdad, el castillo estaba perdido, tanto si permanecían casados como si no.

Y esa idea le llevó a otra. Siempre le había gustado el castillo y la restauración realizada por Eileen era fabulosa. Miró las torres y se deleitó en la grandiosidad de aquel edificio que había cobijado a tantas generaciones McBride y que había dado trabajo a tantos habitantes de la isla.

Él era el señor de Duncairn. El castillo y la isla eran importantes para él, sumamente importantes. Con su marcha, Jeanie había sellado el destino del castillo. Ya no volvería a pertenecer a su familia.

Recapacitando, se dio cuenta de que no era responsabilidad de Jeanie, sino de Alan.

Alan, que había muerto en un accidente de coche por exceso de velocidad. Su coche, un descapotable. Una curva pronunciada y un enorme árbol…

Jeanie había salido despedida del coche y había sufrido contusiones de poca importancia. Alan había muerto en el acto.

Hasta ese momento, había creído que la causa del accidente había sido el alcohol o las drogas, pero ahora… ¿Había sido un suicidio debido a las deudas?

¿Había sido la intención de Alan que Jeanie también muriera?

¿Por qué no se había hecho antes esas preguntas? ¿Por qué había sido tan estúpido?

Vio un coche aproximándose, un deportivo rojo. La pareja que iba dentro del vehículo lucía ropa cara y gafas de marca. El coche se detuvo y, al salir, la pareja contempló con admiración el castillo.

También le miraron a él, aún con el atuendo de la boda. ¿El señor del castillo?

–Hola –el joven, con inconfundible acento estadounidense, abrió el maletero del coche, señaló su equipaje y se volvió a su pareja–. Esto tiene muy buena pinta. ¡Y mira el conserje!

Tras esas palabras, lanzó las llaves del coche a Alasdair, que, en su sorpresa, las agarró.

–Justo lo que esperábamos, la auténtica Escocia –continuó el cliente–. ¡Y mira esas ruinas al lado del mar! Se me está ocurriendo comprar esto, incluido el conserje. Pero primero, amor mío, vamos a probar ese whisky.

Entonces, el joven miró a Alasdair y añadió:

–¿A qué está esperando? Lleve las maletas adentro ahora mismo.

–Llévelas usted –le contestó Alasdair–. Y, para su información, no trabajo aquí. Soy el dueño del castillo.

Aunque, en realidad, no lo era.

–En lo que a matrimonios breves se refiere, debes de haber batido el récord.

En el pueblo, Maggie había servido dos whiskys de una de las botellas de Jeanie. Estaban sentadas a la mesa en la cocina de Maggie, rodeadas de los juguetes de los niños, artículos de pesca del marido de Maggie y demás objetos de la familia. El viejo fogón desprendía calor, pero Jeanie no podía dejar de temblar. El abrazo de Maggie la había hecho sentirse mejor y el whisky debería estarle haciendo efecto, pero todavía no había logrado recuperarse.

–Así que tu matrimonio ha durado menos de una hora –continuó Maggie–. Y supongo que no ha sido consumado.

–¡Maggie!

–Solo era un comentario –Maggie sonrió y alzó su vaso–. En fin, ¿qué ha pasado? ¿Se ha abalanzado sobre ti como una bestia?

–No es una bestia, es un hombre de negocios –Jeanie se cubrió el rostro con las manos–. Mi madre, de estar viva, no me habría dejado meterme en este lío. Tres maridos y tres desastres.

–Tu madre conocía a Rory –le recordó Maggie–. Rory no fue un desastre. A tu madre le habría encantado verte casada con él.

Sí, era muy posible, pensó Jeanie. Rory había nacido y había vivido siempre en la isla. Diez años mayor que ella, había seguido los pasos de su abuelo y su padre como pescador. Había sido un hombre cariñoso, estable y sólido. Justo lo que el padre de ella no era.

Su madre había fallecido cuando ella tenía dieciséis años y fue entonces cuando su padre tomó las riendas de su vida.

Su madre había fallecido repentinamente y su padre, para superarlo, se había refugiado en la bebida. Y a ella la había obligado a abandonar los estudios:

–Los dieciséis es edad más que suficiente para que te dediques a cuidar la casa. No voy a desperdiciar el dinero que tanto me cuesta ganar.

Ella se había llevado una gran desilusión. Pero justo entonces, Rory apareció y se enfrentó a su padre.

–Nos casaremos –le dijo a ella–. Puedes venir a trabajar a la pescadería, mejor eso que ser la sirvienta de tu padre. Puedes ir a vivir con mis padres.

Así era Rory, sólido, una persona con la que se podía contar.

Había creído estar enamorada de él, pero…

Había hecho un curso de contabilidad por Internet, ya que no quería pasarse la vida limpiando pescado y esperando a que Rory regresara de pescar. A veces había soñado…

No había llegado a haber tensión entre ellos porque Rory se había ahogado. Había llorado su muerte, pero sabía que no debería haberse casado con él, un matrimonio no podía basarse únicamente en la seguridad. Tras la muerte de Rory, había encontrado trabajo en el despacho del abogado de la isla y había empezado a pensar en ir a conocer Londres. Incluso había soñado con ahorrar para hacer un crucero…

Eileen, apareciendo en su vida, le había ofrecido un trabajo de secretaria suya durante sus estancias en la isla. Y con Eileen… Alan.

Su vida, de gris, se había iluminado. Pero…

–Mamá me habría dicho que no fuera tonta –le dijo a Maggie–. Quizá incluso me hubiera advertido de no casarme con Rory. Desde luego, se habría opuesto a mi matrimonio con Alan y, naturalmente, con este último.

–Es posible, pero una chica tiene que hacer lo que le dicte el corazón.

–Mi corazón está tonto. Me casé con Rory porque me ofreció seguridad. Me casé con Alan porque me divertía con él. Y me he casado con este… por heredar. Ninguno de los motivos es una base sólida para un matrimonio. Ya es hora de que lo reconozca.

–Bueno, ¿y qué vas a hacer? –le preguntó Maggie mirándola con preocupación.

–Voy a marcharme de aquí, no debería haber vuelto después de la muerte de Alan. Pero como tenía tantas ganas de volver a casa y Eileen se portó tan bien conmigo… –Jeanie respiró hondo–. En fin, da igual. Tengo dinero suficiente para sobrevivir unas semanas y estoy segura de que encontraré trabajo pronto, hay muchas ofertas de trabajo para contabilidad.

Jeanie alzó su vaso, miró a su amiga y brindó:

–Por un futuro sin las cadenas del matrimonio.

–No esperarás que brinde por eso, ¿verdad? –dijo Maggie sonriendo.

– Por el futuro de Jeanie Lochlan, soltera y sin compromiso –se corrigió Jeanie–. Por mí, sola e independiente.

Alasdair no estaba solo, sino acompañado de ocho huéspedes y dos perros hambrientos. ¿Dónde guardaba Jeanie la comida para perros?

Estaba allí solo aquella noche, sin empleados y con ocho clientes demandando su atención.

–¿Dónde está el whisky? Hemos venido por el whisky –declaró el estadounidense, cuya irritación aumentaba por momentos.

–Jeanie siempre tiene pastas escocesas –dijo la más bajita de las dos mujeres mayores con vestimenta de andar por el campo–. Yo soy Ethel, y Hazel y yo llevamos aquí hospedadas una semana. Hazel y yo comimos anoche tres pastas cada una y nos gustaría tomar más esta noche. Si las encontrara… Ah, y Hazel quiere también una bolsa de agua caliente, le duele el juanete. Ya le dije antes de venir que debía ir a ver al médico, pero como si nada. Y también quiere un poco de whisky. ¿Cuándo va a volver Jeanie?

Había supuesto que Jeanie disponía de alguna empleada para ayudarla, pero esas personas parecían considerar a Jeanie su sirvienta. ¿Qué demonios…?

–Llamaré al pueblo y pediré que me traigan whisky –le informó al estadounidense con una mirada asesina.

–Eso no es disculpa, debería estar aquí ya.

–Hemos tenido un problema.

–¿Le ha pasado algo a Jeanie? –preguntó la mujer llamada Ethel con preocupación; después, pareció presentir un desastre–. ¿Dónde está Jeanie? ¿Y el whisky? ¿Lo ha perdido? ¿Le han robado? ¿Está Jeanie mala? Es un encanto. Jamás nos perdonaríamos que algo le hubiera pasado. Hazel, Jeanie está enferma. Ah, pero, si les han robado, ¿no deberíamos irnos de aquí?

–No nos han robado.

–Debe de tener algo que ver con su padre, otra vez –intervino Hazel–. El año pasado vino aquí, montó un escándalo y se llevó el whisky de Jeanie. Pobrecita, debe de estar pasándolo muy mal.

–¿Dónde está nuestro whisky? –insistió el estadounidense, y Hazel levantó la mano con su bolso para pegarle.

–Si vuelve a mencionar la palabra «whisky» le aseguro que le daré con el bolso en la cabeza. ¿Es que no se da cuenta de que

Jeanie tiene problemas?

Después, la mujer se volvió a Alasdair y añadió:

–Entretanto, señor…

–McBride –respondió él.

Tras oír el nombre, el rostro de la mujer reflejó alivio.

–¿Es usted familiar suyo? No sabe cuánto me alegro. A Ethel y a mí nos preocupa que Jeanie esté aquí sola. No sabíamos que había otra persona con ella. ¿De verdad está bien?

–Sí. Lo que pasa es que ha tenido que ir al pueblo esta noche… por asuntos personales.

–Me parece bien –respondió la mujer–. En todas las veces que hemos estado aquí jamás la hemos visto tomarse un día libre, trabaja sin descanso. Pero no se preocupe, nosotras podemos ayudar. Los perros tienen hambre, ¿verdad, perritos? Y también nos prepararemos nosotras las bolsas de agua caliente. Usted vaya a encender la chimenea del salón; entretanto, Ethel y yo daremos de comer a los perros y buscaremos las pastas. Ah, y le diremos lo que vamos a desayunar mañana para que así ella pueda prepararlo –de repente, se quedó pensativa–. Pero si Jeanie no está aquí por la mañana… ¿quién nos va a preparar la papilla de avena? Nos encanta la de Jeanie. Podemos pasar sin whisky, pero no sin papilla de avena.

* * *

Los huéspedes se marcharon al pueblo para cenar y, cuando regresaron, Alasdair tenía el whisky. Al estadounidense no le pareció suficiente, pero él y su pareja solo iban a pasar una noche.

Pero una noche significaba una mañana también. Desayuno. Ethel y Hazel ya le habían dicho lo que iban a desayunar, sonriéndole confiadamente.

No podía preparar el desayuno, no tenía por qué hacerlo. La farsa de la boda había acabado. Si lo aceptaba, no tenía más que llamar al piloto del helicóptero y estaría en Edimburgo a media mañana.

De vuelta a la normalidad. Pero Hazel y Ethel no desayunarían su papilla de avena y el imperio Duncairn desaparecería.

Volvió a leer la carta con el desayuno de Hazel y Ethel: papilla

de avena, tortillas francesas, morcilla… Preparar una tortilla debía de ser fácil, ¿cascar unos huevos, echarlos a la sartén y removerlos? ¡Pero la morcilla! No tenía ni idea.

¿Estaba Jeanie acostumbrada a hacer todo eso? ¿No tenía a nadie que la ayudara?

Volvió a pensar en Jeanie, en su expresión ofendida, en la bofetada, que ella había sentido más que él.

En la quiebra.

No sabía nada de ella.

Recordó el día que la vio con Alan, el único día que la vio con él. Acababan de casarse, Alan había llevado a su esposa a las oficinas de la empresa y la había presentado con orgullo.

–¿No es preciosa? –le había preguntado Alan. Y él, al ver a Jeanie con una minifalda, una chaqueta de cuero, botas y pendientes de brillantes, solo había sentido asco.

La modosita secretaria de Eileen no era lo que parecía, había pensado él. La transformación le había obligado a preguntarse hasta qué punto aquella mujer había engañado a su abuela.

–Sabes lo que esto significa, ¿verdad? –le había dicho Alan–. Ahora ya soy un hombre respetable, la vieja adora a Jeanie. La mitad del negocio debería ser mía y lo sabes. Y la abuela también.

Eileen no le había dado la mitad del negocio, pero sí una enorme cantidad de dinero.

–Es más fácil así que dividir la empresa cuando yo me muera –le había dicho su abuela–. Además, Jeanie es muy ahorrativa y conoce el valor del dinero. Ella se asegurará de que no se evapore.

Solo había vuelto a ver a Jeanie cuando ella ya vivía en el castillo y su abuela estaba moribunda. Y la había visto sin joyas ni minifaldas. Y tampoco le había parecido que nadara en la abundancia.

Siguiendo un impulso, subió las escaleras y fue a la habitación de su abuela. Tendría que vaciarla en algún momento, pero no ahora. Ahora, solo quería mirar.

Al entrar, parpadeó al ver un montón de almohadas, las cortinas de color rosa, las ventanas abiertas… y las zapatillas de Eileen al lado de la cama.

En la cómoda había dos fotografías, una de Alan y Jeanie el día de su boda y otra de él a los doce años con el primer salmón que

había pescado.

Se acercó al escritorio de Eileen. Lo que buscaba era el libro de contabilidad en el que Eileen anotaba todas y cada una de sus transacciones, como él bien sabía. Jeanie debía de tener otro libro de contabilidad, pero Eileen tenía el suyo propio.

Lo encontró, lo abrió y buscó en él el dinero pagado a los empleados.

Había habido varios empleados en el castillo durante los últimos dos meses: enfermeras y mujeres de la limpieza que él había visto durante sus visitas a su abuela. Pero previamente solo había dos personas a las que se había pagado un salario. Una de ellas era Mac, el guía de pesca y caza. Mac llevaba realizando ese trabajo unos cincuenta años, en esos momentos debía de tener cerca de los ochenta, pero seguía recibiendo un salario.

El castillo no funcionaba como granja; las vacas, principalmente, mantenían los campos de hierba. Pensó en los rododendros que bordeaban el camino, estaban recién cortados. Mac, desde luego, no podía haberlo hecho. No obstante, en el libro de contabilidad no aparecía otro empleado.

Excepto Jeanie. Jeanie era la otra persona que aparecía en el libro. Y… ¿su salario era menor que el de Mac? Sí, sustancialmente menor.

¿Qué cantidad era un buen salario para un ama de llaves? Él tenía una mujer que se encargaba de su casa en Edimburgo y su salario era mayor.

Su móvil sonó. Elspeth.

–Has sido muy rápida –dijo a su secretaria.

Pero, en realidad, sospechaba que la investigación no había sido difícil. Él mismo podría haber hecho averiguaciones sin necesidad de recurrir a nadie.

–Quería hablar contigo antes de que te lances a disfrutar tu noche de bodas –respondió Elspeth, y él sabía que sonreía–. Por cierto, ¿quieres que te envíe los informes financieros? No sé qué es lo que te preocupa. Si me lo dijeras, podría ponerme a averiguar lo que tú quieras.

–En estos momentos, el negocio no me preocupa –le informó secamente a su secretaria.

Elspeth guardó silencio, sorprendida. Pero se recuperó

inmediatamente.

–Bueno, las averiguaciones que me encargaste han resultado bastante sencillas de obtener –le informó su secretaria–. Según los resultados de mis pesquisas, no hay nada que te impida pasar un buen rato. No hay nada, ni una sola mancha, en el pasado de Jeanie.

Pero eso ya lo sabía él.

–¿Y la quiebra?

–¿Lo sabías?

–Bueno… sí, pero no los detalles. Dime todo lo que sepas sobre el asunto. Absolutamente todo.

Elspeth llevaba años con él y sabía que le gustaba que la información fuera escueta y precisa.

–Jeanie Lochlan nació en Duncairn y tiene veintinueve años. Su padre es, supuestamente, pescador; pero hace años que no tiene barco. Al parecer, su madre era una mujer que se dejaba maltratar.

–¿De dónde has sacado esa información? –preguntó él sorprendido. Aquello no eran números ni hechos.

–¿De dónde se saca información en un lugar tan pequeño como ese? –la oyó sonreír–. La oficina de correos está cerrada hoy, el dueño tenía tiempo para charlar conmigo. La madre de Jeanie murió cuando ella tenía dieciséis años. A partir de entonces, su padre ha intentado ahogarse en alcohol, sigue intentándolo.

–Continúa –dijo él.

–A los diecisiete años, Jeanie se casó con un pescador del pueblo, Rory Craig –dijo Elspeth–. Según me han dicho, Jeanie empezó a salir con él justo después de que muriera su madre. Un buen matrimonio, pero sin hijos. Jeanie trabajó en la pescadería de la familia de él hasta que el barco de Rory se hundió y él murió ahogado. Eso ocurrió cuando Jeanie tenía veintitrés años.

Esa información era nueva, no había sabido nada sobre los detalles del primer matrimonio de Jeanie. Había supuesto…

Sus suposiciones habían sido erróneas.

–Me imagino que no se encontró en una situación económica muy buena cuando murió su marido –aventuró él.

–Un pequeño negocio familiar cada vez más pequeño. El barco se hundió y no estaba asegurado –le contestó escuetamente su secretaria.

–¿Cómo te has enterado de todo esto? –preguntó él de nuevo.

–Muy fácil –respondió Elspeth–. Le dije al dueño de la oficina de correos que era una periodista de Edimburgo y que había llegado a mis oídos que lord Alasdair de Duncairn se había casado con una lugareña. Encantado, me lo contó todo; es más, creo que en la isla no se habla de otra cosa. En fin, Rory murió y Jeanie conoció a tu primo. El resto ya debes de saberlo.

–Cuéntamelo tú.

–¿Quieres decir que no lo sabes?

–Eileen no me lo contaba todo –de hecho, nunca le había contado nada en lo referente a Alan. Los primos jamás se habían llevado bien y Eileen les había querido a los dos–. Y Jeanie no es precisamente un libro abierto.

–Está bien. Al parecer, tu atractivo primo iba a la isla para ver a su abuela, siempre para pedirle dinero, si uno se fija en los libros de contabilidad. Allí conoció a Jeanie, la sacó de la isla y tu abuela le dio dinero a cambio de que se casara con Jeanie.

–¿Qué?

–Lo que oyes –respondió Elspeth–. Me lo ha contado Don.

Don.

Alasdair llevaba años al mando de la empresa, pero Don había sido la mano derecha de sus abuelos desde antes de que él naciera. El anciano tenía un enorme despacho, y todos los privilegios que ello conllevaba. Él nunca había tenido demasiado aprecio a Don y, con frecuencia, se preguntaba qué hacía para recibir el salario que recibía; pero el afecto que sus abuelos le habían tenido le había garantizado el lugar que ocupaba en la empresa.

–Y Don me ha dicho que Alan, al poco de conocer a Jeanie, se la llevó a Marruecos –continuó Elspeth, interrumpiendo sus pensamientos–. Eileen debía de estar preocupada, porque fue allí a visitarles; fue entonces cuando Alan se derrumbó y le contó los líos en los que se había metido. Estaba lleno de deudas, deudas de juego, y hablamos de cantidades astronómicas. Antes de Marruecos, había ido al castillo huyendo de sus acreedores, fue entonces cuando conoció a Jeanie, y volvió a Marruecos para seguir jugando, con la esperanza de ganar y cubrir sus deudas. Te puedes imaginar lo que pasó, ¿verdad? Pero no le había dicho nada a Jeanie, Jeanie aún tenía un velo sobre los ojos. Tu abuela decidió solucionar el

problema.

–¿Cómo lo solucionó? –preguntó Alasdair, aunque conocía la respuesta.

–Supongo que ya lo sabes –las palabras de Elspeth se hicieron eco de sus pensamientos–. Sacó fondos de la empresa y le dio el dinero a Alan, pero advirtiéndole de que era la última vez que le daba dinero. Tu abuela estaba convencida de que Jeanie le salvaría, le haría sentar la cabeza; y, por supuesto, Alan le hizo promesa tras promesa, promesas que no tenía intención de cumplir. Supongo que Eileen debía de estar desesperada. Sabes lo mucho que le quería, y vio en Jeanie la solución. En fin, después de la muerte de Alan, Eileen ofreció ayuda a Jeanie, según Don se sentía culpable, pero Jeanie se negó a recibir ayuda económica y se declaró en quiebra. Lo único que hizo fue aceptar un pequeño salario como ama de llaves de tu abuela, eso es todo. Y también es todo lo que Don me ha contado.

Elspeth hizo una pausa antes de añadir:

–Alasdair, ¿es esto tan importante? Si lo es, ¿por qué no le has preguntado a Don antes de casarte con ella? ¿Y por qué no le has preguntado a Jeanie?

«Porque soy un imbécil».

No, no era eso. Siempre había sabido que Alan jugaba y también la clase de gente con la que su primo había tratado. Y se había imaginado que Jeanie era igual. De haber preguntado y verse confirmadas sus sospechas, no habría podido casarse con ella.

En lo que se había equivocado rotundamente era en pensar que Jeanie era igual que Alan.

–Pero… Jeanie se casó con él –murmuró Alasdair.

¿No era inapropiado hablar de su esposa con su secretaria? No obstante, no estaba en situación de preocuparse por lo que fuera apropiado o no. Se sentía casi enfermo.

Jeanie debía de ser un poco como él, ¿no?

–Don me ha contado que Eileen le dijo que Jeanie era una chica muy dulce que se sentía en un callejón sin salida después de la muerte de su marido –contestó Elspeth–. Trabajaba sin descanso, en el castillo cuando tu abuela iba a la isla, pero también en el despacho del abogado del pueblo, además de limpiar la pescadería de los padres de su difunto marido. Y le pagaban una miseria. Don

cree que Alan la sedujo y se la llevó de la isla. Y ya sabes lo encantador que Alan podía ser.

Sí, lo sabía.

Alasdair se sentó en la silla delante de la cómoda de Eileen y se miró al espejo. Estaba demacrado.

¿Qué había hecho?

–Me parece estupendo que te hayas casado con ella –declaró Elspeth alegremente–. ¿No crees que Jeanie se merece un final feliz? Don dice que hizo que los últimos meses de tu abuela fueran un tiempo feliz para ella.

Sí, así había sido, reconoció Alasdair. Había visitado a su abuela con frecuencia y siempre había visto a Jeanie a su lado: leyéndole, dándole masajes en los pies, haciéndole compañía…

–¿Alguna cosa más? –le preguntó Elspeth.

¿Necesitaba alguna información más? Respiró hondo mientras lo pensaba.

–Sí –respondió él por fin.

–Para servirle, señor –contestó su secretaria.

Alasdair casi se echó a reír. Elspeth tenía cincuenta años, era una mandona y, si él la presionaba, ella le contestaba.

–Necesito que me digas cómo preparar morcillas –le dijo él.

–¿En serio?

–En serio.

–Te enviaré la receta por Internet. ¿Alguna cosa más?

–Quizá también una receta para hacer pastel de carne. Y esta me urge más.

Capítulo 5

MEDIANOCHE. La hora de las brujas. Normalmente, Jeanie estaba tan cansada que le daba igual lo que pudieran hacerle las brujas. Esa noche, las brujas habitaban su cabeza y se lo estaban haciendo pasar mal.

–Idiota. Estás completamente loca. Cómo se te ha ocurrido volver al reino de los McBride…

«Calláos», ordenó a las brujas de su cabeza. En la cama plegable del ático de Maggie, se tapó los oídos para no volverse loca.

Algo golpeó la ventana.

Debían de ser otras brujas intentando entrar, pensó tapándose la cabeza con la almohada.

Algo volvió a golpear la ventana. El ruido parecía el de una piedrecita al chocar con el cristal.

Años atrás, Rory solía tirar chinas a la ventana para que se asomara cuando quería hablar con ella.

¿Sería el fantasma de Rory? Lo que le faltaba, pensó. Fue entonces cuando oyó otro golpe, pero esa vez en una de las ventanas de abajo; el perro labrador de Maggie se puso a ladrar junto a la puerta.

El marido de Maggie, desde la habitación matrimonial, debajo del cuarto en el que estaba Jeanie, lanzó una maldición. Los niños se pusieron a llorar.

Y ella pensó…

No, no quería pensar. Aquello no tenía nada que ver con ella. Se tapó hasta la barbilla y oyó al marido de Maggie bajar las escaleras para abrir la puerta.

–¿Qué demonios está haciendo? –la voz de Dougal sonaba casi tan alta como los ladridos del perro–. McBride. Es McBride, ¿verdad? ¿Qué demonios…? Sea lord o no, no le permito que nos moleste. Va a despertar al pueblo entero.

En ese momento, los perros de los vecinos se pusieron a ladrar también.

Se encendieron luces en distintas casas. Los dos niños de Maggie estaban gritando. Oyó al niño de la casa de al lado gritar también.

«¿Me quedo donde estoy o no?», se preguntó Jeanie. Por supuesto, era lo más sensato.

–Tengo que hablar con mi mujer –Alasdair tuvo que gritar para hacerse oír.

Su mujer. Necesitaba más almohadas para taparse la cabeza, las que tenía no parecían ser suficientes.

–¡Jeanie! –gritó Maggie subiendo las escaleras–. ¡Jeanie!

–¡Estoy dormida!

–Jeanie, a pesar de lo mucho que te quiero, tu marido está despertando a todo el mundo. O bajas o bajo yo, y te aseguro que si bajo yo la voy a armar.

Alasdair ya no gritaba, pero el resto sí. Todo el mundo se iba a enterar de que el lord de Duncairn estaba delante de la casa de Maggie exigiendo la presencia de su esposa.

Todo el mundo se enteraba de todo en esa isla, pensó amargamente mientras se ponía los vaqueros y una camiseta para dirigirse directamente a las escaleras.

No quería verle. Los McBride la tenían harta.

Dougal aún estaba en la puerta, sujetando al perro. Había dejado de gritar. Al verla, su expresión fue de preocupación.

–¿Seguro que quieres hablar con él, cielo?

–Maggie me ha dicho que tengo que hacerlo.

–En ese caso, será mejor que hagas lo que te ha dicho –respondió Dougal, un hombre de pocas palabras–. Me quedaré aquí, esperando, por si me necesitas. Y no salgas descalza.

Jeanie se había dejado los zapatos en la habitación, dos tramos de escaleras. Vio las botas de agua de Dougal al lado de la puerta, se las puso y fue a hablar con su marido.

Alasdair había averiguado la dirección de Maggie. No le había resultado difícil, la guía telefónica de la isla tenía los teléfonos y direcciones de todo el mundo. No había sido su intención despertar a todos los de la casa, pero ella le había dicho que iba a dormir en el ático. Con las piedrecitas que había tirado, solo había pretendido hacerla asomarse a la ventana.

El plan no había salido bien. En ese momento, la gente estaba esperando a que hablaran, y no parecían estar muy contentos, aunque sí interesados.

–¿Ya le has dejado, Jeanie? –le preguntó la anciana vecina de enfrente, asomada a la ventana y observándolo todo con interés–. No esperábamos otra cosa. Y no le permitas que te convenza de volver al castillo. Que sea un lord no le da derecho. Estamos cansados de la aristocracia de este lugar. No te fíes de él.

Aunque no se fiara de él, al menos se le estaba acercando, pensó Alasdair. Jeanie llevaba vaqueros y unas enormes botas de goma. Los rizos le caían por la cara. A la luz de las farolas, se la veía joven, vulnerable y… asustada.

¿Por qué? Él no era un ogro.

–Jeanie…

–Será mejor que hagas callar a tus perros –le dijo ella–. ¿Por qué demonios los has traído?

–Porque al salir se han puesto a ladrar, igual que ahora –necesitaba hablar con calma, pero no pudo evitar una nota de exasperación en la voz–. Y tus huéspedes han tenido que conformarse con media estantería de botellas de whisky, no con la estantería entera; y con pastas de fábrica, no hechas a mano. ¿Dónde has metido las pastas? Y, si los perros siguen ladrando, a media mañana el castillo va a estar vacío.

–¿Qué importancia puede tener eso?

No obstante, Jeanie se acercó al vehículo, abrió la puerta y mandó callar a los perros.

Los perros se callaron. El tono empleado por ella no dejaba lugar a dudas de que no estaba bromeando. Era bajita, bonita y apasionada, y lanzaba miradas mortales.

–No se preocupe, señora McConachie –le dijo a la anciana de la ventana–, ya lo tengo todo bajo control. Perdonen el alboroto. Vuelvan a la cama y cierren las ventanas, aquí ya no hay nada que ver.

–Sé firme con él, Jeanie –gritó alguien.

Se oyeron carcajadas; después, los perros dejaron de ladrar y el lugar volvió a quedar sumido en el silencio.

Pero ella seguía furiosa, se veía. Le miraba como si tuviera la peste.

Decidió que lo mejor era adentrarse en territorio neutral.

–No sé hacer morcillas –dijo él con expresión seria–. Dos de tus huéspedes, el señor y la señora Elliot, de Battersea, quieren morcillas para desayunar. Y Ethel y Hazel quieren papilla de avena.

–A Hector y a Margaret les encantan las morcillas –respondió ella con naturalidad.

Excelente, pensó Alasdair. Esa era la mejor forma de empezar una conversación que debería llevarles a la que, en realidad, tendrían que tener.

–Bien, ¿cómo haces las morcillas?

–Yo no las hago. La señora Stacy, que vive al norte de la isla, es quien las prepara; la sangre se la compra al carnicero de la isla. Pero tengo morcillas en la alacena. Lo único que tienes que hacer es partir en rodajas y freír las que necesites. Las pastas están encima del aparador. Las puse ahí, en lo alto, fuera del alcance de la mano, para no ponerme como una vaca. La papilla es más complicada, tienes que tener cuidado para que no te quede grumosa, pero busca en Internet, ahí encontrarás montones de recetas que te explican cómo hacerla. Te las arreglarás.

–No lo creo.

–En ese caso… –Jeanie, con las manos en las caderas, dio un paso atrás y le miró con desdén por admitir que no sabía hacer papilla de avena–. Es una pena, pero los huéspedes tendrán que buscarse otro lugar en el que hospedarse.

No, no era así como se había imaginado que acabaría la conversación. Jeanie parecía a punto de girar sobre sus talones y dejarle plantado.

–Jeanie, te has casado conmigo porque nos convenía a los dos –declaró Alasdair en tono sensato con la intención de hacer que las cosas volvieran a su cauce–. Tanto si lo crees como si no, optar por casarnos ha sido lo mejor que podíamos hacer. Ha sido una buena decisión. No puedes echarte atrás.

–¿Que casarnos ha sido lo mejor que podíamos hacer?

–Sí. Y sigo pensándolo, no he cambiado de opinión. Admito que tus motivos no son los que creía que eran. A largo plazo, es la decisión acertada.

–Me pareció lo mejor, cierto –admitió ella en un tono que a él le resultó cordial o, al menos, neutral. Pero entonces ella continuó–:

Pero me lo pareció antes de darme cuenta de que me considerabas una mercenaria que se ha pasado los últimos tres años engatusando a Eileen con el fin de heredar el castillo. A lo mejor yo sabía que era eso lo que pensabas de mí, pero ha resultado que pensabas cosas mucho peores. Has acabado acusándome de haber heredado dos veces; tres, si se te incluye a ti. La primera vez que me viste te parecí una fulana.

–No.

–Sí. Cuando Alan nos presentó, me miraste como si fuera un gusano. De acuerdo, mi atuendo era un poco…

–¡Un poco! –nunca se le olvidaría lo que pensó cuando Alan entró con ella en el despacho.

–Alan me dijo que quería gastarte una broma –le replicó ella defensivamente y, a la vez, con enfado–. Me dijo que eras un puritano y que te iba a dar un infarto. Me dijo que esperabas que él se casara con una fulana y era eso justamente lo que quería hacerte creer. Yo estaba completamente avergonzada, pero era lo que Alan quería y… –respiró hondo–.Yo era muy ingenua, creía estar enamorada de él y le seguí el juego. Pero Alan tenía razón en eso, eres un puritano y tienes la inclinación de juzgar a la gente. Eileen no dejaba de decirme que, en el fondo, eras muy buena persona; pero Eileen también quería mucho a Alan y mira cómo era. Y ahora he vuelto a cometer el mismo error, he vuelto a hacer algo a lo que, en un principio, me oponía. Haré que anulen nuestro matrimonio. Punto. Y, si no te importa, yo quiero acostarme y tú tienes que poner la avena a remojo. O no, haz lo que quieras. La papilla es problema tuyo, no mío.

Jeanie se volvió para marcharse.

Y lo habría hecho, de no llevar puestas unas botas de goma del cuarenta y siete. El pavimento estaba ligeramente levantado y se tropezó.

Alasdair la agarró antes de que Jeanie acabara en el suelo. La rodeó con los brazos, la levantó y la ayudó a recuperar el equilibrio. Durante un momento, continuó sujetándola, solo sujetándola.

Jeanie jadeó. Él, por fin, la soltó. Pero durante un momento, solo un momento, había sentido el deseo de seguir rodeándola con los brazos.

En la antigüedad, los hombres elegían a las mujeres de acuerdo

con su estatus en la tribu, pensó Alasdair irónicamente. No estaba a favor de semejante práctica, por supuesto, pero durante unos instantes, mientras la rodeaba con los brazos, al sentir el calor y la fragilidad del cuerpo de Jeanie, había sentido ese impulso tan antiguo como la propia humanidad.

Y tan estúpido.

Jeanie también lo había sentido, de eso estaba seguro. Jeanie había retrocedido y había alzado las manos como si así quisiera defenderse de él.

La puerta de la casa de Maggie, a sus espaldas, se abrió. Dougal debía de haberles estado espiando por la ventana y debía de haberlo visto todo.

–¿Quieres que salga, Jeanie?

–No es necesario. Gracias, Dougal –respondió Jeanie, que parecía hacer un esfuerzo por recuperar la compostura. Igual que él–. No ha sido nada, tus botas me han hecho tropezar.

–Son unas botas estupendas –dijo Maggie a espaldas de Dougal–. Son especiales, se las compré por su cumpleaños. Me costaron una fortuna.

–Sí, a mí también me gustan –intervino Alasdair, y Jeanie no pudo evitar una sonrisa, por mucho que trató de contenerla.

–Ni se te ocurra hacerme reír.

–No podría.

–Sí que podrías. Vete. Me voy a la cama.

Bueno, ya estaba bien. Tenía que decírselo de una vez:

–Jeanie, vuelve al castillo –dijo Alasdair en tono suplicante, olvidando su amor propio–. Tienes razón, te había juzgado mal. Durante las últimas horas he revisado el libro de contabilidad de Eileen y he visto lo que te daba y lo que no te daba. También he visto el lío en el que Alan te metió. Y también… también me he dado cuenta de todo lo que hiciste por Eileen.

Jeanie se quedó muy quieta.

–No sé a qué te refieres.

–Durante los últimos tres años, convertiste el castillo en un auténtico hogar para ella –respondió Alasdair–. Eileen vivía en Edimburgo y pasaba mucho tiempo en las oficinas de la empresa, pero venía aquí, al castillo, siempre que podía. Y, cuando cayó enferma, se trasladó aquí definitivamente; solo iba a Edimburgo de

vez en cuando, principalmente para que me asegurara de que estaba bien y evitar que me preocupara por ella. Yo creía, erróneamente, que quería estar aquí para vigilarte, para vigilar este negocio. Pero hoy he pasado algún tiempo con tus huéspedes, he visto un whisky muy bueno…

–El whisky bueno me lo he traído, no lo he dejado en el castillo.

–He comprado unas botellas –le explicó él–. Pero a lo que iba, tus clientes me han explicado por qué vienen todos los años. Me han contado lo mucho que hablaban de ti con mi abuela y de lo bien que se lo pasaban con ella y contigo. Me han contado que Eileen se sentaba en la biblioteca y, mientras ellos bebían whisky, ella les hablaba de mis antepasados y del castillo. Y también me han contado el cariño con el que tratabas a Eileen y cómo la cuidabas.

Alasdair hizo una leve pausa, respiró hondo y añadió:

–He echado un vistazo al libro de contabilidad y he visto el poco dinero que ganabas. Además, Elspeth…

–¿Quién es Elspeth? –preguntó Jeanie.

–Mi secretaria. Le pedí que hiciera algunas averiguaciones y me ha contado que, aparte de casi matarte aquella fatídica noche en la que él murió, Alan te dejó hundida en deudas. Deudas de juego en su mayoría, pero de las que tú tuviste que hacerte responsable. Sé que Eileen las habría pagado con gusto, pero las cantidades eran astronómicas y tú rechazaste su ayuda. Te declaraste en quiebra y aceptaste un salario muy pequeño a cambio de poder vivir en el castillo.

–¿Has…?

–He estado informándome, sí. Jeanie, te he juzgado mal y lo siento mucho. Por favor, vuelve a casa.

–No es mi casa.

–Es una casa –dijo Alasdair en tono suave–. Tú convertiste ese castillo en una casa para Eileen y jamás podré agradecértelo lo suficiente.

–No quiero que me agradezcas nada. Eileen me dejó vivir allí y eso era suficiente para mí.

–Sé que no tengo derecho a hacerlo, pero te ruego que sigas viviendo allí por el momento.

–Pero no como tu esposa.

–Como mi esposa oficial solamente. Los dos sabemos que es lo

sensato.

–Yo no soy sensata. Tres matrimonios estúpidos lo demuestran.

–En ese caso, déjate llevar por el instinto –dijo Alasdair–. Piensa en el motivo por el que te has casado conmigo.

–Me estás chantajeando.

–No se trata de ningún chantaje. Sé que con este matrimonio voy a ganar una fortuna mientras que tú, al final, no vas a ganar nada. Sin embargo, si acabo siendo el dueño de la empresa, podré comprar el castillo, pagar a tus acreedores y darte dinero…

–Yo no quiero nada –le espetó ella–. ¿Es que no lo entiendes? ¿No entiendes que no me interesa nada de lo que tú puedas ofrecerme?

–Sé que quieres pasar un año más en el castillo. Al final del año…

–No sigas –le interrumpió Jeanie–. No voy a venderme.

Se hizo un silencio. ¿Qué podía contestar a eso?

Él podría solucionar todos los problemas si Jeanie se lo permitiera. Duncairn Enterprises era lo suficientemente grande para comprar el castillo a precio de mercado y, una vez cubiertas las deudas de Jeanie, podría ofrecerle una sustancial cantidad de dinero extra. Pero sabía que, en esos momentos, seguir hablando de ello no serviría de nada, solo empeoraría las cosas.

Esa mujer, su esposa, se había casado con él solo por un motivo: Jeanie sabía el bien que esa empresa hacía y también sabía lo mucho que el castillo había significado para Eileen. Lo único que él podía hacer era esperar que esos motivos fueran suficiente.

–Jeanie, ¿en serio quieres marcharte mañana? –preguntó Alasdair–. Los perros te echan de menos. Los huéspedes te echan de menos. Por favor, vuelve.

–Así que no se trata solo de la papilla de avena, ¿eh?

–Ni de las morcillas.

–Alasdair…

–Ningún compromiso –dijo él alzando las manos–, te lo prometo. Todo será como querías que fuera. Trabajarás durante todo el año y, mientras, tendrás tiempo para pensar qué quieres hacer en el futuro. Ninguna obligación por ninguna de las partes.

–¿Y ningún insulto más?

–Ni siquiera mencionaré tu calzado.

Jeanie sonrió. Débilmente, pero sonrió.

Se hizo otro silencio. Fue tan profundo y prolongado que Dougal volvió a abrir la puerta. Se quedó a la entrada, vacilante. El silencio continuó. Por fin, Maggie tiró de su marido para que entrara en la casa.

Maggie, al menos, comprendía el valor del silencio, pensó Alasdair. Se apagó la última luz encendida en la casa. No obstante, sospechaba que Maggie estaba al acecho, haciéndoles creer que no eran observados.

La noche era cálida. Noches así se contaban con los dedos de una mano en Duncairn. Todo el mundo debería estar fuera de sus casas, pensó él. Las estrellas iluminaban el firmamento, la marea estaba alta y las olas del mar se estrellaban suavemente contra el muro del puerto. Al amanecer, los pescadores saldrían con sus barcos y el puerto sería todo actividad; pero en esos momentos, la tranquilidad era absoluta, estaban los dos solos.

–¿Podré quedarme con los perros al final del año? –preguntó ella por fin.

Alasdair parpadeó.

–¿Los perros?

–Sí, eso es lo que más pena me da. Si me quedo un año más en el castillo, tendré tiempo para buscarme un trabajo en el que pueda tener a los perros.

–¿Aceptas entonces seguir casada conmigo durante un año? –preguntó él con cautela–. ¿Por los perros?

–¿Por qué otra cosa si no?

–¿Por la empresa? ¿Para que Duncairn Enterprises sobreviva?

–Eso te concierne a ti, no a mí. O los perros o nada.

Alasdair bajó la mirada y la clavó en los perros, con las cabezas asomadas a la ventanilla. Abbot miraba la carretera como si estuviera considerando saltar, pero no iba a hacerlo, sería un suicidio.

Una mosca revoloteaba alrededor del hocico de Costello. El animal parecía querer comérsela. Pero tampoco lo haría, esos perros ni eran arriesgados ni demasiado inteligentes.

–Son tontos –dijo Alasdair.

–A mí me gustan los tontos. Una sabe a qué atenerse con un tonto. Los tontos no son manipuladores.

–Jeanie…

–Tontos o no, ¿qué contestas? ¿Sí o no? Un año en el castillo, nada de insultos, me quedo con los perros y respetas mi intimidad. La única forma de sobrevivir el año será manteniendo las distancias.

–Por mucho que queramos mantener las distancias, los dos tenemos que vivir en el castillo.

–Sí, pero tú serás tratado como un huésped más –respondió ella.

–¿Quieres decir que vas a hacer tú la papilla de avena?

La expresión de ella se suavizó ligeramente.

–Me gusta hacer papilla de avena –admitió Jeanie.

–Entonces, ¿trato hecho?

–¿Ni un insulto más? –insisistió ella.

–No se me ocurriría ninguno –respondió Alasdair.

–En ese caso, vete a casa –le ordenó Jeanie–. Yo iré antes de la hora del desayuno.

–¿No quieres venir ahora?

–Contigo, no –declaró ella–. Iré cuando esté lista. De ahora en adelante, Alasdair McBride, lo haremos todo así, por separado.

¿Cómo iba a dormir después de lo que había pasado?, se preguntó Alasdair, tumbado en la enorme cama con dosel en las habitaciones que su abuela había arreglado para él, pensando en Jeanie.

¿Por qué no le había hablado su abuela de la situación en la que Jeanie se encontraba?

Porque él no le había preguntado. Eileen sabía lo mal que él se había llevado siempre con Alan; de haberle explicado los problemas que Alan le había creado a Jeanie, habría tenido que revelarle más cosas de las que ya sabía de su primo.

Y… ¿le había permitido creer que Jeanie era una mercenaria?

No, Eileen no se había imaginado la mala opinión que él había tenido de Jeanie porque cualquiera que la conociera jamás habría concebido semejante opinión de ella.

Excepto él. La había conocido, la había juzgado mal y había seguido haciéndolo. Le había pedido que se casara con él pensando que Jeanie estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por dinero. Y, de paso, había puesto en peligro su propia herencia.

Pero lo peor era que había hecho daño a Jeanie. Había hecho daño a una mujer que se había entregado por entero al cuidado de Eileen. Una mujer a la que Eileen había querido mucho. Una mujer que había accedido a casarse con él por… ¿por lo mucho que Duncairn Enterprises contribuía a causas de beneficencia? ¿Por pasar un año más trabajando de ama de llaves del castillo? ¿Por dos perros?

O porque Jeanie sabía que Eileen había querido que él heredase. Sí, era por eso, ahora lo veía claro.

Jeanie se había casado con él por Eileen.

Eileen la había querido mucho y en ese instante, por fin, lo comprendía. Jeanie se merecía…

¿Cariño?

¿Y por qué Eileen la había querido tanto?

Porque era una mujer buena, leal y compasiva. Porque Jeanie quería a los perros. Porque… porque era bajita, bonita, con muchas curvas y una risa contagiosa.

No, no era por eso por lo que Eileen la había querido, pero era eso en lo que él estaba pensando, tanto si le gustaba como si no.

Cuando Jeanie había estado a punto de caerse y él la había sujetado, había sentido… había sentido…

¿Que sujetaba a su esposa?

Al fin y al cabo, Jeanie era su esposa.

E iba a volver al castillo. Su esposa.

Pero, si él se le insinuaba, ella saldría corriendo. Lo sabía. Alan la había tratado muy mal y él también. Ese día, por la mañana, la había insultado hasta hacerla huir. No, solo podrían sobrevivir el año si mantenían su relación estrictamente profesional, si trataban ese matrimonio como un asunto de negocios.

¿Por qué volvía al castillo? Estaba loca.

De todos modos, allí estaba, en el coche, con el equipaje dentro, a medio camino del castillo. ¿De su casa?

Eso era lo que sentía, que volvía a casa. Aunque, en realidad, no lo era. Había sido su refugio después del desastre con Alan. Había dejado que Eileen la convenciera de quedarse a vivir allí, pero no debería haberlo hecho. Se había encariñado con el castillo. Con

Duncairn.

¿Con Duncairn y todo lo que ello conllevaba?

De ser así, Alasdair quedaba incluido, se recordó a sí misma. Y, desde luego, no se había encariñado con Alasdair McBride, un hombre frío y dado a juzgar a la gente. Alasdair se había casado con ella por la herencia, lo que le hacía merecedor de su desdén.

Pero, al irse a caer, la había sujetado y ella había sentido… había sentido…

–Sí, lo que cualquier hombre atractivo con falda escocesa te haría sentir –se dijo a sí misma en tono de reproche.

Hablar consigo misma en el coche era una estupidez. Tenía las ventanillas abiertas y tuvo que detener el coche cuando unas ovejas en la carretera le obstaculizaron el camino. Empezaron a apartarse, pero con gran lentitud mientras la miraban con curiosidad. Necesitaba hablar y decidió que las ovejas le valían como interlocutoras.

–Estoy haciendo esto por vosotras –dijo Jeanie a las ovejas–. Si vuelvo al castillo, él lo comprará al final del año y la propiedad no se perderá.

¿Podría dejar que ella se quedara también para seguir ejerciendo de ama de llaves?

Buena idea, pero… ¿quería pasar el resto de la vida trabajando de ama de llaves de Duncairn?

–Sí –respondió en voz alta–. No, mejor no. Mejor otra cosa, Jeanie McBride.

Sí, era Jeanie McBride. Era la viuda de Alan. Era la esposa de Alasdair.

–Cuando acabe el año volveré a ser Jeanie Lochlan –le dijo a la última oveja en despejar la carretera–. Entretanto, vuelvo a ser el ama de llaves y la cocinera de Duncairn. Y no voy a correr ningún riesgo. Lo único diferente a lo que he hecho hasta ahora es que en el castillo va a haber un huésped permanente. Ese huésped es Alasdair McBride. Pero como me cause un solo problema, le echo.

«¿Y cómo le vas a echar?», se preguntó en silencio.

–No será necesario, todas las cartas están en mi mano. Durante un año. Y durante un año, lord o no, Alasdair McBride no me va a dar órdenes. Yo sé cuál es mi lugar, será mejor que él sepa cuál es el suyo.

Capítulo 6

ALASDAIR se despertó a las ocho de la mañana. Se vistió, bajó la gran escalinata y aguzó el oído. Nada, ni un solo ruido.

Empujó la puerta del comedor y lo que encontró fue una escena… normal. ¿Normal?

Había estado en aquella estancia con frecuencia, pero esa mañana fue como si la viera por primera vez. La enorme chimenea ocupaba media pared, estaba encendida y los perros estaban tumbados delante del hogar. En el techo había antiguas vigas de madera y una alfombra de gloriosos colores combinaba a la perfección con la tarima del suelo.

Los huéspedes ocupaban cuatro mesas pequeñas, los mismos huéspedes a quienes él había dado whisky la noche anterior. Todos le sonrieron y continuaron desayunando.

Papilla de avena. Morcilla. ¡Tortillas!

Jeanie debía de haber vuelto.

En ese momento, Jeanie apareció en la estancia. Llevaba pantalones vaqueros y delantal, el pelo recogido en una cola de caballo y sonreía. Era la viva imagen de la perfecta anfitriona.

–Buenos días, señor. Tiene su mesa preparada al lado de la ventana. La vista es muy bonita, pero, si prefiere leer el periódico, ahí están, al lado de la mesa. ¿Le sirvo un café mientras decide qué va a desayunar?

Al parecer, así iba a ser. Huésped y anfitriona. Ni los perros se habían levantado para saludarle, Jeanie estaba en casa, a él ya no le necesitaban.

¿Era aquello normal?

–Solo quiero una tostada.

–No es posible. Tenemos huevos y bacón, salchichas, papilla de avena, morcillas, tortillas, tortas de harina, tarta… Puede elegir lo que quiera, señor.

Tras obligarle a agarrar la carta con el menú, Jeanie se retiró para volver a la cocina.

Desayunó papilla de avena, sin grumos, excelente.

Se sintió… como si estuviera de más. ¿Iba Jeanie a tratarle así durante un año entero? Se iba a volver loco.

No obstante, leyó el periódico hasta que los huéspedes se marcharon a pasear por el campo, a subir algún monte o a lo que fuera. La pareja de estadounidenses pagó y se marchó del hotel, para alivio suyo. Los demás iban a quedarse otra noche.

Alasdair esperó a que Jeanie les despidiera y después se dirigió a la cocina, donde sabía que la encontraría.

Jeanie estaba fregando. Él agarró un trapo de cocina y comenzó a secar los cacharros.

–No es necesario que me ayudes –le dijo Jeanie sin mirarle–. Deja el trapo. La cocina es mi territorio.

–Hemos hecho un trato, vamos a pasar juntos un año y los dos tenemos que cooperar y trabajar juntos.

–Tú tienes tu trabajo, que es la empresa. Hay otra habitación sin ocupar, además de las que ocupas tú; tu abuela montó una pequeña biblioteca para uso propio. Esa biblioteca tiene bonitas vistas al mar. Veremos si Internet llega hasta aquí; de no ser así, tendrás que ponerte en contacto con Hamish McEwan, el dueño de la tienda de electricidad de Duncairn. Él te podrá ayudar.

Le había hablado en tono profesional, cortante y escueto.

Y seguía sin mirarle.

–No es solo un despacho lo que tenemos que organizar aquí –dijo Alasdair–. Para empezar, necesitamos contratar a alguien que venga a limpiar.

–¡No! –exclamó Jeanie con expresión ofendida–. ¿Qué tiene de malo que limpie yo?

–¿Cuántos días al año tienes clientes aquí?

–Trescientos sesenta y cinco –respondió ella con orgullo mientras restregaba con fuerza el fondo de una cacerola.

–Y tú te encargas de todo, ¿no? Recibes a los huéspedes, cocinas, limpias, haces las camas…

–¿Qué otra cosa voy a hacer?

–¿Disfrutar un poco?

–Me gusta limpiar.

–Jeanie…

–¿Qué?

–Esa cacerola está tan limpia que parece un espejo. Deja ya de pasar el estropajo.

No quedaban más cacharros por limpiar. Veía el problema, Jeanie tenía que seguir con la cacerola porque, si la dejaba, tendría que volverse y mirarle.

Alasdair le quitó el cacharro de las manos, lo dejó en la encimera y agarró las manos de ella.

–Jeanie…

–Suéltame –Jeanie trató de apartar las manos, pero él se lo impidió.

–Jeanie, acabo de hablar con Maggie por teléfono.

Ella se quedó muy quieta.

–¿Por qué?

–Maggie no sabía que ibas a volver al castillo, creía que te habías marchado en el ferry.

–Iba a llamarla ahora –dijo ella a la defensiva–. No sabía… La verdad es que, cuando salí de casa de Maggie esta mañana, no estaba segura de qué era lo que iba a hacer. Primero tomé el camino del puerto y me detuve en los acantilados para pensar –Jeanie bajó la cabeza y miró sus manos entrelazadas–. Todavía no estoy segura de si esto es lo mejor para mí.

–Me has prometido que te ibas a quedar.

–También me he casado contigo, ¿no? Pero a lo largo de mi vida me he dado cuenta de que se hacen promesas para incumplirlas.

–Yo cumpliré con las mías.

–¿Hasta que la muerte nos separe?

–Eso se replanteará dentro de un año.

–Estás de broma, ¿no? –por fin, Jeanie, de un tirón, apartó las manos de las de él–. Las promesas no significan nada. Y ahora, si me disculpas, tengo que ir a hacer las camas, limpiar el polvo, sacar a pasear a los perros y luego cortar el césped. Será mejor que tú te encargues de contactar con el electricista.

–Jeanie, es nuestro primer día de luna de miel.

–Estoy harta de las lunas de miel –Jeanie agarró la cacerola que él había dejado encima del mostrador y la depositó violentamente en una estantería–. ¿Qué quieres, que vayamos a un hotel de seis

estrellas con casino? Eso ya no es nuevo para mí.

–No, pensaba que podíamos ir a ver los frailecillos.

Realmente sorprendida, Jeanie se enderezó, le miró fijamente y continuó mirándole.

–¿Qué has dicho?

–¿Has visto los frailecillos este año?

–Bueno… no.

–Yo tampoco. No los he visto desde que mi abuelo murió, y me gustan mucho. Según Dougal, todavía están aquí, pero a punto de marcharse. ¿Sabías que se suelen marchar a mitad del verano? La época de crianza ha terminado, así que se van a ir en cualquier momento a partir de ahora. El mar está hoy muy tranquilo, parece un lago. Podríamos preparar un picnic y Dougal me ha dicho que, si queremos, nos presta el *Mary-Jane*.

–¿Dougal te ha dicho que te presta su barco?

–No es un barco pesquero.

–Lo sé, pero ni siquiera se lo deja a Maggie.

–A lo mejor es porque sé manejarlo mejor que ella.

–¿Sabes manejar un barco?

–Sí, sé manejar un barco.

Jeanie le miró con expresión incrédula; después, sacudió la cabeza.

–No, es una tontería. Como te he dicho, tengo que hacer las camas…

–Sí, hay que hacer las camas, limpiar el polvo, pasear a los perros y cortar el césped. Empecemos por las camas y la limpieza de la casa; la madre de Maggie ya se ha puesto en camino, viene con una amiga a limpiar y a cocinar. Y vienen con un perro que, según Maggie, entretiene a Abbot y a Costello. Pasearán a los tres perros. Además, el tío de Maggie va a venir a cortar el césped y va a ayudar a Mac con el ganado. Estará aquí dentro de una hora, pero para entonces nosotros ya nos habremos ido. El barco nos espera. ¿Te puedo ayudar a preparar la comida que nos vamos a llevar?

–¡No! Repito, esto es una tontería.

–Es el día después de nuestra boda. No es ninguna tontería.

–La boda ha sido un trámite solamente. Ya te lo he dicho, nada de lunas de miel.

–Ni de hoteles de seis estrellas con casino. Pero necesitas un

descanso, Jeanie. Llevas tres años sin parar de trabajar. No sé en qué estaba pensando Eileen.

–Eileen sabía que yo me iba a negar a tomarme libre un solo día.

–¿Porque tienes miedo? –sugirió él con voz suave, sin moverse, sin tocarla. Aunque, en realidad, era eso lo que quería hacer–. ¿Porque te has casado dos veces y las dos veces te ha salido mal? Sé que te has casado conmigo para que yo pueda heredar, pero también sé que, en parte, quieres pasar un año más sintiéndote segura. Jeanie, ¿es que no quieres ver los frailecillos?

–Yo…

–Vamos, Jeanie, ven conmigo.

Alasdair ya no pudo contenerse, alargó el brazo y le rozó la mejilla. El gesto le hizo sentir… le hizo sentir…

Como si los dos minutos siguientes fueran de suma importancia. Realmente importantes. ¿Se apartaría de él y le diría que se fuera lo más lejos posible o, por fin, cedería?

–No debería –susurró ella, pero sin apartarse.

–¿Desde cuándo no ves frailecillos?

Jeanie no contestó. Él bajó las manos, aunque con gran esfuerzo. Quería seguir tocándola. Quería hacer que el miedo que veía en el rostro de Jeanie se disipara.

¿Qué daño habían hecho a esa mujer?, se preguntó Alasdair. ¿Qué daño le habían hecho Rory y Alan?

De un modo u otro, habían conseguido que Jeanie perdiera las ganas de disfrutar de la vida.

No, no había perdido del todo las ganas de vivir, lo veía.

–No los veo desde que era pequeña –admitió Jeanie–. Los vi con mi madre, el tío de Rory nos llevó a verlos.

–¿Solo los has visto una vez?

–Sí. El tío de Rory llevaba a turistas en su barco y, en una ocasión, nos llevó a nosotras también.

¿Y su padre?, quiso preguntarle Alasdair. El padre de Jeanie era pescador y tenía un barco. Cierto que llevaba casi dos horas llegar a los islotes donde estaban los frailecillos, pero iba gente de todo el mundo a verlos. Vivir en esa isla y no verlos…

De pequeño, sus abuelos le habían llevado a ver los frailecillos todos los veranos. Al cumplir los dieciséis años, le habían regalado un barco y habían pagado para que le enseñaran a manejarlo. Tras

la muerte de su padre, había llevado a Eileen en el barco para echar las cenizas al mar.

–Vamos, ven conmigo.

Jeanie le miró. Él vio en sus ojos deseo y preocupación.

–No es una luna de miel.

–No, es un día en barco. Necesitas unas vacaciones, así que estoy organizando unas cuantas excursiones.

–¡Más de una!

–Te mereces un mes por lo menos. O más. Sé que no vas a tomarte un mes, igual que sé que no te fías de mí y que nos vemos obligados a estar juntos aunque tú no quieres. Pero, de momento, confieso que me has hecho un gran favor, Jeanie Lochlan. Por favor, permíteme que te dé algo a cambio.

Ella apretó los labios y le miró fijamente.

–¿Seguro que sabes arreglártelas con un barco ahí en medio del mar? –dijo Jeanie por fin.

–Conoces a Dougal, ¿verdad? ¿Crees que me dejaría su barco si no estuviera seguro de que sé manejarlo?

El tío de Dougal había sido su instructor. Muchos años atrás, la isla había sido su segundo hogar, su refugio cuando la convivencia con sus padres le había resultado imposible, y la navegación a vela había sido su auténtica pasión.

–No, no te lo dejaría –admitió Jeanie–. ¿Vamos a ir solos?

–Sí –le habría pedido a Dougal que los llevara, consciente de que Jeanie se habría sentido más segura, pero el tiempo era muy bueno, el mar estaba tranquilo y todos los pescadores iban a salir a pescar ese día–. Vamos, Jeanie, te aseguro que no tienes nada que temer. A los dos nos gustan los frailecillos y vamos a ir a verlos, eso es todo.

–Es que… cuando me tocas, siento…

Por fin. Ahí estaba el problema, lo que había entre los dos.

–Con el fin de sobrevivir los próximos doce meses vamos a tener que evitar la mutua atracción–le dijo él.

Jeanie se quedó muy quieta.

–A ti te pasa lo mismo, ¿verdad?

Claro que le pasaba lo mismo. ¡Qué demonios! Pero lo que menos necesitaban en el mundo era una apasionada aventura amorosa durante unas semanas seguida de una apoteósica ruptura, lo que acabaría con su trato y todo se iría al traste. Incluso él sabía

que tenía que controlar sus hormonas.

–Jeanie, tenemos que ser sensatos. Eres una mujer atractiva…

Jeanie lanzó un bufido.

–Con una sonrisa maravillosa y un corazón muy grande –continuó Alasdair–. Pon a una mujer y a un hombre juntos durante un año y las chispas saltarán. Pero los dos tenemos el sentido común suficiente para saber que hay que controlar esas chispas.

–¿Eso es lo que vamos a hacer durante doce meses, apagar chispas? –Jeanie se atrevió a sonreír–. Además de la comida, ¿quieres que llevemos al barco un extintor de incendios?

–A la primera chispa, nos tiraremos al agua, cuya temperatura está un poco por encima de los cero grados. Creo que eso nos bastará. Bueno, ¿vienes conmigo?

Jeanie titubeó unos instantes.

–Puede que sea una tontería, pero no me puedo resistir a los frailecillos –contestó ella–. Lo único que pido a cambio es que no lleves la falda escocesa. Una cosa son las chispas, Alasdair; pero tú con ese cuerpo y una falda escocesa no provocas chispas, sino un incendio.

Tras esas palabras, Jeanie se dio media vuelta, agarró una cesta y empezó a meter la comida que se iban a llevar.

Alasdair no solo sabía manejar un barco, era parte de él. Jeanie había estado en suficientes barcos y con suficientes marineros para saber reconocer a un hombre de mar.

¡Quién lo habría imaginado! Alasdair, el hombre de negocios de Edimburgo, el señor de Duncairn, se sentía tan seguro en medio del mar como cualquier pescador de la isla.

Al subirse al *Mary-Jane*, anclado en el puerto, habían encontrado una nota de Dougal dirigida a Alasdair y pegada al timón: *Mantente en contacto por radio y asegúrate de que no le pase nada. Y no me refiero al barco*.

El *Mary-Jane* era una lancha fuerte y práctica, igual que el hombre que iba al timón. Alasdair llevaba pantalones muy usados, botas y un viejo jersey. No se había afeitado aquella mañana. Su aspecto era…

«No pienses en lo guapo que está», se ordenó Jeanie a sí misma.

Por fin, cuando salieron a alta mar, Jeanie consiguió relajarse. ¿Cuánto tiempo hacía que no salía al mar? ¿Cuánto tiempo hacía que no se tomaba un día libre? ¿Cuánto tiempo hacía que alguien no se preocupaba por ella?

Alasdair también quería ver los frailecillos, pensó Jeanie, no lo hacía por ella.

Pero una voz interior le contradijo: «Alasdair no tenía por qué llevarte. Hace esto porque sabe que necesitas un descanso».

Era una idea tentadora.

Y el día era tentador. El sol le calentaba el rostro, sentía el poder del mar. Y al mirar a Alasdair también sintió el poder de ese hombre.

Alasdair estaba callado. Quizá pensaba que ella necesitaba silencio. Y se lo agradeció. Allí sentada, permitió que el sol y el mar la penetraran.

Era como si algo trascendental le estuviera ocurriendo. Era como si se hubiera encontrado en un largo y oscuro túnel para, de repente, salir a la luz.

¿Era solo porque se había tomado un día libre? ¿O era porque sabía que durante los próximos doce meses, un año, se iba a sentir segura?

Debían de ser las dos cosas, pero sabía que no. Era extraño, pero allí sentada al sol, observando a Alasdair, tenía la sobrecogedora sensación de que podía bajar la guardia, perder el férreo control que había ejercido sobre sí misma desde la tragedia de Alan, ser… ella misma, ser simplemente Jeanie.

Se había perdido a sí misma a lo largo de la vida: como hija de Jeffrey, como novia y esposa de Rory, como la mujer de Alan. Después, la quiebra, con medio mundo exigiéndole el dinero que debía.

Por último, como ama de llaves de Eileen.

Había disfrutado de ese trabajo en Duncairn, pero la había consumido. Ese trabajo había definido su personalidad.

Pero ese día no era un ama de llaves. No era la hija de Jeffrey, ni la esposa de Rory, ni la mujer de Alan. Ese día, en medio del mar, con aquel hombre al timón que era…

¿Su marido?

Ese día no tenía ninguna obligación, solo disfrutar. ¿Quién podía

resistirse a ello? Sonrió. Sonrió y sonrió.

–¿Qué te hace tanta gracia? –le preguntó Alasdair con voz suave.

–Nada. Acabo de acordarme de por qué me gusta tanto este lugar. Hacía mucho que no estaba en medio del mar. Y los frailecillos… ya ni me acuerdo. ¿Están lejos todavía?

–¿Quieres saber si hemos llegado ya? –Alasdair también le sonrió, una sonrisa que le hizo agrandar ligeramente los ojos. Era una sonrisa irresistible–. ¿No es eso lo que los niños preguntan desde el asiento trasero del coche?

–Así es como me siento, como un niño en el asiento trasero del coche –fue entonces, al mirar hacia el horizonte, cuando vio las rocas de granito que se levantaban sobre la superficie del mar, aisladas, en todo su esplendor–. No, no me siento como si estuviera en el asiento de atrás, sino en el de delante, el del copiloto. Es una de esas rocas en las que están los frailecillos, ¿verdad?

–En la grande, la de atrás. Las más pequeñas son solo rocas, pero la de atrás tiene tierra y es ahí donde anidan. Nunca ponen los nidos cerca de los humanos, lo que significa que no podemos bajar a tierra.

–Necesitaríamos una escalerilla de cuerda enorme –Jeanie se llenó los pulmones de aire al mirar la pared rocosa. Después, se olvidó de respirar–. ¡Qué maravilla!

Alasdair había pasado por un pasadizo de la isla rocosa y había salido a una bahía de agua calma como un lago. El agua era de color gris, profunda, y había un sinfín de…

Frailecillos. ¡Frailecillos!

Alasdair bajó la potencia del motor de la lancha hasta el mínimo que les permitía seguir apartados de las rocas. Apenas se oía el motor.

Había frailecillos por todas partes, blancos y negros con extraordinarios picos de color naranja. Esos frailecillos eran idénticos a los que había visto en las revistas, en los carteles… pero solo una vez en la realidad, tanto tiempo atrás que parecía tan solo un sueño.

Eran cómicos, bonitos… preciosos.

–Mira, ese tiene un pez en el pico. ¡Dios mío, se me había olvidado! Y mira, otro. Y otro. ¿Por qué no se tragan los peces?

–¿Saborean el placer? –sugirió Alasdair con otra sonrisa

irresistible.

–Pareces un Papá Noel benevolente –dijo ella.

Alasdair arqueó las cejas.

–¿Es eso una acusación?

–No, no –era solo lo que a ella le había parecido.

Pero no, no se parecía en nada a Papá Noel, reconoció Jeanie. Alasdair no estaba gordo ni era un hombre bonachón.

Era… el sexo personificado.

La idea la sobresaltó. De repente, sintió miedo. Eso mismo había pensado de Alan al conocerle.

Rory le había proporcionado seguridad. La vida de Rory había sido la pesca, el mar y jamás habría salido de Duncairn. Se había dado por satisfecho siguiendo los pasos de su padre y su abuelo. Su madre se había dedicado a la cocina, a la limpieza, y también se había conformado con eso. Rory jamás se habría imaginado que ella pudiera querer algo distinto.

Rory había sido un buen hombre, sólido y digno de confianza, y su muerte la había dejado desolada. Pero a los dos años, Alan había aparecido en su vida. Al conocerle, le había parecido…

El sexo personificado.

Más. Le había parecido todo lo que Rory no había sido: excitante, aventurero y dispuesto a disfrutar de todo lo que la vida pudiera ofrecerle. La había sacado de la isla y le había enseñado un mundo…

Al que no quería volver. Un mundo superficial, mercenario, peligroso e incluso cruel.

Alan era un McBride, igual que Alasdair.

¿El sexo personificado?

«Contrólate», se ordenó a sí misma. «¿Es que no has aprendido nada? La única persona que te puede ofrecer seguridad en la vida eres tú misma».

Pero no quería seguridad, pensó mientras miraba a Alasdair. No, no era eso lo que quería.

–Anoche estuve leyendo sobre los frailecillos –dijo Alasdair observando aquellas aves–. Pueden tener hasta diez peces pequeños en el pico. Es una ventaja enorme, así gastan menos energía cuando llevan el pescado a sus madrigueras. ¿Sabías que sus madrigueras pueden llegar hasta sesenta centímetros de profundidad?

Mientras Alasdair seguía hablando, ella continuaba contando peces en los picos de los frailecillos.

Fascinada con aquellas aves, Jeanie preguntó:

–¿Vamos a almorzar aquí? –sin esperar respuesta, se levantó del asiento trasero de la lancha y fue a por la cesta de la comida–. ¿Vas a echar el ancla o prefieres que comamos durante el camino de vuelta?

–Tenemos tiempo para comer aquí –Alasdair la miró fijamente y con el ceño fruncido–. Jeanie, ¿te hizo Alan sufrir mucho?

–He traído sándwiches, quiche, ensalada y huevos cocidos. También tengo pastas y manzanas. Para beber, cerveza, vino y refrescos. Elije lo que quieras.

–¿No vas a contestar a mi pregunta?

–Eso es agua pasada.

–Yo no te voy a hacer ningún daño.

–Lo sé –respondió ella–. Porque, entre otras cosas, no te lo voy a permitir. Lo nuestro es un asunto de negocios, Alasdair, nada más.

–¿Y hoy?

–Digamos que es una recompensa por los servicios prestados –contestó Jeanie con un esfuerzo para evitar que le temblara la voz–. Me has invitado y he aceptado. Es maravilloso, mágico, almorzar rodeados de frailecillos. Es un regalo. Te estoy muy agradecida, pero es la clase de agradecimiento de una empleada con un jefe que le da un día libre. Nada más.

–No es un día libre, sino una semana casi entera. Después, voy a reducir a la mitad tus obligaciones y te doblaré el salario.

¡Vaya! ¿Le iba a doblar el salario?

Debería rechazar la oferta, pensó Jeanie. Pero… ¿por qué no agradecérselo simplemente? Como empleada, por supuesto. Ya que solo era eso, una empleada.

–Excelente –respondió ella pasándole los sándwiches–. Tome usted, señor.

Empleada y jefe. La relación perfecta para él, pensó Alasdair. ¿O no?

Le estaba agradecido a Jeanie. Ella había accedido a casarse con él y lo había hecho para que el imperio Duncairn no se perdiera.

Había conseguido que Eileen fuera feliz en sus últimos años de vida. Él solo le estaba mostrando su gratitud y ella la estaba aceptando con placer.

Debería ser suficiente.

La visita a los frailecillos estaba resultando mágica. A él, que los había visto con frecuencia, debería parecerle algo normal, pero ver a Jeanie tan entusiasmada estaba haciendo que la experiencia fuera excepcional. Los frailecillos eran unas criaturas extraordinarias y la reacción de Jeanie era mágica.

Jeanie se esforzaba por parecer no darle demasiada importancia a la situación. Su comportamiento con él era práctico e intentaba disimular la ilusión que le hacían esas aves. Pero él notaba su entusiasmo cada vez que un frailecillo se sumergía y salía del agua con unos cuantos peces plateados en el pico. Sí, Jeanie estaba disfrutando de veras.

Y era un placer verla disfrutar.

A primeras horas de la tarde, a su regreso al castillo, comprobaron que todas las tareas habían sido realizadas: el castillo estaba completamente limpio, el césped estaba cortado y el ganado atendido.

A Jeanie, sobrecogida, casi se le saltaron las lágrimas. Pero no dijo nada, se limitó a asentir y después se dirigió directamente a la cocina.

La repostería también estaba hecha. En la encimera había un bizcocho victoriano relleno de fresas y nata, y unas pastas de chocolate.

–¿Qué voy a hacer ahora? –preguntó ella con los ojos fijos en los dulces.

–Comer –respondió Alasdair–. ¿Dónde están los cuchillos?

–Ni se te ocurra tocar el bizcocho. Se lo daré a los huéspedes para después de cenar, tú te tomarás lo que quede.

–¿Es que no soy un huésped?

–De acuerdo, lo tomarás después de cenar –concedió ella–. Pero no la primera ración.

–¿Por qué?

–Porque eres un huésped sin privilegios.

–Este huésped se va a tomar una pasta –contestó él al tiempo que agarraba una pasta de chocolate–. Bueno, entonces… ¿mañana vamos a ver las nutrias?

–¿Qué quieres decir con eso de las nutrias?

–Quiero decir que la madre de Maggie y su amiga van a seguir viniendo todos los días laborables hasta que yo les diga que no vengan, y hace años que no veo las nutrias. Antes vivían cerca de la bahía, podríamos ir allí a almorzar y a ver las nutrias –dijo él–. Pero ahora voy a ir a trabajar un rato, Jeanie. Tú dedícate a descansar, lee un libro o haz lo que quieras, cualquier cosa que no hayas hecho en mucho tiempo. Te veré a la hora de la cena.

–Los huéspedes cenan fuera –dijo ella.

Alasdair sacudió la cabeza.

–Lo siento, Jeanie, pero este huésped también es el señor del castillo. Y, para bien o para mal, tu marido.

–En el contrato matrimonial no se me exige que te dé de comer.

–Por eso te voy a dar yo de comer –Alasdair sonrió–. Y no, no te preocupes, no te voy a llevar a ningún restaurante de lujo; además, en Duncairn no hay ninguno. Lo que pasa es que la madre de Maggie me ha traído los ingredientes para hacer un buen *risotto*, y el *risotto* es una de las pocas cosas que se me dan bien. Así que esta noche cocino yo.

–No quiero…

–Hay muchas cosas que no queremos, Jeanie –dijo Alasdair con voz suave–. La situación en la que nos encontramos es absurda y lo único que podemos hacer es llevarlo lo mejor posible. *Risotto* o nada, Jeanie.

Ella se lo quedó mirando; por fin, asintió.

–De acuerdo –dijo Jeanie–. Comeré tu arroz, gracias. Y gracias por hoy. Y ahora… voy a ver cómo andamos de whisky. Avíseme cuando tenga la cena lista, señor.

–Alasdair –le espetó él.

–Alasdair –concedió ella–. Llámame cuando vayamos a cenar. Y gracias.

Jeanie se alejó a toda prisa y él la siguió con la mirada.

Había aceptado su ayuda. Debería ser suficiente.

Pero no lo era.

Jeanie se sentía extraña. Desconcertada. Totalmente desorientada. Por primera vez en tres años, no tenía nada que hacer.

Excepto pensar en lo bien que se lo había pasado ese día.

Excepto pensar en Alasdair.

Él era su marido. Debería estar acostumbrada a tener marido. Alasdair no era diferente.

Excepto que sí lo era. Alasdair se había dedicado a complacerla ese día.

Alasdair había visto frailecillos en muchas ocasiones. También tenía trabajo. Casi todo el tiempo que llevaba allí, le había visto delante del ordenador, había oído los incesantes timbrazos del teléfono. Alasdair McBride era el dueño de una gigantesca empresa financiera.

Y se había pasado el día entreteniéndola.

–Porque he accedido a cumplir con el trato –dijo para sí misma en voz alta–. Porque le estoy haciendo un favor.

Los perros, que ya habían comido y habían hecho ejercicio, estaban tumbados delante del fogón de la cocina. Dormían.

–¿Me ha querido tener contenta?

Pensó en Rory. Rory siempre había estado demasiado cansado para dedicarse a entretenerla. Solía pasar mucho tiempo en el mar y, al volver a casa, solo había querido sentarse en un sillón y ver la televisión. Antes de casarse había sacado tiempo para estar con ella, pero después… había sido como si ya no tuviera que molestarse.

¿Y Alan? Lo mismo, pero multiplicado por un millón. Se había casado con ella argumentando un millón de razones; pero después de conseguirlo, ella no había significado nada para él.

¿Y Alasdair? Él también había tenido un millón de razones para casarse y ella había accedido. Sin embargo, no había motivo por el que pasar ese día con ella.

–Quizá tenga miedo de que me eche atrás –dijo a los perros, a pesar de saber que no era por eso.

O, a lo mejor, solo esperaba que no fuera por eso.

–Deja de ser una estúpida romántica –se ordenó a sí misma con enfado–. Jeanie Lochlan, ya es hora de dejar de fantasear.

El teléfono interrumpió esa conversación consigo misma.

Maggie, pensó. Y lo era, era su amiga Maggie muerta de curiosidad.

–¿Qué tal te ha ido? Jeanie, ¿no es guapísimo? Os he visto salir del puerto con los prismáticos, apuesto a que la mitad del pueblo os estaba espiando. Habéis estado en el mar seis horas. ¡Seis horas a solas con ese hombre! Y lo que le ha pagado a Dougal por la lancha y lo que está pagando a mamá y a su amiga… Jeanie, ¿por qué no estás en la cama con tu marido en estos momentos?

Jeanie respiró hondo.

–No es mi marido de verdad –respondió Jeanie.

Maggie lanzó un bufido.

–Eso lo dirás tú. Y mi madre me ha dicho que, por teléfono, es encantador, que le ha llamado para darle las gracias por el bizcocho y las pastas, aunque lo ha pagado. Y también les ha pedido que vuelvan mañana al castillo porque quiere llevarte a ver las nutrias. ¡Las nutrias! Sabes dónde está la vieja casa que hay cerca de Craigie Burn, ¿verdad? Estoy segura de que allí hay nutrias. Podríais hacer una hoguera y…

–¡Maggie!

–Era una sugerencia. Jeanie, te has casado con ese hombre, y si no estás en la cama con él deberías estar. Ah, y otra cosa, sé que no es como Alan, lo sé.

–¿Cómo vas a saberlo si apenas le conoces?

–Por la forma como pronunció los votos de matrimonio.

–Los dos estábamos mintiendo y lo sabes perfectamente.

–No lo sé –respondió Maggie obstinadamente–. Anoche volviste al castillo, ¿no? Llevas una noche casada, te quedan trescientas sesenta y cuatro noches. ¿O debería multiplicarlo por cincuenta años? Jeanie, sé sensata, ve a por él.

–¿Por qué?

Maggie guardó silencio momentáneamente, como si estuviera pensando la respuesta. Uno de los coches de los huéspedes se acercaba, lo vio por la ventana de la cocina. Agarró un plato y empezó a poner pastas en él. Ese era su trabajo, se dijo a sí misma. Su vida.

–Porque ese hombre puede permitirse…

Pero Jeanie interrumpió a su amiga:

–Puede permitirse lo que quiera, pero gracias a mí. Ya te he explicado lo del testamento de Eileen. Alasdair se queda con su

fortuna y yo recupero mi independencia. Eso es lo único que quiero, Maggie, y así va a ser.

–Pero vas a ir a ver las nutrias mañana, ¿verdad?

–Sí –respondió Jeanie.

Se había visto entre la espada y la pared, arrinconada, y no sabía cómo salir de esa situación.

Manteniéndose ocupada, pensó mientras colocaba las pastas artísticamente.

Había pasado un día, le quedaban trescientos sesenta y cuatro más.

Capítulo 7

FUERON a ver las nutrias y Alasdair decretó que iban a Craigie Burn, el mejor lugar para verlas, el rincón más alejado de cualquiera de las carreteras, un espacio en el que las nutrias habían pescado durante siglos. Un McBride había construido una pequeña casa de campo para pescar y poder pasar alguna noche en relativo confort. La casa, que ya nadie utilizaba, era prácticamente una ruina; aún tenía tejado y muros, pero por dentro estaba hueca.

–Pasé aquí, en la isla, gran parte de mi niñez –le dijo él mientras metían el almuerzo en la mochila–. La recorrí entera.

–¿Alan también? –Jeanie no pudo evitar preguntarlo. Alan casi nunca le había hablado de su infancia, casi nunca le había hablado de su familia.

–El padre de Alan y el mío eran dos almas gemelas –respondió él–. Se dedicaban a pasarlo bien y poco más. Sus hijos les daban igual. Durante la infancia, tanto Alan como yo nos sentíamos solos, pero Alan se sentía aún más solo aquí. Eileen le trajo a la isla varias veces, pero él no soportaba este lugar.

Con la comida ya guardada, Alasdair se echó la mochila al hombro.

–¿Lista? –le preguntó él.

–Lista –respondió Jeanie mientras se preguntaba qué demonios hacía yendo a caminar por el campo con ese hombre cuando, en realidad, debería estar ganándose el sustento.

Pero Alasdair estaba decidido a que disfrutara… ¿una luna de miel? Fuera lo que fuese, al parecer no tenía elección. Y eso que todavía no se había recuperado de la cena de la noche anterior sentada a solas con ese hombre a la mesa de la cocina, comiendo el *risotto* que él había preparado. Por cierto, un *risotto* excelente.

Pero ese hombre la perturbaba.

Se pusieron en marcha. Bajaron el sendero del acantilado que conducía a una playa rocosa; después, continuaron su caminata por la costa hasta Craigie Burn.

El camino no era fácil, ni siquiera para ella, que estaba acostumbrada a ese terreno. En varias ocasiones, Alasdair se detuvo y se volvió para ayudarla. Ella rechazó la ayuda, pero la amabilidad de Alasdair la hizo sentir…

Cosas que no tenía derecho a sentir, pensó. No quería sentirse como una frágil mujer.

–Háblame de tu infancia aquí –dijo Jeanie mientras hacía esfuerzos por subir un tramo particularmente pedregoso.

Había hecho la pregunta más por evitar que Alasdair notara su trabajosa respiración que por interés. No estaba dispuesta a admitir el esfuerzo que le estaba costando andar.

Pero en vez de hablar mientras subía el camino, Alasdair se volvió y miró al mar. ¿Se había dado cuenta de lo mucho que ella necesitaba un descanso? Mejor no, pensó. «No voy a darle la satisfacción de que vea que me cuesta subir más que a él».

Sin admitir nada, Jeanie se volvió y miró al mar también.

–Me encanta –dijo Alasdair paseando la mirada por la escarpada, salvaje y extraordinaria costa–. Mi padre y mi tío casi nunca venían aquí, no les gustaba. Mis padres me enviaron a un colegio de Inglaterra y casi nunca fueron a verme. Se dieron la gran vida con el dinero de mis abuelos y no se interesaron por sus hijos. A Alan le gustaba ese estilo de vida, desde pequeño quería vivir así también. Le encantaban los hoteles de lujo, tener sirvientes, las fiestas… Yo, sin embargo, lo odiaba.

–Por eso venías aquí.

–Prácticamente, nos abandonaron –continuó Alasdair–. Nuestros padres nos dejaban con Eileen durante las vacaciones y mi abuela nos traía aquí, creía que esto era bueno para nosotros. Alan, por su parte, lo único que quería era llevar el mismo estilo de vida que nuestros padres –Alasdair esbozó una sonrisa irónica–. Es posible que yo no fuera muy sociable, pero aquí…

Alasdair hizo una pausa y miró a su alrededor. Un par de águilas sobrevolaron sobre sus cabezas. Aunque estaba acostumbrada, cada vez que las veía se le ensanchaba el pecho. Eran magníficas, y notó que a Alasdair también le impresionaban.

–Este era mi hogar –continuó Alasdair, interrumpiendo por fin el silencio–. Aquí me sentía bien. Eileen solía quedarse con nosotros cuando Alan y yo veníamos. Tú has visto el castillo antes de la

restauración, a mis abuelos no parecía importarles la falta de comodidades. Creo que a mí tampoco, me bastaba con pescar e ir de excursión por la isla mientras intentaba no pensar en los días que me quedaban hasta tener que volver al colegio. Alan, por el contrario, no veía el día de salir de aquí. Yo quería quedarme para siempre.

–Pero no te quedaste, acabaste en Edimburgo. Casi nunca viniste… hasta que Eileen cayó enferma.

Jeanie trató de no emplear un tono acusatorio en la voz, pero no lo logró del todo. Sus palabras habían parecido duras.

Hubo otro silencio.

–No ha sido un reproche –explicó ella.

Alasdair sacudió la cabeza.

–Lo sé y no me lo he tomado como un reproche. Pero te lo explicaré. Al principio, no venía porque estaba muy ocupado con los negocios y no tenía tiempo para hacer lo que realmente me gustaba. Después, cuando Eileen empezó a pasar aquí largas temporadas, yo no venía porque tú estabas aquí.

Jeanie respiró hondo.

–¿Me despreciabas hasta ese punto? –preguntó ella con voz débil.

Alasdair se encogió de hombros.

–No te conocía, pero conocía a Alan. No le soportaba.

–¿Por qué?

–Porque era la clase de niño a la que le gustaba arrancar las alas a las mariposas. Además, mi padre era mayor que el padre de Alan, lo que le hacía heredero al título y a mí después. El padre de Alan estaba resentido por eso y Alan también. No sé qué cosas le inculcaron a Alan desde pequeño, lo único que sé es que me odiaba y sabía cómo hacer daño.

¡Cielos! Era la primera vez que Alasdair hablaba de asuntos tan personales.

La mirada de Alasdair se perdió en el horizonte.

–Un día que vine aquí –continuó Alasdair en tono ausente, como si hablara consigo mismo–. me encantaban las nutrias y venía a este lugar con frecuencia, Alan me siguió. Estaba tumbado boca abajo observándolas a través de los prismáticos. Alan estaba en lo alto del acantilado y había agarrado la escopeta de mi abuelo. Mató a tres

nutrias antes de que yo, corriendo, llegara hasta donde estaba él. Alan era un año y medio mayor que yo y mucho más grande; cuando fui a detenerle, me dio un golpe con la culata de la escopeta. Todavía tengo la cicatriz, debajo del pelo. Después de golpearme, se echó a reír y me dejó aquí tirado, mareado y sangrando.

–No…

Alasdair esbozó una triste sonrisa.

–Podría haberme matado. Él tenía catorce años y yo doce, y le tenía miedo. A mi abuela le dije que me había caído por el acantilado. Al poco de aquel incidente, sus padres decidieron que ya era suficientemente mayor y que podía pasar las vacaciones con ellos, así que ya no tuve que seguir aguantándole. Nunca le conté a Eileen lo que había pasado aquel día; aunque, pensándolo bien, quizá debiera habérselo dicho –Alasdair volvió la cabeza y la miró–. Y tú… ¿le querías?

–No.

–Bueno, da igual, sé que no es asunto mío. Pero estos últimos años, sabiendo que tú estabas en el castillo… En fin, por eso no venía.

–Lo siento.

–Los defectos de tu marido no son culpa tuya.

–Pero como tú bien has dicho, me casé con él.

–No te he visto matar a ninguna nutria.

–¿Es por eso por lo que ayer me llevaste a ver a los frailecillos? –preguntó Jeanie–. ¿Para ver cómo reaccionaba?

–Te aseguro que no pensaba que pudieras ir con una escopeta.

–Supongo que tampoco esperaste que Alan apareciera con una escopeta –Jeanie suspiró antes de llenarse de aire los pulmones–. Te comprendo, Alasdair, no tienes que darme más explicaciones. Dejaré de reprocharte que no vinieras a ver más a tu abuela si tú dejas de reprocharme que me casara con Alan. ¿Trato hecho?

Alasdair la miró prolongadamente, con fijeza. Después, muy despacio, una sonrisa le iluminó el rostro.

Era una sonrisa deslumbrante, pensó Jeanie. Era como si después de la oscuridad se hubiera hecho la luz. Los oscuros ojos de Alasdair brillaron, haciéndole parecer más tierno, más vulnerable.

¿Había caído la máscara del guerrero?

No era así como debería verle, pero así era. Alasdair era el noble de Duncairn y llevaba armadura. Una armadura invisible, pero la llevaba.

Al hablarle de las nutrias, al hablarle de Alan, se le había hecho una pequeña incisión en la armadura, pensó ella contemplando la tímida sonrisa de Alasdair. Era como si al hablar de cosas tan personales se sintiera vulnerable, cosa que no debía de gustarle.

Jeanie se le imaginó de niño, en el castillo. Eileen le había dicho que había llevado allí a los dos chicos a pasar las vacaciones. Ella les había imaginado ilusionados, felices. Pero con el tiempo, Eileen le había confesado que, con frecuencia, había dejado a los chicos al cuidado del ama de llaves, cuando Eileen tenía que ir a Edimburgo.

En ese momento, Jeanie lo veía con claridad: un niño de doce años sometido al capricho y la crueldad de su primo mayor. Y no habría sido solo el incidente con las nutrias. Conociendo a Alan, sabía que habría habido muchos más actos crueles.

–El tramo que viene ahora es bastante duro –dijo Alasdair tendiéndole la mano–. Deja que te ayude.

Jeanie clavó los ojos en la mano de él.

Alasdair era un McBride. Era otro hombre que la había pillado en un momento de debilidad y se había casado con ella.

Pero el día era mágico, el ascenso por la colina duro, y Alasdair estaba a su lado, sonriéndole, ofreciéndole la mano.

–Si yo tuviera un poco más de sentido común también sería un ascenso en solitario –murmuró ella.

Alasdair arqueó las cejas y continuó sonriendo. El sol era cálido, las nutrias esperaban y ella, al fin y al cabo, era humana.

Aceptó la mano de Alasdair y reemprendió la marcha.

Con Alasdair.

* * *

Fue otro día mágico. Unas nubes, que podían o no acabar en lluvia, salpicaban el cielo; pero de momento, el sol brillaba y las aguas del mar eran cristalinas.

Sin titubear, Alasdair la condujo a un saliente de la colina cerca de la casita de campo, apenas a tres metros de altura sobre el nivel del mar. Allí, tumbados boca abajo, podían ver lo que ocurría en las

aguas del mar.

Estuvieron un tiempo así sin que pasara nada. Quizá no llegaran a ver nada, pensó Alasdair. Las nutrias eran tímidas, podían haber advertido su presencia y esconderse. Pero no le importaba la espera.

Alasdair se sentía más que satisfecho.

Estar allí tumbado sobre la roca cubierta de musgo con Jeanie a su lado le producía una sensación extraña.

En la actualidad, vivía en la ciudad; principalmente, en Edimburgo, pero también pasaba tiempo en Londres, Nueva York, Copenhague y cualquier otra ciudad según las exigencias del trabajo. Para cumplir los términos del testamento de Eileen, necesitaba delegar en otros parte de sus responsabilidades. Había creído que echaría de menos esa vida, pero allí tumbado junto a Jeanie, esperando a que las nutrias aparecieran, pensó de repente lo contrario.

¿Qué otra mujer conocía que estuviera dispuesta a permanecer tumbada sobre una roca, sin moverse, sin rechistar y paciente?

Después de media hora de espera, las nutrias seguían sin aparecer. Sabía que media hora no era mucho, pero… ¿lo sabía Jeanie también? De ser así, no parecía importarle: apoyaba el rostro en las manos, contemplaba el agua y tenía los ojos a medio cerrar, como en estado contemplativo.

El cabello le adornaba el rostro. Un rizo le impedía verle el perfil completamente. Deseó apartarlo.

Jeanie había estado casada con Alan.

No, no debía importarle. Quería tocarla…

Pero si se movía espantaría a las nutrias y sabía que esa mujer no se lo perdonaría; no solo tocarla, sino estropear la fiesta que esperaba ver.

A Jeanie le importaban las nutrias, no él.

«Bien, continúa esperando», se ordenó a sí mismo. Y consiguió volver la atención a la ondulante agua.

–Ahí… –dijo ella en un susurro apenas audible.

Jeanie había vuelto los ojos hacia la izquierda. Y ahí estaba, saliendo de las sombras, uno de aquellos preciosos animales.

–Oh –suspiró Jeanie–. Oh…

Jeanie le ignoraba por completo, su atención se hallaba fija en las nutrias.

Merecían ser observadas. Habían salido de las sombras y olfateaban en busca de alimento.

–También comen algas –murmuró Jeanie, pero él se dio cuenta de que hablaba para sí misma, no con él.

–Son maravillosas –contestó Alasdair, también en un susurro–. ¿Sabías que tienen un pelo tan espeso que el agua no les moja la piel?

–Por eso las cazan –contestó ella–. ¿Seguirás protegiéndolas… después de que yo me vaya?

Alasdair volvió a la realidad bruscamente, una realidad que asomaba su fea cara. Al final del año, el castillo acabaría en manos de los acreedores de Jeanie. Él se lo compraría, por supuesto, y protegería la propiedad.

Pero, al ver la incierta mirada de ella, supo que Jeanie no estaba segura de que lo hiciera.

Él le había hecho una promesa, pero a esa mujer ya le habían hecho promesas que no se habían cumplido.

De repente, se fijó en el anillo de casados que Jeanie lucía en su dedo desde hacía dos días. Iban a estar casados, oficialmente, un año. La gente casada llevaba anillo.

Pero En ese momento… ¿qué valor tenía una promesa? Jeanie no se fiaba de él y tenía motivos para no hacerlo.

Volvió a mirar las nutrias, que en esos momentos cazaban celosamente, a pesar de la proximidad de dos humanos. Debían de haber visto sus sombras y habían esperado casi una hora para salir de sus escondrijos. Tenían hambre. Se habían visto forzadas a confiar en la suerte.

Igual que Jeanie, que se había encontrado en medio de una situación imposible. ¿Cómo decirle…?

El anillo…

Hasta ese momento, había estado pensando en las nutrias, preocupada por su futuro, preguntándose si Alasdair se quedaría con la propiedad o la vendería.

Pero cuando Alasdair se echó hacia atrás ligeramente y se tocó el anillo…

No el anillo de casado, sino el de Duncairn.

Había visto ese anillo en un cuadro, un retrato de uno de los condes de Duncairn. Todos los varones de la dinastía Duncairn habían llevado el anillo, en esos momentos, Alasdair también lo llevaba. Era un sello de oro; en el sello, se veía estampada un águila sobre el escudo de la familia y, debajo, unas iniciales: *LHV*.

Lealtad, honor, valor.

Alan le había mencionado el anillo en numerosas ocasiones:

–Es un pedante –había dicho Alan refiriéndose a Alasdair–. Y aunque es menor que yo, se cree que puede darme órdenes solo por llevar el maldito anillo…

Y Alasdair le estaba ofreciendo el «maldito anillo». No, no se lo estaba ofreciendo, se lo estaba deslizando por el dedo corazón de la mano derecha. Justo a su medida.

Bajó la mirada y se quedó perpleja. Una joya tan simbólica… Un anillo que tantos varones McBride habían lucido…

–¿Qué haces? –preguntó Jeanie, no veía sentido al gesto.

–Estoy haciéndote una promesa.

–¿Eh?

Primero, se sintió confusa. Después, pensó que no debería estar ahí. Estaba perdiendo el control. Ese hombre se le antojaba tan poderoso, fiero y peligroso como los guerreros de los que era descendiente.

Lealtad, honor, valor…

Era un McBride. Le estaba poniendo un anillo en el dedo y el anillo la dejó sin respiración.

–Jeanie, no sé de qué otra forma demostrarte que me he comprometido en serio contigo. Te prometo que, al final de este año de matrimonio, cuidaré de que no te falte de nada. Compraré el castillo y pagaré a los acreedores de Alan. Lo consideraré como parte de la herencia de Alan; al fin y al cabo, él era tan nieto de Eileen como yo.

–No tienes por qué ocuparte de mí –respondió Jeanie conmovida, aún con los ojos fijos en el anillo–. Y Alan no valía…

–No voy a seguir juzgándole –dijo Alasdair–. Y, después de este momento, me niego a volver a pensar en él. Si quieres que te sea sincero, me ha costado mucho volver aquí… después de lo de las nutrias. Pero al volver me he dado cuenta de que la vida sigue, que la situación ha cambiado. Confío en ti y espero que tú también

llegues a confiar en mí. Al final del año, me haré con las riendas de la propiedad y la cuidaré como sé que Eileen quería que se cuidara. Y, como sospecho, tú también. Y me encargaré de que tú, en el futuro…

–Yo no quiero nada.

–Lo sé. Sé que quieres quedar excluida, pero yo no voy a aceptarlo. Según parece, no puedes quedarte con el castillo, a pesar de lo que diga el testamento de Eileen, pero sí puedes mantenerlo vivo. Durante el tiempo que lleves este anillo, Jeanie, la propiedad estará a salvo. Te lo prometo.

Alasdair estaba tumbado sobre un lecho de musgo en aquel paraje escocés, la miraba como ningún hombre la había mirado en la vida, y hablaba… Era como si estuviera arrodillado delante de un trono, con la cabeza inclinada, haciendo una promesa formal.

–Alasdair… –casi no podía respirar, mucho menos hablar. Pero tenía que encontrar las palabras–. No es necesario. No tienes que prometer nada. Además… –miró el anillo antes de añadir–: Es posible que lo pierda.

Alasdair sonrió.

–Sé que no lo vas a perder. Confío en ti, Jeanie, igual que tú confías en mí respecto al castillo.

Alasdair le cerró la mano con el sello.

–Te ruego que confíes en mí –concluyó él.

–Puedo hacerlo… sin necesidad del anillo.

–¿Por qué?

–Porque… –¿cómo decírselo?

No dudaba de la importancia del anillo para Alasdair, lo había notado en su voz. Sí, sabía lo que ese sello significaba para Alasdair y lo que había significado para todos y cada uno de los condes de Duncairn.

–Te lo devolveré cuando acabe el año –consiguió responder ella.

–Me lo devolverás cuando sepas lo que pretendo hacer con propiedad –dijo Alasdair–, cuando veas que dejo ciertas zonas en fideicomiso para proteger el hábitat… Cuando tengas completa confianza en mí, Jeanie McBride, podrás devolvérmelo.

–Ya confío en ti.

–No, no confías en mí del todo, no puedes –dijo él con voz suave, apretándole la mano–. Pero lo harás.

Y se puso a llover.

Habían estado tan absortos que no habían notado las nubes acercándose por el oeste. En ese momento, de repente, el sol había desaparecido y las primeras gotas empezaron a caer.

Alasdair estaba tirando de ella, urgiéndole a que se levantara, sonriendo, como si hubieran llegado a un acuerdo que les facilitaría la convivencia desde ese momento en adelante.

Y quizá fuera así.

Y quizá también acabara de ocurrir un cambio profundo en ella, pensó Jeanie mientras permitía que, de la mano de Alasdair, él la condujera a la pequeña casa de campo.

¿Confiar en él? Nunca había confiado en nadie. Se había casado con Alasdair sin pensarlo, dejándose llevar por las circunstancias. Pero en ese momento… no sabía por qué ni cómo, pero se sentía como si se hubiera quitado un gran peso de encima.

Ese año podía ser bueno. Ese año podía incluso ser… ¿divertido? Esa palabra prácticamente no formaba parte de su vocabulario. Tanto de pequeña como hija de un pescador amargado como de casada con Rory, un hombre de limitados horizontes y sometido a su familia, la vida no le había deparado demasiadas alegrías. La vida con Alan, tan exultante al principio, había acabado en una pesadilla que solo le había aportado sentimiento de culpabilidad, deudas y responsabilidades.

Pero ese día… ese día había estado tumbada al sol observando las nutrias y ese hombre le había dado el anillo de su estirpe. Había depositado en ella su confianza…

Y después había abierto la puerta de la casa de campo… y toda la confianza depositada en él se había ido abajo.

Había estado antes en esa casa de campo, había ido hasta allí con los perros y la había utilizado para refugiarse de la lluvia. Y sabía que, desde mucho tiempo atrás, la casita estaba vacía, las ventanas rotas… en realidad, poco más que una cueva.

Pero en la actualidad… La estancia a la que entraron era una mezcla de cocina y cuarto de estar con una chimenea al fondo y… estaba encendida. En el suelo, delante de la chimenea, había una alfombra. El ambiente de la habitación era acogedor.

Fuera, no había notado el humo saliendo por la chimenea. ¿Por qué?

Porque solo había tenido ojos para Alasdair, por eso.

–¿Cómo demonios…? –dijo ella mirando la hoguera con incredulidad.

–Por seguridad –contestó él–. En esta isla, no hay un solo día sin riesgo de lluvia, y yo soy un hombre precavido –Alasdair miró la alfombra con el ceño fruncido–. Pero no había pedido que pusieran una alfombra. Eso es un extra.

–¿Quién ha hecho todo esto? –preguntó Jeanie–. ¿Tú? No, ¿verdad?

–¿Crees que me ha dado tiempo a venir y hacer todo esto antes del desayuno?

–No, claro que no –respondió ella con sequedad.

Alasdair sonrió traviesamente.

–Hablé con Mac y le pedí que viniera a encender la chimenea –confesó Alasdair–. Mac ya no puede venir andando hasta aquí, pero envió a un chico para que encendiera la chimenea y limpiara.

–¿Un chico? –Jeanie cerró los ojos y respiró hondo–. Un chico ni hablar, dos. Se lo habrá pedido a Lachlan y a Hamish McDonald, gemelos, de unos cuarenta años; su madre aún les cose los calcetines y ellos solo hacen trabajillos cuando les apetece. Y son unos chismosos. Mac es su tío. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? La isla entera estará enterada de esto y todos van a pensar que tú y yo hemos estado aquí tumbados delante de la chimenea y… y…

–¿Y qué, Jeanie? –Alasdair aún sonreía, pero su mirada se había tornado… ¿vigilante?

–Y nada –le espetó ella al tiempo que le quitaba la mochila y empezaba a sacar la comida–. Tomaremos estos sándwiches que he preparado y luego volveremos al castillo. ¿Y por qué has traído vino? Si crees que voy a poder subir y bajar por el monte después de beber…

–Puedo llevarte en brazos si quieres –dijo Alasdair en tono esperanzador.

–¿Tú y cuántos más? Vamos, despierta –Jeanie, totalmente aturullada, intentaba sacar la comida de la mochila mientras hacía esfuerzos por no mirar a Alasdair. Por fin, sacó la comida y la dejó en la chimenea.

Alasdair se agachó. Le puso la mano sobre la suya para impedirle que se levantara y la miró seriamente.

–No se trata de una seducción –le dijo él–. Jeanie, no te va a pasar nada. El fuego está encendido para secarnos y darnos calor, nada más. No voy a tocarte.

Se hizo un silencio.

–Yo no he dicho que fueras a intentarlo –declaró ella por fin.

–Parecía como si lo esperases.

Jeanie luchó por encontrar las palabras que explicaran… su ataque de pánico.

–Es el anillo –dijo ella por fin.

–El anillo representa solo una promesa –contestó Alasdair–. No tienes por qué tener miedo. Va contra mi naturaleza forzar a una mujer.

–¿Ni siquiera… si esa mujer es tu esposa?

–Tú no eres mi esposa –dijo él en tono suave–. Los dos sabemos que nuestro matrimonio es un asunto de negocios, al margen de lo que Hamish y Lachie puedan haberles contado a los del pueblo. Venga, vamos a comer y a tomar una copa de este excelente vino que mi abuela tenía en su extraordinaria bodega. Y, si no quieres beber, no bebas; pero hagas lo que hagas, mi querida Jeanie, te aseguro que la seducción no forma parte del programa.

Sí, perfecto, pensó Jeanie enfadada mientras hacía lo único que tenía sentido. Tomaron los sándwiches y bebió una copa de vino, solo una, pero… ¿por qué demonios Alasdair había tenido que decir «mi querida Jeanie»?

No significaba nada, pensó mientras recogía los restos de la comida y metía todo en la mochila.

No tenía importancia. No debía importarle.

Pero le importaba. Le asustaba.

–No pierdas la cabeza –dijo Alasdair en voz alta en su dormitorio, ridículamente grande, en el piso superior al de la habitación de Jeanie–. Si te acuestas con Jeanie, ¿cómo vas a romper las ataduras con ella? Estarías casado de verdad. No, no te puedes acostar con ella.

El problema era que, por mucho que la cabeza le dijera que eso

era una locura, el cuerpo le exigía todo lo contrario.

–El problema es esta estupidez de la luna de miel –continuó Alasdair, hablando consigo mismo–. Jamás debería habérseme ocurrido semejante cosa. Déjala que se dedique a lo suyo y tú a lo tuyo.

Pero… ¿cuánto tiempo hacía que Jeanie no se tomaba unas vacaciones? La había visto brillar, la había visto… feliz.

¿Qué le habían hecho sus dos maridos anteriores? ¿Qué habían hecho por ella?

Solo endeudarla y amargarla, eso era lo que le habían hecho. Jeanie se merecía otra cosa.

–Pero no conmigo –dijo en voz alta.

Debería suspender esa supuesta luna de miel. Pero no, no podía hacer eso. Le había dicho que iban a tomarse una semana de vacaciones.

Capítulo 8

¿DEBERÍAN celebrar el primer mes de casados?

El tiempo había empeorado, la lluvia se acercaba por el norte y aquella noche no tenía huéspedes. Jeanie, mirando el frigorífico, se debatió entre salchichas o algo más elaborado. Tenía carne de vaca en el congelador, tenía champiñones, y también un excelente vino tinto que Eileen había comprado y estaba en la bodega.

Estofado de carne a la borgoñona no era un plato escocés, pero estaría muy bueno acompañado de puré de patatas y, de postre, una tarta de manzana acompañada de nata…

–Y cenará en su escritorio, como lleva haciendo todo el mes.

Jeanie se sentó a la mesa, los dos perros a sus pies.

–Sí, el tiempo también os está afectando –dijo a los perros.

La luna de miel había durado solo dos días, Alasdair la había interrumpido, alegando compromisos de trabajo, y ella había sentido un gran alivio. Después, Alasdair había insistido en que se tomara, al menos, un día libre a la semana, pero sola, sin que él la acompañara.

Sus vidas se habían acoplado a una rutina: ella se encargaba del castillo y de los huéspedes, Alasdair atendía los negocios desde sus habitaciones, aunque de vez en cuando tenía que ir a Edimburgo a pasar el día. Cuando ocurría esto último, un helicóptero iba a recogerle al amanecer y le llevaba de vuelta al castillo al caer la noche.

Alasdair iba a dar paseos por el monte, pero solo. Ella hacía lo mismo. Alasdair había pasado los últimos tres días en Hong Kong, lo que no debía haberle afectado. Pero, sin él, el castillo se le había antojado vacío.

Acababa de volver. Ese día, Alasdair lo había pasado allí, sin salir. Debía de sentirse encerrado, igual que ella.

De repente, la puerta se abrió y Alasdair entró en la cocina. Llevaba unos pantalones de estar por casa y un jersey, tenía el cabello revuelto.

–Jeanie…

–¿Umm?

–Este tiempo me está irritando.

–Esto es Duncairn.

–Lo sé –dijo Alasdair–. Estaba pensando que, pasados once meses, volveré a Edimburgo y… ¿qué provecho le habré sacado a todo este tiempo? Así que… se me ha ocurrido que… Jeanie, ¿te importaría enseñarme a cocinar algo que no sea pasta y *risotto*?

–¿Cocinar? –repitió ella con perplejidad y los ojos fijos en la sonrisa traviesa de Alasdair.

–Si no te importa.

–¿Por qué?

¿Por qué? Durante ese último mes, Alasdair había trabajado sin cesar tratando de averiguar problemas financieros ligados a la actividad de su abuela. Estaba cansado y, de repente, le había apetecido bajar a la cocina y charlar un rato con Jeanie.

–Estoy harto de representar el papel de señor del castillo –respondió él viéndola sonreír.

–Eres un conde.

–¿Y tú la sirvienta?

–Sí, eso es lo que soy.

–¡No! –contestó Alasdair explosivamente.

–Tu abuela me contrató para desempeñar el trabajo de ama de llaves y eso es lo que he sido durante los últimos tres años. Y ahora dispongo de un año más.

–Fuiste la esposa de Alan. Te mereces…

–No me merezco nada. Y ahora, si me lo permites, tengo que…

–Cocinar. ¿Qué vas a preparar?

–Eres el único huésped esta noche. ¿Qué quieres que te prepare para cenar?

–No soy un huésped.

–Cierto, pero así es como te veo. Me ayuda a sobrellevar la situación. Vamos, dime qué quieres. ¿Salchichas o carne a la borgoñona? O cualquier otra cosa que se te antoje.

Jeanie llevaba un delantal de color rosa por encima de los vaqueros y un rompeviento. Estaba adorable.

–Tortas con pasas –contestó Alasdair–. Y quiero hacerlas yo.

* * *

A Alasdair las tortas le salieron a la perfección. Cuando todas estaban ya en una fuente, Jeanie puso una tetera, tazas, mantequilla y mermelada en una bandeja.

–¿Tu cuarto de estar o el mío? –le preguntó ella.

Alasdair nunca había estado en el pequeño apartamento de Jeanie, solo lo había visto en los planos del castillo. Contaba con un dormitorio y un pequeño cuarto de estar. Que ella le invitara era esperanzador.

El castillo era magnífico, lujoso, maravilloso; el apartamento de Jeanie no lo era. Era… un hogar.

Los perros se le adelantaron y se dirigieron directamente a la chimenea, que estaba encendida. La estancia estaba llena de libros, revistas, conchas de mar, cuencos, fotos, figuritas de porcelana y un viejo reloj de cuco.

–Vamos a comer antes de que las tortas se enfríen –le dijo Jeanie sonriendo.

Alasdair se sentó en uno de los destartalados sillones de Jeanie y comió y bebió dos tazas de té. Jeanie estaba sentada en una alfombra en el suelo al lado de los perros.

Cuando acabaron, Jeanie recogió las tazas y apartó la bandeja. Se quedaron muy quietos, esperando a… ¿ver qué pasaba?

Alasdair sentía… Jeanie era tan…Jeanie. No había otra forma de describirla. Jeanie era Jeanie.

Intencionadamente, Alasdair se sentó en la alfombra, al lado de ella.

–Jeanie –dijo él con voz suave al tiempo que tomaba la mano de ella–. Jeanie, tengo muchas ganas de besarte. Pero, si tú no quieres, no te lo volveré a pedir.

–En ese caso, será mejor que diga que sí –contestó Jeanie–. Porque ya no puedo aguantar más. Sí, me apetece mucho, mucho, que me beses.

Jeanie se despertó al alba en la habitación de Alasdair, en los

brazos del hombre al que amaba.

Sí, le amaba. Y lo que sentía era tan sobrecogedor que casi no podía respirar.

En el pasado, se había creído enamorada de Rory y, posteriormente, de Alan.

Pero en ese momento, con Alasdair…

Ese hombre era profundo, reservado, un hombre solitario. Él le había hablado de su infancia y también Eileen. Pero en esos momentos, durante las últimas horas, había conocido aspectos de él que apenas empezaba a comprender. Y las palabras que le había murmurado a lo largo de la noche, la forma como la había abrazado, el modo como la había mirado…

–¿En qué estás pensando? –la voz de él, adormilada y ronca, la sobresaltó. Pero había ternura en la pregunta. Lo que había ocurrido entre los dos no había sido algo pasajero, Alasdair seguía siendo suyo.

–Creo que deberíamos anunciar las tortas con pasas y venderlas como afrodisíacas –contestó ella–. Hasta el momento, creo que somos los únicos que conocen sus efectos afrodisíacos.

–Dejémoslo así entonces –Alasdair la abrazó–. Mejor que solo lo sepamos tú y yo.

Jeanie, que tenía la cabeza apoyada en el magnífico pecho de Alasdair, la alzó y le miró fijamente a los ojos. Él era su marido, lo sentía en todo su ser, pero sabía que no era así.

–Alasdair, he estado casada dos veces antes de casarme contigo, y las dos veces pronuncié los votos matrimoniales con sinceridad. En nuestra boda, los dos lo hicimos a modo de cumplir un trámite, sin sentirlos. Nuestros votos fueron una mentira. No deberíamos considerar esto un matrimonio a menos que… a menos que nos enamorásemos.

–Jeanie, lo que siento por…

–Ssss –Jeanie le selló los labios con un dedo–. A mí también me pasa, Alasdair. Quizá, para ti, sea la primera vez, pero yo… Alasdair, démonos un año para saber si lo que hay entre los dos es algo serio y profundo o no.

–Un año… –Alasdair sacudió la cabeza, sus ojos se oscurecieron–. Pues yo creo que no puedo aguantar ni un minuto más.

–A mí me pasa lo mismo y creo que… que está bien sentirse así –respondió ella con dificultad.

–Claro que está bien, esposa mía.

–No, Alasdair, no soy tu esposa –tenía que hacerle comprender, pensó Jeanie–. De momento, soy tu amante. Y me gustaría seguir siéndolo. Anoche fue…

–Increíble –concluyó él.

Jeanie quería fundirse con él, pero no debía. No, no debía.

–Escucha, Alasdair, si al final del año queremos seguir juntos, entonces bien, entonces podremos pensar en seguir casados, ser un matrimonio de verdad. Pero, hasta entonces, no estamos casados.

–¿Quieres decir que solo seremos amantes?

–No es poco.

–No, no lo es –Alasdair sonrió y volvió a abrazarla–. Quizá tengas razón. Un año de noviazgo. Un año encerrado en el castillo de Duncairn con mi Jeanie y al final del año…

–No soy tu Jeanie y al final del año ya veremos lo que pasa.

–¿Y ahora?

Por fin, Jeanie sonrió. Por fin, se relajó y disfrutó estando en el único lugar en el que quería estar en esos momentos.

Capítulo 9

¿AMANTES pero no marido y mujer?

Sí, y les estaba yendo bien, reconoció Jeanie una semana más tarde, mientras el verano daba paso al otoño y la vida en el castillo se adaptó a la nueva rutina: ambos recibían en ese momento a los huéspedes del castillo; Alasdair iba a Edimburgo con menos frecuencia, aunque trabajaba en lo suyo durante el día, pero solo hasta las cinco de la tarde, cuando se engalanaba con su atuendo escocés y bajaba la enorme escalinata para recibir a los huéspedes.

Los huéspedes, de los dos. Era incluso divertido, pensó Jeanie, sentarse en la biblioteca con los invitados mientras estos bebían whisky y charlaban con Alasdair sobre sus excursiones, embelesados con él.

Lo que era excelente también para el negocio. Aunque no lo habían anunciado, en Internet ya se hablaba de que el conde de Duncairn recibía a sus huéspedes en persona, lo que había hecho que tuvieran más clientela.

Las noches les pertenecían a los dos, solos, en privado. Paseaban a los perros al mediodía o cuando no llovía. Recibían a los clientes. Cenaban juntos y se acostaban juntos.

Alasdair era suyo todas las noches.

Y se había enamorado completamente, reconoció Jeanie con el transcurso de las semanas. Pero… ¿y Alasdair?

Por las noches, él la tenía en sus brazos, le hacía el amor apasionadamente, se entregaba a ella por entero. Sin embargo, al amanecer, desaparecía.

Ella, por su parte, se levantaba y se disponía a hacer sus tareas, pero siempre pendiente de Alasdair, esperando a que abriera la puerta de su estudio para charlar o ir a pasear.

Mientras paseaban, hablaban del castillo, de los invitados, de las águilas, de las nutrias y de las múltiples criaturas que se cruzaban en el camino. Ella le había preguntado por el trabajo en varias ocasiones, y Alasdair siempre le contestaba escuetamente, sin

extenderse. El mensaje era claro: su trabajo era un asunto privado.

Era entonces cuando Jeanie se daba cuenta de que Alasdair no le pertenecía completamente.

Pero sí formaba parte de los planes de Alasdair respecto al castillo. La decisión de vestirse con el traje típico escocés para recibir a los invitados era una decisión de negocios, y muy buena. Ella sí formaba parte de ese negocio, pero no del resto.

–Debería estar contenta –dijo Jeanie a los perros porque, en ese momento, no tenía a nadie con quien hablar–. ¿Cuántas esposas están involucradas en los negocios de sus maridos?

Se quedó pensativa durante unos instante.

–Tiene derecho a evitar que me inmiscuya en sus asuntos –continuó diciendo a los perros–. Podríamos seguir casados aunque… En fin, le queda menos de un año para incluirme.

Estaba sentada al lado de la chimenea y abrazó a los animales. Necesitaba cariño. Era de noche, estaba cansada, pronto se iría a la cama. Oyó a Alasdair hablando por teléfono. ¿Con quién estaba hablando?

¿Debería ir a la cama y esperarle acostada?

–Sí, eso es lo que voy a hacer.

Tenía que levantarse temprano para preparar el desayuno de los clientes; pero por temprano que se levantara, Alasdair lo hacía antes que ella.

¿Diez meses más para hacer que aquello fuera un matrimonio de verdad?

–No va a salir bien –dijo con voz débil.

–Pues habla con él –se respondió a sí misma.

–¿Cómo voy a hacerlo? –abrazó a los perros con más fuerza–. ¿Cómo? No puedo pedirle más de lo que ya me ha dado.

Si Jeanie era la esposa perfecta, Elspeth era la secretaria perfecta, pensó Alasdair; en el mundo de los negocios, solo se fiaba de ella, completamente. Por eso, cuando le llamó una mañana y le preguntó si podía verle, la respuesta fue un «sí» rotundo.

–Será más rápido si voy a verte yo –le dijo Elspeth, ya que el helicóptero estaba en Edimburgo–. Tengo que hablar contigo en persona.

Los asuntos que le habían preocupado durante las últimas semanas acudieron a su mente. Sintió un nudo en el estómago.

Los perros estaban esperando a su paseo y Jeanie se encontraba con ellos. Pasearon, pero tenía la cabeza en otras cosas.

–¿Te ocurre algo? –le preguntó Jeanie cuando llegaron arriba de los acantilados.

Fue entonces cuando Alasdair se dio cuenta de que no había pronunciado una sola palabra desde que habían salido del castillo.

–No. Mi secretaria viene hoy, llegará a eso de las dos. Es posible que tenga que pasar aquí la noche. No hay problema, ¿verdad?

–No, claro que no.

–Gracias.

–Al fin y al cabo, es tu castillo –dijo ella en tono suave, pero él ya no le prestaba atención, estaba preocupado.

Algo andaba mal. Lo sabía.

–¿Puedo ayudar en algo? –le preguntó Jeanie.

–No, no puedes –contestó Alasdair sacudiendo la cabeza.

Regresaron a la casa apenas cruzando unas palabras más. Jeanie se dirigió directamente a la cocina y cerró la puerta. Alasdair, tras vacilar unos instantes, la siguió.

–Jeanie, esta tarde no creo que vaya a poder recibir a los invitados.

–Nos las arreglaremos sin ti –respondió Jeanie con una sonrisa exagerada–. Los perros y yo les procuraremos una excelente bienvenida.

–A ti te falta la falda escocesa.

–Y el título –Jeanie sonrió más relajadamente–. Los huéspedes quieren conocer al conde de Duncairn, pero hoy tendrán que conformarse con su retrato. Por cierto, ¿lo que oigo es un helicóptero o es mi imaginación?

Era el helicóptero. Alasdair asintió y fue a recibir a su secretaria.

Su preocupación estaba fundada, a Elspeth se la notaba muy agitada. Inmediatamente, la condujo al interior del castillo.

–¿Te apetece un té? Le pediré a Jeanie que nos prepare…

–No quiero molestar a tu esposa. ¿Sabe algo ella de lo que está pasando con el negocio?

–No.

–Mejor así. Cuanta menos gente lo sepa, mejor. Alasdair, es Don.

–¿Don? ¿El amigo de mi abuela? ¿Qué demonios…?

–Sabes que tus abuelos confiaban en él plenamente, ¿no? El mes pasado pediste que hicieran una auditoria de la contabilidad que llevaba tu abuela, porque esa contabilidad era la única que no estaba sometida al escrutinio de la empresa. Bien, al parecer… –Elspeth respiró hondo–. Al parecer, tus sospechas estaban fundadas. Llevas años preguntándote por qué Antica Corporation parece saber todo lo que se refiere a nosotros. Bien, lo saben, no es que lo adivinen. Don lleva recibiendo dinero de ellos desde hace mucho tiempo, y lo hacía a través de la empresa, para evitar que los inspectores de hacienda le pillaran.

–¿En serio?

–Completamente –Elspeth le pasó unos papeles–. Ha tenido mucho cuidado para que no le detectaran; pero ahora, después de la auditoria que pediste tú que se realizara, se ha descubierto todo. No puedes imaginarte hasta qué punto ha llegado: ha pasado información privilegiada, ha comprado acciones en empresas con las que nosotros estábamos en tratos y las ha comprado con el dinero que Eileen tenía reservado para obras de beneficencia. Y mucho más. Los auditores quieren llamar a la policía y quieren hablar contigo, pero yo quería hacerlo primero.

Jeanie fue a despedirles.

–Volveré dentro de un par de días –dijo Alasdair escuetamente con expresión impasible.

–¿Qué pasa?

–Nada que deba preocuparte. Pídeles disculpas a los huéspedes de mi parte.

Bien, se dijo a sí misma. La vida continuaba. No le necesitaba.

Recibió a los huéspedes. Sacó a pasear a los perros otra vez. Se preparó la cena y se la tomó con esfuerzo, y todo sin conseguir olvidar la expresión de Alasdair. Y las dudas la asaltaron.

«Nada que deba preocuparte».

Había creído que empezaban a ser un matrimonio de verdad.

Pero no, reconoció en la cama aquella noche sin poder conciliar el sueño. No, lo suyo no era un matrimonio, pensó recordando la expresión de Alasdair. Y se sintió… enferma.

Poco a poco, se enfrentó a la realidad. Lo que había entre Alasdair y ella no era un matrimonio.

* * *

Cuando Alasdair regresó dos días después, Jeanie, desde la ventana de la cocina, vio el helicóptero. Dejó salir a los perros y les vio correr agitados hacia él. Vio a Alasdair dejar la cartera para acariciarles y saludarles, y pensó que quizá ella debiera hacer lo mismo que los perros: la insignificante esposa saliendo a recibir a su marido a la vuelta de su trabajo.

Alasdair no le había telefoneado en esos dos días, no le había dicho nada. Sin embargo, se limpió las manos con un trapo y salió a su encuentro.

Alasdair parecía agotado, abrumado. Tuvo ganas de rodearle con los brazos, pero él, vestido con un traje sobrio, aún pertenecía a otro mundo.

Pero fue entonces cuando Alasdair la vio y… la expresión le cambió completamente. De repente, sonrió y, en tres zancadas, se reunió con ella, la abrazó y la levantó en los brazos.

Vio placer en el rostro de Alasdair y, cuando dejó de dar vueltas con ella en brazos, la soltó, le puso las manos en el rostro y la besó.

Fue a sumergirse en ese beso, a fundirse con él, pero algo la hizo contenerse: «Tiene problemas y no me los quiere contar. Solo soy la esposa insignificante e incauta incapaz de comprender el mundo real. Solo soy la cocinera y la sirvienta. Solo soy un cuerpo cálido en su cama».

–Alasdair –logró decir ella–. ¿Qué ha pasado?

–Nada por lo que debas preocuparte. Dame media hora para hacer un par de llamadas y enseguida me reuniré contigo.

–Estaré en la cocina.

Alasdair debió de notar la sequedad de su voz.

–¿Te pasa algo?

–Nada por lo que debas preocuparte.

–Jeanie…

–Ve a hacer las llamadas y a cambiarte –le dijo ella sintiéndose sumamente cansada de repente–. Hasta dentro de un rato.

Al final, pasó una hora al teléfono. Cuando por fin fue a la cocina, se encontraba extenuado. Sonrió al ver a Jeanie, albergaba la esperanza de que ella no le volviera a preguntar qué pasaba y se sintió inmensamente agradecido por su presencia.

Jeanie estaba preparando unas pastas típicamente escocesas, amasando harina. Él se dejó caer en una silla y se la quedó mirando.

–¿Te gusta hacer pastas? –una pregunta vana, pero se sentía vano en ese momento.

–Se me da bien –respondió ella mientras formaba círculos perfectos con la masa–. Supongo que la perfecta ama de casa escocesa hace estas cosas.

–¿Preferirías hacer algo diferente?

–Me gustaría aprender a llevar un avión, pero cada uno a lo suyo. Unos pilotan aviones y yo hago pastas escocesas. Alasdair, tengo que preguntártelo otra vez, ¿qué es lo que pasa?

–Un problema en el trabajo.

–Un problema grande –dijo ella, y no era una pregunta.

–Es posible –respondió él en un tono que implicaba «no más preguntas».

Jeanie le miró prolongadamente antes de reanudar su tarea.

A Alasdair le bastaba con que ella estuviera allí. Era lo único que quería, a Jeanie y un lugar seguro en el que poder refugiarse. Miró por la ventana y, al ver unas águilas, se alegró de que Jeanie no supiera volar. La quería allí, con él.

«¿La perfecta ama de casa escocesa?».

–Alasdair, comparte tus problemas conmigo –dijo Jeanie.

–¿Qué quieres decir? –preguntó él inmediatamente, a la defensiva, tenso una vez más.

–Sabes perfectamente lo que quiero decir –Jeanie respiró hondo–. Ha pasado algo malo, lo sé. Lo vi en la expresión de Elspeth y también en la tuya. Cuando te fuiste, estabas blanco como la cera. Durante los dos días que has pasado en Edimburgo, no has llamado ni una sola vez, y has vuelto como si hubieras estado en la guerra. Has dicho que no se trata de nada que deba preocuparme, pero estoy preocupada.

–No te preocupes.

–¿Nos acostamos juntos todas las noches y dices que no debo

preocuparme?

Alasdair no quería hablar del asunto, estaba demasiado cansado.

–Jeanie, tú no tienes nada que ver con la empresa. Tú estás aquí, formas parte de este mundo y eso es lo único que importa. Si supieras las ganas que tenía de volver para estar contigo…

–Has vuelto y lo estás pasando mal –dijo ella en tono neutro–. El problema es que no quieres contarme el motivo.

–Tú no formas parte de ese mundo.

–¿Y no quieres que sepa nada de ese mundo?

–No quiero tener que confiar…

–No confías en mí, eso es lo que pasa.

–Sí confío en ti. Sé que puedo confiar en ti.

–Lo que quieres decir es que confías en mí para ciertas cosas, las cosas que estás dispuesto a compartir conmigo en un mundo de frailecillos, pastas escocesas y paseos con los perros. Pero hay otros aspectos de tu vida que te niegas a compartir conmigo.

–No. Yo…

–¿Se trata de secretos de Estado? ¿Se trata de asuntos que pueden derrocar un gobierno, asuntos sobre los que agentes secretos podrían torturarme para obtener información?

Alasdair logró sonreír.

–No, Jeanie.

–¿Entonces? –Jeanie se pasó una mano por los rizos–. ¿Por qué es tan importante?

–Lo que pasa es que nuestros mundos son muy diferentes –Alasdair estaba demasiado cansado para dar explicaciones–. Yo no me meto en tus asuntos…

–Que yo sepa, sí que te has metido en mis asuntos –le interrumpió ella con frialdad, pero vio dolor en su mirada–. Te casaste conmigo para heredar. Entras y sales de mi mundo a tu antojo, cuando tú quieres.

–Te aseguro que mi mundo, el mundo de los negocios, no te gustaría. No tiene nada que ver contigo.

–Pero si tuviera que ver conmigo… ¿crees que podría traicionarte? ¿Es eso lo que crees?

–No –estaba cansado, pero tenía que decírselo–. Jeanie, me he enamorado de ti. Esto es lo único que quiero y por nada del mundo querría estropearlo.

Acababa de decirle a una mujer que la amaba. Era algo importante, increíble. Pero Jeanie le miraba como si le hubiera insultado.

–¿Quieres decir que si compartieras tus problemas conmigo nuestra relación podría venirse abajo?

–No lo sé –respondió él con sinceridad–. Es posible. Lo único que sé es que me encanta esta vida que tenemos aquí. ¿No puedes aceptarlo sin más?

–Ya lo he aceptado –respondió ella sin entonación, con voz fría y seca.

–Jeanie, ¿me quieres?

–No. Bueno, quizás. Pero eso no importa –Jeanie, pálida, se separó de él unos pasos, como si quisiera poner distancia entre los dos–. Lo que quiero decir, Alasdair, es que estoy casada contigo, pero no estoy casada contigo. Estoy casada contigo solo si acepto tus condiciones.

–Jeanie, por favor, quiero que seamos un matrimonio de verdad. Sé que lo nuestro puede funcionar.

–No, tú no quieres estar casado –Jeanie sacudió la cabeza–. Creo que tú entiendes el matrimonio de una forma muy distinta a la mía. Para mí, el matrimonio es la unión de dos personas y eso es lo que quiero, Alasdair. Ese es mi sueño. Pero, para ti, el matrimonio es estar unidos solo en lo que a ti te interesa, en lo que estás dispuesto a compartir, no en todo.

–Jeanie, te aseguro que detestarías el mundo de los negocios.

–Es posible, pero no es a eso a lo que me refiero –respondió ella pronunciando despacio las palabras–. Me refiero a que tú no quieres confiar en mí, no quieres compartir ciertos aspectos de tu vida conmigo porque eso te haría sentir más vulnerable.

Jeanie respiró hondo y añadió:

–Alasdair, yo no quiero un matrimonio a medias. Lo siento, pero esto tiene que acabar. Has dicho que me quieres y es un maravilloso halago, pero es solo un halago, nada más. Nuestra relación tiene que acabar y se va a acabar. Desde ya.

Capítulo 10

ALASDAIR se despertó a las nueve del día siguiente. Oyó unos arañazos en la puerta. Los perros. Se levantó para dejarlos entrar y encontró un sobre que había sido deslizado por debajo de la puerta.

Agarró el sobre, dejó entrar a los perros y volvió a la cama. Con desgana, abrió el sobre y vio dos páginas que parecían… ¿un contrato?

Querido Alasdair:

Supongo que estarás preocupado por si me marcho. Si lo hiciera, todo acabaría en desastre. No voy a hacerte eso. Que mis necesidades emocionales sean distintas a las tuyas no significa que el imperio Duncairn tenga que derrumbarse.

Alasdair, el testamento de tu abuela es caprichoso, resultado de la estima que Eileen me tenía. Te diré lo que vamos a hacer.

Yo me quedaré en el castillo, como tu ama de llaves, hasta que se cumplan los doce meses. Aceptaré un buen sueldo, pero eso es todo. Al final del año, me marcharé y no me llevaré nada. El contrato que te adjunto, firmado por mí y con el repartidor de comida como testigo, te concede todos los derechos sobre el castillo.

Sé que los acreedores de Alan te reclamarán el dinero que él les debía, tú les pagarás si quieres. O no. Eso no tiene ya nada que ver conmigo. Lo único que quiero es quedarme con los perros y con el whisky que haya en ese momento; he decidido que ya no lo voy a vender por Internet, prepararé dulces de Navidad con el whisky de los que se hablará durante siglos.

Entretanto, si firmas el contrato, eso es lo que dice y eso es lo que haremos. Lo he preparado con la profesionalidad de la que soy capaz.

Lo nuestro ha sido maravilloso, Alasdair, no deberíamos haber mezclado los negocios y el placer. Tienes razón, nuestros mundos son completamente diferentes.

Ah, otra cosa, he dejado tu anillo en la caja fuerte que hay en la habitación de tu abuela. No tengo derecho a llevarlo y podría

perderlo.

Jeanie.

Se quedó tumbado mirando al techo.

«Nuestros mundos son completamente diferentes».

El contrato cayó al suelo. Lo dejó allí.

Sonó el teléfono. Era el abogado de más confianza que tenía, le llamaba para hablar de Don. Después de escuchar lo que ese hombre le dijo, sintió cierto alivio; pero, de repente, el abogado empezó a hablarle de otra cosa. De… ¿la bancarrota de Jeanie?

Prestó más atención a lo que ese abogado le dijo sobre la quiebra de Jeanie que a los detalles que le había comunicado respecto a la traición de Don.

Se sintió perdido, confuso. ¡Vaya complicación! ¿Qué iba a hacer?

Necesitaba dar un paseo. Necesitaba aclararse las ideas antes de hablar con ella.

–Venga, chicos –dijo a los perros al tiempo que se levantaba de la cama–, vamos a hablar con las nutrias.

Se encaminó hacia los acantilados, a Craigie Burn, al lugar desde el que Jeanie y él habían observado a las nutrias.

Cerca de la casita de campo, se sentó en una roca y perdió la mirada en el mar. Tenía que pensar, tenía que buscar soluciones, pero el cerebro parecía haberle dejado de funcionar.

Jeanie le había dado todo lo que él le había pedido, ¿no? Sería egoísta pedir más.

Los perros jugueteaban a cierta distancia y sonrió. Eran unos perros muy tontos. Al final del año, ya no estarían con él, los perdería. Podría comprar otros perros, perros algo más inteligentes.

Podría buscarse… otra mujer.

¿Otra mujer? ¿Otra esposa? No quería otra esposa, quería a Jeanie.

Pero la había tratado como a… como a una esposa. Como a la típica esposa ama de casa. Él, en su papel de hombre de negocios; ella, su apéndice.

Pero, para Jeanie, no había sido así. Ella no había querido

separar las cosas. Ella le había permitido la entrada en su cocina, en su cama, en su vida. Le había contado todo lo relativo a su negocio, a los huéspedes, a la isla, a su vida… Se había abierto a él por completo. Mientras que él…

Había resistido la tentación de depositar su confianza en Jeanie plenamente porque ello solo podía ocasionarle problemas.

¿Qué problemas? ¿Podría hacerle perder la empresa? No, Jeanie la había salvado al casarse con él. Entonces…

Confiar en alguien…

De repente, sintió como si algo que le hubiera estado atando se rompiera. Se sintió ligero, extraño, libre.

Confiar en alguien. Depender de alguien… igual que las nutrias que estaba contemplando ausentemente, ellas dependían unas de otras, se fiaban las unas de las otras.

Amar.

Cuando se levantó de la piedra, de una cosa estaba seguro: debía compartir.

Capítulo 11

ENCONTRÓ a Jeanie en la biblioteca, limpiando las botellas de whisky.

–Ven conmigo.

–¿Adónde? –preguntó Jeanie sin volverse, de espaldas a él.

–A Craigie Burn. Jeanie, te lo pido por favor.

–Los huéspedes van a llegar a las cuatro. ¿Estaremos de vuelta para entonces?

–Sí, te lo prometo.

–Dame cinco minutos para cambiarme de ropa.

¿Qué querría Alasdair? ¿Por qué había accedido a acompañarle? Era tonta, pensó mientras se cambiaba y agarraba un jersey y una chaqueta. Una perfecta idiota.

–He nacido imbécil y seguiré imbécil toda mi vida –susurró ella para sí mientras se dirigía a la puerta trasera donde Alasdair estaba esperándola–. ¿Es que no puedo defenderme a mí misma?

Las nutrias no estaban en Craigie Burn; natural, eran criaturas salvajes que iban y venían a su antojo; cazaban, comían y se marchaban. ¿Dónde estarían en esos momentos?, se preguntó Alasdair desde lo alto del acantilado con los ojos fijos en el agua.

–Quiero ver las nutrias contigo –dijo a Jeanie–. Esta mañana estaban aquí. Ya no están, pero quiero verlas otra vez.

–Ah –Jeanie le miró fijamente–. ¿Sabes que pueden haberse marchado y no volver hasta dentro de una semana?

–Aparecerán si cierras los ojos y te las imaginas.

Se hizo un prolongado silencio. Después, Jeanie cerró los ojos.

–Las estoy viendo.

Confianza en una persona, fe en una persona… Había pedido a Jeanie que le acompañara, le había pedido que cerrara los ojos. Y ella lo había hecho, había depositado su confianza en él.

Deseó abrazarla y decirle que la amaba, pero todo a su debido

tiempo.

–¿Qué oyes?

–El agua –respondió ella rápidamente–. El agua estrellándose contra las rocas, creo que también oigo un pájaro… ¿Qué más quieres que vea, Alasdair?

–Quiero que veas las nutrias. Yo las he visto esta mañana. Quiero que te las imagines ahí abajo, sobre la roca cubierta de algas. Quiero que te imagines dos nutrias que, en cierto modo, se parecen a nosotros. Dos criaturas afortunadas de tener Duncairn a sus pies.

–Yo no…

–No abras los ojos, Jeanie. Sigue imaginándote a las nutrias, pero escucha lo que voy a decirte entretanto. Antes de nada, necesito aclarar algunas cosas del pasado antes de hablar del futuro. En primer lugar, Jeanie, no me casé contigo por el castillo, te pido que me creas. Y antes de que digas nada, el castillo es tuyo.

–No te comprendo –dijo ella arrugando el ceño.

–Escúchame bien. Esto no tiene nada que ver contigo o conmigo, es la opinión de un abogado al que le encomendé que examinara a fondo la situación en la que Alan te dejó. Tú firmaste unos contratos…

–Lo sé, fui una estúpida.

–Alan era tu marido. No fuiste estúpida, confiabas en él y te intimidaron. Pero también te engañaron. Mis abogados han examinado esos contratos y han visto que en todos los papeles solo has firmado en la primera página. ¿Leíste los contratos?

–No, Alan solo me dio la primera página –confesó ella–. Yo no sabía que hubiera más. Alan me dijo que era para que pudiéramos utilizar la casa que Eileen nos había dado como garantía para unos negocios de los que se estaba encargando. Yo creía que Alan tenía derecho a ello; al fin y al cabo, era un regalo que Eileen había hecho a Alan.

–Eileen quería asegurar tu futuro, pero eso vamos a dejarlo por el momento. Los abogados han dicho que tú no ganabas nada con los contratos que Alan te había hecho firmar. Si hubieras firmado todas las páginas de los contratos, eso demostraría que sabías lo que hacías y los contratos estarían completamente blindados. Pero, tal y como están, no te obligan a nada, Jeanie. No había necesidad de

que te declararas en quiebra. Si Eileen te hubiera proporcionado un buen abogado en vez de ofrecerte el trabajo de ama de llaves, te habría hecho mejor favor.

–Pero me encanta estar aquí –respondió ella con los ojos aún cerrados–. No quiero el castillo. Tú eres el conde de Duncairn, el castillo te pertenece.

–No, no me pertenece. Y ahora… ahora te tengo que pedir una cosa.

–¿Qué? –preguntó ella en tono apenas audible.

–Lo que te voy a pedir exige que confíes en mí –dijo Alasdair–. Porque, si me caso contigo de verdad, puede que pienses que lo hago por quedarme con el castillo. Y quiero que sepas, Jeanie, que jamás haría eso.

–No…

–Jeanie, por fin sé que puedo confiar en ti. Igual que las nutrias confían las unas en las otras, igual que saben divertirse. Esta mañana, mientras las observaba, me he dado cuenta de que te he hecho daño. Jeanie, perdóname.

A Alasdair le costaba hablar. Mucho dependía de ese momento. Mucho.

–Jeanie, debes saber que el castillo es tuyo. Y sabesque la única forma de que también sea mío es si estamos casados, así que mejor dejarlo claro desde el principio. Porque lo que realmente quiero que sepas es que, al margen de todo lo demás, quiero que seamos un matrimonio de verdad. Si quieres vender el castillo, perfecto, siempre y cuando me dejes compartir la vida contigo, siempre y cuando recorramos el camino de la mano, siempre y cuando me dejes flotar a tu lado.

–¿Quieres que flote? –preguntó ella tras un largo silencio.

–Conmigo.

–¿Ahí abajo, con las nutrias? ¿Te has vuelto loco? El agua está helada.

Una nota de humor. ¡Humor!

–Metafóricamente hablando –se corrigió él–. Jeanie, abre los ojos.

–Todavía me estoy imaginando a las nutrias. Lo están pasando muy bien.

–Nosotros también podríamos pasarlo bien.

–Lo que pasa es que quieres parte de mi whisky.

–¡Vaya, me has pillado! Y también tus perros. Quiero compartir tus perros.

–Puede que quiera más perros.

–De acuerdo, pero un poco más listos que estos, ¿te parece? –sugirió Alasdair–. ¿Y qué te parece… un par de niños?

–¡Niños! ¿Contigo fuera del castillo más de treinta días al año?

–También he pensado en eso, Jeanie. Los negocios me obligan a viajar, eso es impepinable. Me gustaría que el castillo fuera nuestro hogar; pero, cuando tenga que viajar, ¿te importaría acompañarme en mis viajes de negocios?

–¿Flotando?

–Me harías un gran honor si me permitieras protegerte de los obstáculos del camino; pero tal y como veo el futuro, si logramos confiar el uno en el otro, no veo ningún obstáculo. Y otra cosa, si quieres aprender a volar…

–¿A volar?

–Sí, Jeanie, si realmente quieres –Alasdair respiró hondo–. Jeanie, respecto a lo que he estado haciendo estos días pasados, es bastante complicado. Luego te lo explicaré detalladamente; pero, en general, se trata de que el mejor amigo de Eileen en la empresa traicionó su confianza y nos ha dejado con un problema enorme tanto jurídicamente como en el aspecto financiero. Por eso es por lo que tuve que marcharme a toda prisa; en algún momento, he llegado a creer que la empresa se derrumbaba, pero esta mañana uno de los abogados me ha llamado para decirme que vamos a sobrevivir. No obstante, puede que tengamos que hacer reajustes económicos, así que es posible que tengamos que renovar la estructura de la empresa, con nuevos y distintos puestos de trabajo.

–¿Qué significa eso?

–Significa que tú podrías desempeñar un papel en la empresa. Si quisieras, podrías volar, ¿qué te parece? No serías Jeanie McBride, la esposa de Alasdair, sino Jeanie McBride, piloto de helicóptero y socia de Alasdair McBride. Naturalmente, tendrías que prepararte para pilotar…

–¿Me vas a enseñar a volar? –preguntó Jeanie agrandando los ojos.

–Yo, personalmente, no –contestó Alasdair rápidamente–. Un

piloto profesional. Pero me sentaría a tu lado, cerraría los ojos y confiaría plenamente en ti.

Jeanie sacudió la cabeza con expresión de perplejidad. Lo único que él quería era besarla, pero no quería imponerse, no quería estropear el momento.

–Jeanie, te quiero. Quiero que estemos juntos, quiero que nos divirtamos, quiero que sea para siempre. Hagas lo que hagas, te querré siempre.

Se hizo un prolongado silencio. Jeanie parpadeó. Después, le miró fijamente a los ojos y preguntó:

–¿Confiarías en mí? ¿Estarías conmigo siempre, tanto en los buenos como en los malos momentos?

–Puede que quiera protegerte…

–Nada de protección. Lo único que quiero es que confiemos plenamente el uno en el otro.

–Está bien, eso será lo primero –declaró Alasdair humildemente.

–¿Incluso con lo de volar?

–También con eso. Bueno, a menos que decidas dedicarte a la acrobacia aérea; en cuyo caso, por mucho que te quiera…

–Cobarde.

–Prefiero ser un cobarde a ser un cadáver.

Jeanie sonrió traviesamente.

Se hizo un silencio. Se miraron con intensidad. El mundo entero pareció detenerse. Él apenas podía respirar…

–Supongo que esta mañana no has encendido la chimenea de la casita, ¿verdad?

–No –respondió él–. Esta mañana estaba muy ocupado.

–Necesitas un socio –dijo ella con un brillo de humor en los ojos–. Supongo que… tendremos que conformarnos sin el fuego. No está lloviendo, la hierba está seca y suave; si pasamos la siguiente colina, hay una pequeña gruta que es un refugio perfecto.

–¿Estás sugiriendo lo que creo que estás sugiriendo?

–Es posible. Pero antes tendríamos que llamar a la madre de Maggie para que se encargue de los huéspedes.

–Ya lo he hecho yo –respondió él con una sonrisa, que Jeanie compartió con él.

Pero entonces, Jeanie se volvió, dirigió la mirada hacia el castillo, en la distancia, y su expresión mostró algo que él no

comprendió.

–La señora del castillo de Duncairn –dijo ella por fin–. No creo que ese papel vaya conmigo.

–Ningún castillo ha tenido nunca una señora que tanto se lo merezca. Te quiero, Jeanie.

–Yo también te quiero.

Alasdair la levantó en sus brazos. De repente, sintió algo profundo y puro. Le pareció haber renacido.

Entonces, se dio media vuelta, con su mujer en los brazos, y comenzó a caminar por los pastos de la isla de Duncairn.